

El MENSAJE DE LOS ASTROS

JOHN BRUNNER



de

GALAXIA
Ciencia-Ficción

Dos novelas cortas. A pesar de ser dos novelas de dos autores diferentes, el título del libro solo lleva por nombre el de la primera de ellas.



John Brunner & Leigh Brackett

El mensaje de los astros

Galaxia - 05

ePub r1.0

Titivillus 11.05.16

Título original: *Listen! The Stars! (Race to the Stars)*

John Brunner & Leigh Brackett, 1962

Traducción: Fernando M. Sesén

Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



EL MENSAJE DE LOS ASTROS

JONH BRUNNER

I

Deteniéndose con su pedazo de tiza azul, preparado para señalar el primero de los bultos de viaje de Dan Cross, el oficial de aduanas, uniformado de oscuro, dijo:

—¿Vagaestrellas?

Igual podía referirse al propio Dan o al instrumento que colgaba sobre su hombro de una correa. De los dos modos la respuesta tendría que ser sí. Dan asintió y el oficial de aduanas pareció satisfecho.

—¿Lo es mucho tiempo? —preguntó—. Yo mismo soy un recién convertido.

—¡Lo mismo que yo! —dijo Dan con entusiasmo. Para ser precisos, poseía el instrumento cuatro días—. ¿Qué modelo es el suyo? Este es un trabajo de artesanía, montado a mano. Un individuo en L. A. los fabrica.

—Desearía tener tiempo para echarle un vistazo —dijo el oficial de aduanas con verdadera envidia—. Potente, ¿verdad?

—¡De los más!

Desde el exterior vino el ahogado retumbar de un exprés a Mach tres, escorando bajo la acción de los cohetes. El hombre de detrás de Dan, esperando que revisasen su equipaje, tosió y arrastró los pies. El oficial de aduanas recuperó su porte y marcó tres rápidas cruces en las correspondientes maletas de Dan.

—Espero que disfrute su estancia en Bretaña, señor —dijo y siguió adelante.

Dan sonrió de manera mecánica, metiéndose su pasaporte en el bolsillo. Vino un mozo y cargó sus maletas en una carretilla eléctrica, preguntando a Dan si tenía que buscar un taxi; Dan le respondió afirmativamente, y caminó sin prisas cruzando el

vestíbulo de las aduanas hasta una puerta etiquetada con el siguiente rótulo: SALA DE ESTAR DETRANSITO —cambio de moneda— tiendas equipos.

Todo muy elegante e impresionante en aquel edificio nuevo. La gente, también, parecía distinguida y vivaracha. Había un sentido de excitación en el aire. Si había algo que criticar, quizás fuese que la gente parecía demasiado ansiosa, quizás febril. Pero Dan desconfiaba de las primeras impresiones y se reservó el juicio que le merecía todo aquello.

Conservó su rostro, de grandes quijadas, serio, con una expresión propia de turista curioso, pero en su mente reinaba la agitación. Una cosa era que le dijese que la locura del vagaestrellaje se hubiese apoderado con fuerza de Europa; otra era hallar una demostración a este aserto al cabo de pocos minutos de su llegada.

Y aquí, se produjo otra prueba más que sumar a la primera. De pie dentro de la brillantemente iluminada sala de estar de tránsito, había un joven de ojos frenéticos, despeinado, la camisa con el cuello abierto, nada limpia en torno a los puños y con una mancha de suciedad en la mejilla. Mientras los recién llegados pasajeros entraban, decía fríamente a uno tras otro.

—¡Klatch remoo! Escúcheme, ¿quiere? ¡Klatch remoo! Los pasajeros fruncían el ceño y formulaban observaciones irritadas entre sí. Apoyado aún en una pared cercana, vio Dan a un policía miembro del personal del aeropuerto, contemplando al joven con rostro serio, pero sin intervenir en nada. Se preguntó cuál era la causa de aquella inacción.

Nada más ver el joven el «vagaestrellas» de Dan, le cogió por las solapas de la americana y aproximó su rostro más de lo necesario. El aliento le olía como si hubiese pasado los últimos días viviendo sólo de cigarrillos.

—¡Tú! Klatch remoo... ¿qué significa eso para ti?

—Nada —contestó lacónico Dan—. Quítame las manos de encima.

—Es preciso. Escucha otra vez. Klatch... Dan se libertó de las manos que le aferraban de la americana y disparó una mirada irritada al policía, que por fin se adelantó.

—¡Mr. Grey! —dijo con viveza—. Si el caballero dice que no,

quiere decir que no. Si se va a convertir usted en una molestia, tendremos que llevárnoslo, ¿comprendido? Es el último aviso.

Grey dejó que sus manos cayesen desesperadamente a sus costados. Una lágrima asomó a uno de los ojos y se mezcló con la suciedad de su mejilla. Dio la media vuelta y trató de interrogar a más personas.

Dan miró al policía.

—¿Por qué tiene que ser clasificado como una molestia? —preguntó.

—Bueno, espera a alguien; comprenda, señor. Alguien que dice que ha huido a través de su «vagaestrellas». No se le puede censurar, ¿verdad? Después de todo, veo que es usted también un aficionado.

—Pero hay tiempo y lugar para todo.

El policía se encogió de hombros.

—No causa muchas molestias. Y, ya sabe, la más ligera posibilidad... puede siempre valer la pena.

—Me lo imagino —Dan no comprendía claramente lo que significaba aquella observación, pero tampoco deseaba despertar recelos al reconocerlo. Cruzó turbado el vestíbulo hasta uno de los mostradores de cambio.

Mientras esperaba a que le atendiesen, captó muchos más detalles de la extensión de la locura del «vagaestrellas» en aquel lugar. En vitrinas de escaparates contó cuatro anuncios de empresas que fabricaban el aparato... dos modelos portátiles, una instalación doméstica y un juego completo de piezas para fabricárselo en casa. Una chica estaba sentada esperando a que le llamaran el número de su vuelo, mientras sujetaba sobre las rodillas un «vagaestrellas» con el auricular medio escondido en su brillante cabello rubio.

¿Preparando una carga como el tipo llamado Grey? Dan esperó que no. Ella parecía demasiado bonita para volverse loca.

Cuando el taxi embocó la Avenida West Road hacia Londres, encendió un cigarrillo y se arrellanó en su asiento. Abriendo la caja de su propio instrumento lo miró por vigésima vez.

¿Qué diablos eran aquellas cosas en realidad? La mitad del contenido de la voluminosa caja cuadrada tenía cierto sentido... el

auricular con su cordón netamente arrollado; y el amplificador transistorizado, convencional en su diseño; la fuente de energía, también. Uno podía considerar a un «vagaestrellas» como un conjunto razonable de células destellantes, corriente eléctrica doméstica, luz y sol, incluso en teoría, la cocina de un hogar. Todo esto, como dijo el oficial de aduanas, era una versión cara y de artesanía; percibía la energía de una célula de combustible que convertía el gas butano directamente en electricidad, vapor de agua y CO₂, siguiendo el procedimiento más eficiente y perfeccionado.

Hasta ahí la cosa iba bien. ¿Qué se podía sacar del resto? Resumamos: Una magneto de alnico, con una corredera metálica; la corredera tenía dientes y era unida por una rosca. Otra cosa: Un mando de plástico calibrado en el mismo eje que la corredera, con un indicador para mantenerlo en el punto escogido. Más aún: una válvula de ultravacío mantenida en una caja de aluminio.

Había un dispositivo en dicha caja para mantener constante el vacío, pero al cabo de un mes, era preciso reemplazar la válvula por una nueva. El tanque de butano... del modelo normal para los encendedores de cigarrillos; fácil de rellenar, estaba garantizado para durar por lo menos un mínimo de un año y en la práctica hasta tres veces ese tiempo.

Súmese todo y el resultado que tiene es una tontería. Pero... Dan cogió el auricular y se lo colocó en el oído; estaba cubierto de espuma de caucho y terminaba con una pequeña banana. Al azar giró el mando y esperó. Nada. Lo movió un poco más y un ruido susurrante comenzó, como ondas u olas de una playa distante cruzadas por un sonido que se vertía y alzaba rápidamente de tono y volumen, como el gorgoteo del mar cuando llena una cavidad o el sonido del agua al alcanzar el cuello de una botella puesta debajo de su chorro.

Cerró los ojos atento. Era cierto, el sonido tenía una cualidad atractiva. Parecía lleno de significados, como una voz hablando un lenguaje desconocido, o más bien como una música capaz de conjurar imágenes e ideas pero sin comunicarlas como tales.

Sin embargo, con toda certeza, aquello no era un buen ajuste. Al cabo de unos momentos, el sonido se truncó en un manojito de chasquidos agudos y Dan tuvo que quitarse rápidamente el auricular. Advirtiéndole que el conductor le miraba por el retrovisor,

optó por suspender sus pruebas y cerró la tapa.

Quizás era que no lo entendía. Muchos de sus amigos se habían unido a la cada vez más creciente horda de adictos, pero cada vez que le convencieron para probar uno de sus instrumentos halló la experiencia simplemente interesante. Nada fascinadora. Tomaba el asunto como un juguete.

Si lo que le habían dicho era verdad, esos chismes tenían la apariencia de pistolas cargadas. Porque al extremo de la línea podía ver un hombre como Grey, gritando tonterías desesperadas, sílabas sin significado, a los desconocidos y aguardando una respuesta que tuviese sentido.

Preguntar lo que hacía realmente un «vagaestrellas» parecía casi una futilidad. Dan reflexionó que si hubiese tenido el beneficio de una explicación del propio Berghaus, la única persona con teoría que encajaba con los hechos, ni siquiera así lo hubiera comprendido a la perfección. A juzgar por la desvalida expresión de Berghaus mientras hablaba, tampoco había logrado llegar muy adelante.

Además, por ser un científico, se veía impulsado a emplear sonoros términos apabullantes y palabras técnicas. El psicocontinuo, por ejemplo. En apariencia, no había otra alternativa. Era aquello una especie de fenómeno sencillo y anticientífico.

Punto primero: No había lógica razón por la que una válvula de alto vacío, más una magneto, más una fuente de energía, generasen señales que se podían colocar en unos osciloscopios y registrar sobre cinta, alimentando un altavoz o causando oscilaciones en las agujas de los instrumentos.

Punto dos: Las señales no eran ruidos al azar. Por lo menos, tenían un aspecto altamente organizado —y, por tanto, presumible, llenas de información— como el discurso humano más complejo. La información, como Berghaus había podido afirmar a duras penas, no tenía significado; era un término técnico relacionado con un grado de orden. Cuando el fenómeno no había dado todavía un sobrenombre, sino simplemente el «efecto Rainshaw» de después de su descubrimiento, la gente creyó, naturalmente, que las señales relataban, en cierto modo, la periodicidad de la duración atómica o molecular, en las materias que componían el equipo.

Fue Berghaus quien, después de romperse la cabeza contra la pared del problema durante meses, halló la correlación estadística

extraordinaria entre las señales y las emisiones de un sistema nervioso vivo. La evidencia era demasiado técnica para Dan, pero aceptaba las palabras de Berghaus. Lo mismo hacían millones de otras personas. El modo en que Berghaus expresó su afirmación era el siguiente: «Igual que el efecto Zeeman, por ejemplo, informa un astrónomo de la existencia de un campo magnético que rodea a una estrella, lo mismo estas señales tienen características que sugieren un origen en un sistema nervioso percibiente y organizado».

Fue casi un año antes de que hubiese propuesto su ahora famosa teoría de la precognición la evidencia se había montado finalmente hasta una extensión en que apenas era necesaria. En lo concerniente a transferir información del futuro a pasado, él invocaba un equivalente espacial para el viaje a través del tiempo, no Einsteiniano, en aquella instantaneidad readquirida de un mensaje o significado definido y permitiendo conocer que un acontecimiento en el momento «x» se hiciese asequible al momento «xy» cuando todavía no era apreciable por los sentidos normales. Seguía una controversia, pero la hipótesis había servido bastante bien hasta entonces.

De mala gana, Berghaus dijo:

Estos ingenios pueden hurgar en el espacio equivalente que yo he llamado psíquicocontinuo, como la mente de un hombre con ETP lo hace.

Su teoría de la precognición había hecho a Berghaus noticiable durante una temporada. Los periodistas, por consiguiente, investigaron aquella nueva idea suya. Buscando un ángulo, uno de ellos preguntó el porqué, si estas señales se originaban en mentes vivas, no podían ser traducidas en palabras, quizás del mismo modo. Y sinceramente impulsado, Berghaus dijo que, según su forma de mirar las cosas, todo ser vivo, dándose cuenta de los seres humanos o seres equivalentes, podía tener acceso a ese canal de información fuera del tiempo.

—¿Seres humanos o de otra clase? —Le preguntó el reportero—. ¿Se refiere usted con esas palabras a que hay criaturas en otros planetas de otras estrellas?

—Si es que existen, cosa muy probable —asintió Berghaus. Para él, era sólo una posibilidad interesante que no podía ser excluida, dada la evidencia que se tenía a mano.

Pero el periodista se fue y creó la frase: «Óídos que escuchan las estrellas», «Óídos que vagan por las estrellas, a la escucha». Alguien contrajo esta definición y la transformó en «vagaestrellas»; otro hizo una versión portátil del aparato, presentándolo como si fuese un juego. Se le bautizó con el nombre que tenía.

Y de pronto todo el mundo pareció volverse loco.

II

La organización de Dan era completa. Hasta el último detalle había sido preparado antes de su llegada. Se exhibió como un turista casual en aquel hotel, y tuvo tiempo para almorzar y tomar café en la sala de estar antes de que ocurriese nada que le recordase que otras personas podían ser también cuidadosas.

A las tres menos diez la sala de estar estaba casi vacía. Por ello se produjo el primer aviso, cuando un hombre corpulento cruzó la puerta, se acercó y ocupó la silla contigua a la de la baja mesita en donde Dan se sentaba.

Dan le miró con fijeza. Vio que era un individuo de complexión fuerte, cabello ralo, con un hirsuto bigote castaño y mejillas coloradas, que sonreía al cruzarse su mirada con la de Dan.

—¿El agente especial Cross? —preguntó con una voz lo suficientemente baja para que la escuchase él y nadie más. Y volvió a sonreír, con más amplitud.

De modo que alguien había aparecido. Eso tenía que ser sin duda, porque en los servicios se produjo una filtración. Sin embargo, no valía la pena discutir.

—Sólo un individuo vulgar y corriente —dijo Dan, al cabo de una pausa—. La organización tiene título. Nosotros, no.

—Comprendo. Bueno, mire usted esto —el hombretón sacó una tarjeta de identidad de su bolsillo. Tenía una foto y debajo de la fotografía estaba escrito Hugo Samuel Redvers, Inspector Jefe.

Dan suspiró y le devolvió la tarjeta.

—¿En qué puedo servirle? —dijo.

—Oh, responda a unas pocas preguntas —Redvers se instaló más cómodamente en su silla. Un camarero vino con una bandeja y el inspector jefe ordenó café y un cigarro.

—¿Qué preguntas? —le invitó Dan, cuando hubo marchado el camarero.

—Principalmente, qué es lo que está usted haciendo aquí. Nuestro hombre de servicio en el aeropuerto se quedó un poco turbado al ver a un agente especial con uno de esos chismes en el hombro —Redvers señaló con la mano al «vagaestrellas» de Dan, que ahora estaba en la mesita entre ellos—. Su oficina en Londres tercamente negó su existencia, así que no me quedó más remedio que venir y preguntárselo personalmente. Cross no es su verdadero nombre, ¿verdad?

Dan calló. Su verdadero nombre quedaba tan en el pasado, que a veces le parecía pertenecer al grupo de una docena o más de otros nombres que utilizó durante los diez años de su trabajo.

—Bueno, no insistiré —dijo Redvers tras una pausa—. Me preocupa lo que la gente haga, no el nombre que escojan para hacerlo. ¿Y bien, mister Cross?

El camarero trajo el café y el cigarro. Quitó la envoltura de aluminio y lo olisqueó apreciativo antes de encenderlo.

Era difícil tener que declarar cualquier interés de la Agencia a un extraño, pero no había secreto absoluto... sólo el necesario para preservar su futura autoridad.

Dijo de mala gana:

—«Vagaestrellas».

—Me lo imaginé. Bueno, bueno. Me preguntaba cuándo se meterían ustedes en acción, ya que todo el mundo lleva con esa locura varios meses. ¿Sólo Investigación rutinaria?

—Poco más o menos.

—Pues entonces sea usted bien venido. A propósito, no es necesario que se preocupe porque le vean conmigo en público... mi nombre tampoco es Redvers, como el suyo no es Cross, y mi cara actual es una de las muchas que tengo para el trabajo. Sin embargo, la tarjeta es genuina; la confeccionaron en el Yard esta mañana.

Esperó una reacción en el rostro de Dan; Dan tozudamente le negó este placer.

—También he de decirle que su habitación no está preparada. Dos de mis hombres la revisaron. Supimos cual era porque otro de sus compañeros la reservó en su nombre. De todas maneras hoy me siento bastante complacido conmigo mismo, por haberme

obsequiado con este cigarro. Me imagino que los habanos forman pare de un lujo olvidado en cuanto a mí me concierne.

—Para un individuo que sabe todas las respuestas, está usted pinchándose con mucha insistencia —dijo Dan.

—Supongo que sí. Lo siento. Volvamos al asunto. Hay dos motivos mayores y varios menores, por los que la gente de aquí se interesa por los «vagaestrellas». Entre los motivos menores..., bueno, uno es la rivalidad comercial. Aquí se inventó el chisme y se convirtió en un negocio estupendo en breve tiempo. Eso no le interesa a usted. Ocasionalmente, tenemos molestias causadas por los adictos, que están convencidos de haber hallado un modo de convertir las señales en inglés simple y neto. Tonterías, claro.

»Entre los motivos principales, hay lo que yo considero esta estúpida rivalidad entre las diversas naciones para sacar de los “vagaestrellas” algún conocimiento que las haga dueñas del mundo. La Agencia Especial es la organización más fanáticamente internacionalista de las Naciones Unidas, así que a menos que usted haya cambiado de casaca podemos descartar eso también. Lo que me molesta es una cosa. ¿Busca usted a alguien, mister Cross?

Miró a Dan sin parpadear. Una voluta de aromático humo azul se interpuso entre ambos.

—Usted conoce todas las respuestas —dijo Dan por último—. Le ruego que me perdone.

—¡Desearía conocerlas! —Exclamó Redvers con súbita pesadez—. Uno de los jefes de policía del aeropuerto mencionó que usted se vio abordado por Grey, y que mostró sorpresa como si usted no estuviese preparado para encontrarse con alguien en su condición. Le aseguro que aun cuando Grey estuviese actuando, es una muestra típica de los de su clase.

—¿Se refiere a ese tipo de los ojos desorbitados que va diciendo tonterías a la gente?

—Oh, sí; era también uno de mis hombres. Hemos estado viviendo prácticamente solos en este país durante la pasada década, Mr. Cross. Somos muy buenos actuando.

La admiración profesional crecía en el interior de Dan. Dijo:

—Quizás yo no debí haberme molestado en sacudírmelo de encima. Pude haberle llamado a usted y preguntar.

—Usted no ha conseguido nada. Estamos demasiado cerca del

problema para extraer algún significado de él. Lo que me gustaría más sería el consejo de una de esas extrañas criaturas que dice la gente, oye en sus «vagaestrellas». Faltando eso, el punto de vista de un extraño también sería interesante. Y usted es forastero, ¿verdad?

—Sí, ésta es mi primera visita.

Redvers asintió.

—Pero debe de estar familiarizado con la situación general. Sé cuán completamente operan ustedes en sus misiones. Sería un cumplido, si no le hubiesen dicho a usted que no hiciera caso a las personas como yo, demasiado entrometidas. ¿Se lo dijeron?

—Me advirtieron que ustedes serían muy buenos cooperadores con los miembros de la Agencia.

—Intentaremos serlo. Agradecemos la insistencia de su grupo, en poner a todo el mundo a su lado en lugar de indisponerse con los demás..., lo que, en realidad, es lo que buscamos hoy en día nosotros. Pero tenemos que vigilarnos mutuamente con cuidado. Este viejo continente de Europa es el campo de batalla declinado siglo XX y nosotros estuvimos en la línea de fuego, si entiende lo que le quiero decir.

—Eso es algo que salta a simple vista.

—Pues, no, algo más profundo que no se puede ver a ojos desnudos, me imagino. Está en la mente. Cuando optamos por salir de las armas hace unos años, la decisión se tachó de cobardía o de traición o de algo peor; yo mismo no estaba seguro de que fuese una cosa buena. Nos costó cinco años esperar que fuese una cosa buena. Nos costó cinco años convencer al mundo de nuestros propósitos y sólo queríamos pasar la mayor parte de nuestro tiempo en cosas más fructíferas que estar pensando nuevos medios de barrer a las demás personas de un modo eficiente. Ahora estoy seguro de que aquella decisión fue la más conveniente para nosotros.

—Por lo menos impidió que otros países pequeños se arruinasen en un intento de construir su propia fuerza nuclear de guerra —dijo Dan—. Por eso sólo se les puede estar agradecido.

—Pues no lo está todo el mundo, desgraciadamente, ni siquiera ahora. Pregunté a uno de sus compatriotas si les gustaba esta tierra y él dijo que era un lugar infernalmente bueno para las vacaciones, excepto dos cosas..., las discusiones y las ilimitadas políticas, en

donde en las otras líneas se trataba de descubrir nuestros propios motivos y el conocimiento de que si las cosas se pensaran con la cabeza, por ambos lados, se evitaría la causa bélica de negar terreno al enemigo.

Redvers soltó una risita.

—Bueno, sólo se muere una vez. Espero. Desde mi propio punto de vista, en mí trabajo, siempre ha habido jaleos. Al principio, nos ocupábamos en echar a fuera a los intrigantes americanos, que estaban seguros de que padecíamos una ofuscación momentánea y que consideraríamos nuestra actitud, y a los intrigantes soviéticos, que también estaban seguros de que en realidad íbamos a unirnos al bloque oriental, puesto que eran incapaces de pensar que mantuviésemos una neutralidad absoluta. Los dos se hallaban equivocados como usted mismo puede ver. Pero nos impulsaron a convertir esta isla en una especie de enorme Tánge, una zona estratégicamente situada, en donde cada hijo de vecino está preparando un golpe de estado con la esperanza de asegurarse un control permanente. La vida no es aburrida, pero comporta un infierno de tensión. Y eso, según los psicólogos, es la razón del por qué nos vimos dominados tan ávidamente por la manía del «vagaestrellas». La gente busca desesperadamente la seguridad y se agarran a la más ligera posibilidad con la esperanza de extraer conocimientos y ciencia de las estrellas. Si esa fuese toda la historia, claro, sería estupendo.

—He oído antes esa teoría. ¿Tiene significado?

—Posiblemente. Por otra parte, el país en donde «el vagaestrellaje» está más extendido después de éste, no está en Europa, sino en la India. Los japoneses lanzaron ese modelo baratísimo con energía solar y la gente lo compra a montones... he visto fotografías... y hay pueblos en que se reúnen grupos para comprar uno en comunidad. Colocan el auricular en una tina de baño o algo así, que actúe como bocina y allí los tiene usted... cada hombre escuchando su propia sarta de ruidos... Creo que llama al instinto religioso de las personas. Elija usted su juego de explicaciones. ¡Café para todos los gustos!

De pronto, se dio cuenta de que se olvidaba de su café y sorbió el contenido de la taza de un trago.

—Yo creo que la locura queda a unos seis meses detrás de

nosotros, allá en los Estados Unidos —dijo al cabo de una pausa.

—Tiene mucha importancia en la costa del oeste, pero es que allí toda clase de chifladuras florecieron siempre —dijo Dan—. En el este, es aficionada principalmente la gente joven y los tipos de Greenwich Village. Creo que tienen ustedes peor problema escolar que nosotros.

—Por su bien eso espero. La locura es el factor mayor. La afición al «vagaestrellaje» no es sólo una figura de dicción. Es muy posible verse obsesionado por ello, hasta que se pierde interés en todo lo demás... trabajo, familia, otras diversiones. Por desgracia sólo se ve afectada así la gente inteligente joven y sensible; estudiantes, como usted mencionó, en particular. Pero, claro, lo peor es la gente que desaparece.

Redvers habló de forma tan diferente, que Dan se preguntó si había oído bien. No pudo impedir sobresaltarse, inclinándose hacia delante, en su silla, sorprendido.

—Sí, *Mr. Cross* —asintió Redvers—. Desaparecen. Por su reacción deduzco que eso es lo que le ha traído a usted a Inglaterra. Sí, interesa la cooperación; le diré que tenemos veinte casos documentados en donde no podemos despreciar en absoluto los testimonios. Usualmente se van con un ruido como el de una puerta al cerrarse con violencia. Hasta ahora hemos impedido que cualquiera de las agencias de noticias captasen tales historias, pero no nos ha sido posible cortar de raíz los rumores.

—¿Y qué dicen ellos? —preguntó Dan.

—Lo que usted puede imaginarse..., que esa gente ha descubierto místicas habilidades extrañas a través del «vagaestrellas» y las han utilizado.

—¿Y usted lo cree?

—No. No, todavía, no. Pero tengo una cierta sospecha de que tendré que hacerlo eventualmente. Ahora si esto es cierto, claro, hay un hecho bastante explosivo. Un poder de desplazamiento instantáneo, que si pudiese tenerse bajo control, podría utilizarse como arma. Por lo menos asustaría lo bastante a alguien para hacerle perder la cabeza. No demos nombres. Aquí es donde entra usted... y porque, incidentalmente, me alegro de verle.

Dan asintió. La Agencia tenía un solo propósito: Identificar las amenazas a la paz del mundo y suprimirlas implacablemente. Había

habido dos asesinatos políticos sensacionales, por ejemplo, no hacía mucho. Los psicólogos sociales habían hecho un gráfico y dicho: «El hombre no está cuerdo y un lunático en su posición podría iniciar una guerra».

—Así que...

—Quiero serle tan útil como pueda —prosiguió Redvers con educación—. ¿Le gustaría tener la oportunidad de conocer a Rainshaw... el hombre que lo empezó todo?

—Desde luego que sí.

—Estupendo. Concertaré eso tan pronto como sea posible y me mantendré en contacto con usted durante su visita. Yo no pido una colaboración estrecha..., yo quiero asegurarme de que usted no peca por dificultades. Puede que dé con la solución. El señor sabe que la necesitamos —se puso en pie y extendió la mano—. Bueno, ha sido un placer conocerle, se lo digo de veras.

Sintiéndose un poco confuso, Dan le estrechó la mano y vio que se alejaba dando grandes zancadas hacia la salida.

«Nunca se me dijo de manera más educada que yo era un incompetente». Gradualmente empezó a relajarse. Había allí un hombre honrado y agradable. Un hombre al que se podía respetar por ser listo sin sospechar que fuera maquiavélico. Aquella trampa en el aeropuerto, por ejemplo..., con el llamado Grey. La estratagema más brillante que había visto jamás Dan. No se le había ocurrido pensar cuán estrechamente pudo Grey estudiar su rostro, oír su voz e incluso cachear sus ropas mientras murmuraba insensateces.

Y él «sabía» todas las respuestas. Eran exactamente los rumores de la desaparición de quienes practicaban el «vagaestrellaje» lo que hicieron a Dan cruzar el Atlántico. Ahora, eso se había convertido en algo más que rumores y Redvers se mostraba evidentemente preocupado, lo que implicaba que aun cuando se hubiera optado por abandonar la carrera de los armamentos, esos individuos... al distribuir «vagaestrellas» por el mundo... habían encendido la mecha de una enorme bomba que amenazaba destruirlo todo.

III

Sacudiendo la cabeza, Dan se volvió a la mesita de junto a él y cogió la revista de vistosa portada sobre la que había colocado su «vagaestrellas». Se pasó el vuelo desde Nueva York leyendo una pila de aquellas publicaciones; probablemente, el «vagaestrellaje», con su locura, había establecido alguna especie de record por la velocidad con que se crearon clubes de entusiastas, revistas del género y se lanzaron al mercado juegos de «hágalo usted mismo».

Aquella revista era de California. En la cubierta, con brillantes letras blancas, «Starnews», y en una línea quebrada: «LA PRIMERA y la MEJOR revista para los entusiastas del “vagaestrellaje”». Considerando que tenía ciento veinte páginas, era notablemente informativa. Veinte páginas de anuncios, seguidas por opiniones de personalidades y correspondencia entre los lectores, recomendando nuevas clases de instrumentos y sus propios montajes favoritos.

Luego el meollo de aquel número: Artículos, revistas de equipo, e informes del progreso por investigadores formales, todo ilustrado en color. Una colaboración anunciaba que las verdades de la astrología habían ensombrecido con el «vagaestrellaje», pero en un editorial, encerrado llamativamente en una caja de la segunda página, se decía que la opinión de los colaboradores no reflejaba la de la revista en sí.

Las más notables impresiones que destacaron en Dan fueron, primero, el supertono de respeto en la mayor parte de las colaboraciones, como suele oírse la voz de un hombre que discute una religión, que admira sin formar parte de ella, y segundo, la ausencia total de dos asuntos que hubiera esperado hallar en cualquier parte.

No había nadie que se opusiese a la corrección con que las

teorías de Berghaus fueron formuladas. Se admitía que el «vagaestrellaje» y sus señales eran realmente un modo de escuchar mentes extrahumanas.

Y tampoco se hacía mención alguna de que hubiera habido desapariciones.

Claro, como Redvers acababa de decir, la locura llevaba seis meses de retraso en los Estados Unidos; pero allí había noticias británicas en abundancia y anuncios de compañías inglesas. Así que eso no significaba nada.

Ojeó la sección de anuncios del final hasta que encontró lo que buscaba: Una inserción de plena página de uno de los almacenes de Oxford Street, Londres. Si se hacía tanta publicidad en una revista de Los Ángeles, sería aquella casa un buen lugar para empezara hacer preguntas.

Tras un vidrio curvo y antirreflexivo había una estrella de dos metros que giraba lentamente en mitad del aire. Debajo, una docena de últimos modelos de «vagaestrellas», se mostraban sobre un terciopelo rojo. En lugar de puerta había una cortina de aire. Dan la cruzó.

Sus pies se hundieron en una espesa alfombra; una atractiva muchacha, vestida denegro, se le acercó.

—Buenas tardes, señor —dijo—. ¿En qué puedo servirle? Dan alzó su «vagaestrellas».

—Creo que mi válvula de vacío se ha gastado —mintió, muy serio—. ¿Tienen ustedes recambios para este modelo?

La chica le tomó el instrumento y lo miró.

—Oh, sí. Si viene hasta el mostrador le daré uno.

—Gracias.

La siguió despacio, mirando en su torno. No había duda de que aquel debía de ser un negocio redondo. El escenario era demasiado escueto para ser llamado lujoso, pero todo tenía rico aspecto. Incluso las estanterías del género en la parte trasera de los almacenes, se veían cubiertas del mismo terciopelo rojo que vio en el escaparate. Había otros cuatro clientes. Un hombre de mediana edad y una mujer se sentaron juntos en el rincón más lejano de la puerta, cada uno escuchando atentamente un «vagaestrellas» portátil; ninguno se movió durante todo el tiempo que permaneció en el almacén. En el mostrador, dos jóvenes chinos ojeaban un

catálogo y hacían preguntas técnicas a un empleado también joven. Dan ya había visto cuántos turistas chinos habían en Inglaterra, cosa que le extrañó puesto que el «vagaestrellaje» se consideraba como una pérdida de tiempo antisocial de los países occidentales.

La chica volvió con una nueva válvula de vacío.

—¿Quiere usted que se la instale? —preguntó.

—Bueno... muchísimas gracias.

Expertamente se dedicó a la tarea de sustitución.

—Es la primera vez que usted está aquí, ¿verdad? —dijo ella en tono conversacional—. ¿Es usted americano?

—Eso mismo. Vi su anuncio en «Starnews» y pensé venir. Diga... ejem..., soy nuevo en esto, y me gustaría ponerme en contacto con un club. Conocer gente que trabaje en el mismo campo mientras esté en Londres.

—Podemos ayudarle —dijo la muchacha y cerró la caja—. Son treinta chelines, por favor. Ejem... una libra, diez chelines. Nosotros patrocinamos un club para nuestros clientes asiduos que quieran hacer investigaciones en serio. Tendrá usted que hablar con nuestro gerente, *Mr. Watson*. Es el presidente del club.

—Es usted muy amable —dijo Dan, colocando los billetes sobre el mostrador.

—Le preguntaré si puede recibirle ahora mismo. Quizás le guste echar un vistazo a nuestro catálogo mientras se espera.

Colocó un grueso tomo de hojas intercambiables ante él, que contenía por lo menos cien páginas de papel grueso y Dan no pudo reprimir un gesto de sorpresa.

—¡Santo cielo! ¿Cuántos modelos diferentes tienen ustedes? La chica le dirigió una débil sonrisa.

—Unos sesenta. Pero hay un centenar también en producción. Siéntese, ¿quiere? Es demasiado pesado para leerlo de pie.

Bien impresionado, Dan tomó una silla y abrió el catálogo. Había algo llamativo en primera página.

«Vivimos en una era extraña. Hasta ahora la muerte era nuestro vecino más próximo; caminamos con ella cada día. No se ha separado de nosotros; con el descubrimiento del “vagaestrellaje” hemos aprendido que la vida está tan próxima como la muerte y no más distante que el giro de uno de los mandos».

«Algunas personas buscan en los sonidos de un “vagaestrellas”

nuevos conocimientos del universo. Esos son los serios estudiantes cuyo trabajo se convierte en su propia vida. Otros no piden más que la comodidad de experimentar por sí mismos las señales que, nos dicen los científicos, indican que otros seres humanos viven en, el universo, que piensan y quizás aman».

«A cualquier clase que usted pertenezca, estamos a su servicio».
COSMICA LIMITED.

Bueno, eso era un punto de vista...

Tras él dijo una voz:

—¡Bien, bien! ¡Una de las obras de artesanía de Harry Binton! ¡Y muy hermosa también!

Dan alzó los ojos. El que hablaba era un hombre de cuarenta años o más, vestido elegantemente que le tendió la mano. Dan se puso en pie.

—¿Mr. Watson? —preguntó.

—El mismo. Siéntese, siéntese. Este es uno de los instrumentos de Harry, ¿no es verdad, señor...?

—Cross. Dan Cross. Dan Cross. Sí, es un Binton. ¿Le conoce?

—Somos sus agentes en la nación. Hace un trabajo muy bueno. Aún que... oh, probablemente soy parcial, pero prefiero el sistema británico de diseñar. No hay duda acerca de sus productos, claro; no hay modelo más poderoso que el que usted lleva al hombro. ¿Han probado otros instrumentos?

—En realidad, no. —Dan se encogió de hombros—. Me hizo adicto un amigo hace poco y me recomendó los Binton.

Watson inclinó la cabeza a un lado.

—Posiblemente demasiado poderoso para un novicio. La gente puede desanimarse si empieza con un instrumento demasiado avanzado. Déjeme que le proporcione un Gale y Welcham..., hay un juego de esos que puede ser una revelación. Es un modelo de células secas y de los más baratos que recomendamos, pero de un valor asombroso por el precio.

Rodeó el mostrador y sacó un plano y un instrumento grande de dentro de una caja. Colocándolo sobre su rodilla pasó a Dan el auricular.

—Dígame si hago bien el ajuste —dijo—. Usualmente está entre quince y dieciséis de su escala, pero, claro, varía de un aparato a otro. ¿Obtiene algo?

Aquel auricular era mayor y menos cómodo que el suyo; lo mantuvo en su sitio con un dedo y obedientemente cerró los ojos. Después de todo, se suponía que era un nuevo y ansioso adicto.

En alguna parte de su mente sonaba un tambor. Un ritmo lento, que se acrecentaba, que se hacía más fuerte. Un instrumento melódico se le unió... ¿o era una voz cantando? No, era algo como un grito de alegría. El batir de tambores cambió hasta un arrastrar de pies. (¿Cambió o lo había confundido desde el principio?). No obstante, no eran pies que se arrastraban en absoluto, si no que era el latir de un enorme corazón, que significaba vida, consciencia, vigor. ¡Incluso violencia!

Podía ser el rumor de un terremoto producido en el interior de una masa de montañas y los gritos los chasquidos de las rocas lanzadas hacia el cielo, arrancadas de sus posiciones antiguas por la fuerza terrible de...

Cesó y Dan abrió los ojos. Se sentía tembloroso. Watson sonreía como un gato cheshire; su mano descansaba sobre el mando de ajuste, que acababa de girar por completo.

—¿Y bien? —preguntó.

—Tiene usted razón, es sorprendente. —Dan se secó con el pañuelo las sudorosas manos, pensando que si alguno de sus amigos le hubiese enseñado aquel chisme, ahora podría ser un entusiasta adicto.

—Esa es una demostración fácil y sencilla del «vagaestrellas». — Watson acarició el instrumento que tenía ante sí, como si se tratase de un animal doméstico que fuera su favorito—. Este modelo tiene un repertorio excelente. Conozco gente que construyeron instalaciones enormes fijas y no han conseguido los resultados que con este Gale Welcham, porque el repertorio del aparatito es de lo más variado y excelente.

Una referencia anunciada en «Starnews» cruzó la memoria de Dan.

—¿Entonces no se puede conseguir eso en otro instrumento?

—Oh, no. Incluso Gale y Welcham fracasaron al utilizar otro instrumento distinto al que le acabo de enseñar. Aunque yo no vendería aparatos de mala calidad, que no ofreciesen a los clientes algo bueno; claro, sería engañarles.

Señaló el ejemplar del «Starnews», visible en el bolsillo de Dan.

—Encontrará usted una buena cantidad de correspondencia entre las personas que ensayan a aparejar las señales recibidas con diferentes instrumentos. El presente sistema de calibración es arbitrario... por no decir caótico... e incluso una señal repetida serviría como pista para ulterior investigación. Nuestro club trabaja bastante en ese sentido, incidentalmente, y según me han dicho preguntaba usted detalles acerca de él.

—Es cierto. Evidentemente tengo aún que aprender mucho y quiero conocer a verdaderos estudiantes de la materia.

—Encantado en poderle ayudar —dijo Watson. Sacó una tarjeta de su bolsillo y escribió su nombre en el dorso antes de entregársela a Dan—. Nos reunimos cada miércoles, como usted lo verá. Por favor, venga mañana si así lo desea. Hay unos pequeños derechos de entrada para cubrir el coste de alquiler de la habitación donde celebramos las sesiones y, si quiere morir más de una vez, ha de pagar una cuota de entrada de cinco libras.

La tarjeta decía CLUB COSMICA y daba una dirección del centro de la ciudad. Desde el otro lado vio que el nombre de pila de Watson era Walter, y se guardó la tarjeta.

—Muchísimas gracias. ¿A qué hora he de llegar?

—Sobre las ocho. Tendremos esta semana de demostración y eso se empieza prontito. Fuera de los almacenes, Dan casi tropezó con una chica sentada en la acera. Tenía puesto el auricular de un «vagaestrellas» y con los ojos cerrados y la boca abierta trazaba una serie de líneas espirales con tiza sobre el suelo. Media docena de transeúntes se detuvieron para mirar lo que hacía, pero ahora los espirales se amontonaron una sobre otra con tanta densidad, que era imposible descubrir la secuencia sobre la que habían sido dibujadas. Posiblemente ella esperaba que alguien reconociese tal sistema o módulo y la hablase. Pero nadie lo hizo.

Un poco después, vio en el escaparate de una farmacia un auricular a la venta, con un cartelito que decía: PARA AYUDAR A LA CONCENTRACION MIENTRAS SE PRACTICA EL «VAGAESTRELLAJE».

Esperando cruzar cuando le diera paso el semáforo, oyó a un muchacho de unos veinte años dirigirse a un amigo.

—¿Cogiste últimamente algunas buenas estrellas?

Lo que de ella llamó la atención de Dan, era algo empujando un

viejo carretón de mano sucio y con los tableros agrietados. En el carretón había una enorme y brillante «vagaestrellas» de modelo doméstico. El altavoz emitía un sonido llano y torpe como si algo se moviese en un barro espeso, chapoteando. Siguiendo al carretón, iban cinco o seis jóvenes de ambos sexos, escuchando con atención y frunciendo el ceño cuando algún conductor hacía sonar el claxon y apagaba la señal que se recibía.

Una de las chicas tenía una mirada como un santo en éxtasis y su novio la conducía cogida del brazo.

Cerca había otra muchacha que, ostensiblemente, nada le decía el sonido y dirigiendo miradas de envidia a los afortunados.

Su cabello era corto y negro enmarañado un rostro picudo de cervatillo con una boca malhumorada, mientras llevaba las ropas cómodas popularmente corrientes en ambos sexos..., una camisa de cuello alto y pantalones ajustados.

Lo que de ella llamó la atención de Dan, era algo extraño que no pudo precisar. Pero lo que llamó la atención de la muchacha en él, era evidente... era su «vagaestrellas».

Se separó de sus compañeros, y se acercó a la acera donde Dan estaba de pie, hurgándose el bolsillo al mismo tiempo que se acercaba.

Ella avanzó rápidamente.

Cuando sacó la mano tenía un cuchillo.

El cuchillo segó la bandolera del «vagaestrellas» de Dan. Lo cogió con fuerza y de un tirón se quedó con él en las manos echando a correr.

IV

Media docena de personas vieron la acción y trataron de detener a la muchacha, pero evidentemente ella tenía práctica en aquel modo de operar. Si hubiera robado a alguien que no fuera un miembro de la Agencia Especial, probablemente habría escapado; en este caso Dan la siguió a través de la densa y doble columna del tráfico hasta llegar a los límites de Hyde Park.

Entonces el problema se redujo a dejarla que se cansara y tan pronto como ella le vio siguiéndole de cerca, renunció a proseguir la infructuosa huida. Dan esperaba que ella le distrajera tirando al suelo el «vagaestrellas» y escapando mientras se dedicaba a recogerlo, pero la muchacha no recurrió a truco tan viejo y efectivo. Se limitó a pararse, jadeando como un fuelle y claramente exhausta por tan breve persecución.

Dan se acercó a la joven extrañado por la mirada de desafío de sus ojos negros y advirtió lo desnutrida que parecía... cosa rara en una ciudad tan próspera. Sin embargo, nada dijo.

Al cabo de un momento, ella alzó el «vagaestrellas» con ambas manos, dejando que la correa bandolera arrastrara por el suelo. Como si hubiera adivinado el pensamiento del agente, dijo:

—No..., no me atreví a dejarlo caer. Podría haberse roto.

Su voz era llana y desapasionada, mientras Dan seguía mirándola con fijeza. Unos pocos segundos y la muchacha perdió el control de sus nervios y con violencia le tendió el «vagaestrellas».

—¡Tome, aquí lo tiene ya! —exclamó con un cortante tono de impaciencia. Dan no hizo el menor gesto de tomar el instrumento. Al no comprenderle, la muchacha se mordió el labio. Una expresión lunática apareció en su rostro.

—No... no irá usted a hacerme detener —sugirió.

—Me parece que no —dijo Dan.

La chica pareció animarse.

—¿Me permite que... lo pruebe? —aventuró ella. Dobló sus brazos sobre el «vagaestrellas» y lo apretó contra su pecho—. Le juro que es lo único que quería hacer con él. No tenía intención de venderlo o algo por el estilo.

Dan suspiró. Aquel era el robo más singular que se había tropezado en su vida. Alarmada, la joven se humedeció los labios.

—Si usted quiere algo... quiero decirle que... haré lo que me pida si me deja probar su «vagaestrellas». ¿Es eso lo que pensaba preguntarme?

—No. —Dan movió su brazo derecho como si fuera una serpiente al ataque y cogió la correa del instrumento, arrancándoselo de las manos antes de que la chica pudiera reaccionar. De un tris el aparato no chocó contra el suelo. Dan continuó con los ojos fijos en el rostro de la muchacha.

Por su horrorizada expresión parecía decir la verdad. De manera que aquélla era una de las jóvenes adictas que Redvers había mencionado y que también mencionaba en sus informes.

—¡Piojo asqueroso! —exclamó la muchacha—. ¿Verdad que también, de niño, se dedicaba a arrancarles las alas a las pobrecitas moscas?

Había demasiado psicopatía en la altiva dignidad de la chica para que Dan respondiera de modo automático. Comenzó a anudar la correa cortada del instrumento.

—¿Qué le pasa? —dijo—. ¿No tiene usted ninguno?

—Lo tenía. Mi madre me lo rompió hace una semana. Dijo que perdía con él demasiado tiempo. Por eso me fui de casa. Pero no puedo comprar uno nuevo y mi vida sin él es un «infierno», porque ya estaba obteniendo algo. Sé que iba a llegar a alguna parte. Durante meses estuve probando hasta empezar a llegar a la meta.

—¿No tiene amigos que le presten su aparato?

—Los he probado todos los suyos —dijo ella—. No me van bien. Vi el suyo y me di cuenta que era uno de los modelos que aún no había probado. ¿Me permite utilizarlo un poquito? Sólo para ver si me sirve. No creo que, siendo de otra clase que el que tenía, me sirva, pero es un tormento insufrible no poderse cerciorar. Mire.

Extendió su manita que temblaba como una hoja sacudida por el

viento.

—¿Qué modelo tenía usted?

—Uno baratito... un Gale y Welcham... pero muy bueno. Vaya, era el modelo favorito de Watson. ¿Cómo habían podido progresar las cosas hasta ese punto? Parecía como si debiera prohibirse el «vagaestrellaje», al igual que se prohibieron las drogas peligrosas.

Curioso por saber si ella podía explicar la fascinación que extraía de la escucha, dijo él:

—¿Qué hay en el «vagaestrellaje» que se ha apoderado de usted hasta tal punto?

—¿Cómo puedo decírselo, si aún no lo sé? ¿Es usted un adicto, no?

—Soy un mero curioso. Puedo prescindir de ello. La muchacha hizo un gesto de desvalimiento, cerró los ojos y se tambaleó un poco. Dijo con voz débil.

—Supóngase que tiene usted un sueño, un sueño muy importante, en el que ve algo importante. Un retazo del futuro, por ejemplo. Y usted despierta y recuerda lo que ha visto, pero no lo que era. Es algo así, excepto que lo que usted vio es cuestión de vida o muerte. Si no logra recuperarlo más le vale degollarse.

—¿Tiene usted hambre? —dijo Dan—. ¿Ha comido ya hoy?

—No. Ni ayer tampoco. —Ella sonrió—. ¡Pero no importa! Extrañado, Dan sacudió la cabeza. —Allá hay un quiosco. Haré un trato con usted. Si come usted algo, le prestaré mi instrumento un ratito. ¿Hace?

Ella hizo una pausa antes de responder; sus ojos negros parecían enigmáticos. Por fin, dijo:

—Siento haber tratado de robárselo. Pero no es necesario que me invite. Dejaré de molestarle y trataré de encontrar a mis amigos.

Dan suspiró y la cogió del brazo. Ella no se resistió.

Incluso con la tacita de café en una mano y con bocadillos en la otra y en su regazo, la chica no dejó de mirar sino escasos segundos el «vagaestrellas» del agente. Dan estaba seguro de que hubiera tirado la comida de buena gana por colocarse en seguida el auricular, si él se lo hubiera permitido.

—¿Cómo se llama? —dijo tras dejarla engullir dos bocadillos y beberse una tacita de café.

—Lilith Miles.

—¿En qué se ocupa?

—En nada.

—¿De veras?

—Iba a una academia. Hice un trato con mi madre... seguiría estudiando si ella me dejaba proseguir con el «vagaestrellaje». No es que lo que una aprenda en los colegios tenga mucha importancia, después de que se empiezan a obtener resultados con el aparato. Pero mi madre se volvió atrás en lo dicho y me rompió el aparato mientras yo no estaba en casa. Por eso me fui, como le dije antes.

—¿Qué clase de resultados había llegado a obtener?

—¡No se puede explicar! —Hizo un gesto de impotencia—. Una simplemente se da cuenta que allí hay algo. No se puede expresar en palabras. Sin embargo, tiene un cierto sentido sorprendente. Hay personas que logran una cosa, otras consiguen algo distinto. Como un amigo mío que recibió noticias de su padre muerto en un accidente. Pero eso no sucede a menudo. Quiero decir que esa clase de cosas no tienen tanta importancia.

—Hay gente que pierde la razón, ¿verdad?

—Oh, mucha —el pensamiento no parecía conturbarla, lo que era más sorprendente aún que todo lo demás que ella hiciera o dijese—. Creo que esos son los que se atascan a mitad del camino. Se ponen impacientes y no saben esperar a ver todo el asunto claro. Otra amiga mía... empezó poniendo a las cosas nombres absurdos y se fue por ahí, diciéndoselo a todo el mundo, pensando que tenían algún significado. Pero, como es natural, no lo tenían. Lo que sale de un «vagaestrellas» no se puede expresar en palabras.

—¿Eso no le solivianta a usted?

—No. Es cómo la muerte... me refiero a la posible locura. Pues bien, al igual de la muerte... es cosa que sucede a los demás, no a nosotros mismos.

A su manera, claro, aquello era una observación aguda, tuvo que admitir Dan.

—¿Qué hay... qué hay de esas historias acerca de gente que desaparece? —preguntó dubitativo—. ¿Las conoce usted?

Un tono de sincera envidia crepitó en su voz.

—Hay algunas, ¿verdad? Lo captaron y... puff... se esfumaron.

—¿Sabe usted dónde se fueron?

—Si lo supiera estaría allí también, ¿no le parece? —Le miró

turbada—. ¿Cómo es que usted no sabe nada de eso, o es que me está tomando el pelo?

—No, no le tomo el pelo. Quería conocer su punto de vista. Volviendo a los que desaparecieron... ¿había entre ellos algún amigo suyo?

Lilith sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que oyó decir acerca de ellos?

—Oh, lo que todo el mundo. No se habla mucho de eso. Es algo escabroso, ¿no? Pero ahí está el meollo, esa es la cosa.

—¿Y nadie sabe lo que les sucede realmente?

—No, hasta que sucede. A veces uno empieza a ver, cuando se escucha un «vagaestrellas». Se está a punto de lograrlo. Trata una de cogerlo y se le vuelve a escapar. Pero una está segura de que existe allí. Es como intentar coger con las manos un pez resbaladizo. Se falla diez veces, cien, pero cada vez uno se acerca más, uno lo hace mejor. Es preciso seguir intentándolo. Uno ha de tener tanta hambre de pescado que no se atreva a ponerse impaciente; es necesario conservar la calma y concentrarse, y seguir probando. ¿Me permite ensayar ahora su «vagaestrellas»?

Arrojó su segunda taza de café al sumidero más próximo y extendió las manos para coger el instrumento sin aguardar respuesta. De mala gana Dan le permitió abrirlo; después de todo, ése había sido el trato.

—¡Qué bonito es! —exclamó ella con tono impresionado—. Por fuera ya me imaginé que sería un buen aparato, pero viéndolo es estupendo, ¿no? Jamás había utilizado antes un modelo con célula a combustible. ¿Cómo se aumenta el volumen?

La enseñó a manejar los mandos y la muchacha se colocó el auricular en el oído, se arrellanó y cerró los ojos.

Toda la prematura dureza desapareció de su carita; las líneas tensas de junto a su mal humorada boca se desvanecieron y empezó a sonreír un poco. Dan la observaba con ansiedad. Tenía un oscuro sentimiento de culpabilidad, como si se hallara fomentando la corrupción de una menor y, sin embargo, era agradable ver el cambio sufrido por su carita.

Movió el mando de ajuste con paciente y sumo cuidado, buscando la adecuada sintonía, que Dan no advirtió cuando dejó ella de maniobrarlo. Entonces empezó a preguntarse cuánto tiempo

le permitiría usar el chisme, lo que diría ella si la interrumpía e incluso el pensamiento era ridículo, pero se arrastró subrepticamente por su cerebro si ella podría desaparecer de su presencia, desvanecerse ante sus ojos.

Se estremeció. Arreciaba el fresco al caer la tarde y el tráfico de una de las horas puntas iba llenando las calles cercanas, pero no se estremecía por eso. Encendió un cigarrillo y se forzó a ser tan paciente como la chica. A veces la gente que iba o venía por el parque les miraba al pasar, pero no con mucha frecuencia. Parecía que el «vagaestrellaje» era demasiado corriente para provocar la curiosidad pública.

Casi media hora había pasado y se estaba preparando a dar media vuelta al mando y quitarle el instrumento, cuando ella se agitó y abrió los ojos. Parecía vagamente desencantada. Se quitó el auricular y cerró la caja con un suspiro.

—¿No le dio resultado? —dijo Dan.

—Oh, fue estupendo —la voz de la muchacha era cálida—. Creo que podría acostumbrarme a emplearlo. Es mucho irás potente que mi antiguo chisme, así que resulta más difícil elegir lo que importa. Pero de todas maneras, fue estupendo. ¿Me permitirá volverlo a utilizar... alguna vez? De momento no me es posible concentrarme más.

Dan dudaba. Aquella chica podría resultar una molestia si continuaba apremiándole para que la dejara utilizar el «vagaestrellas». Por otra parte, sería útil —y quizá instructivo— observar y hablar con alguien que pretendía saber lo que era en realidad el «vagaestrellaje».

—Por favor, dígame que sí —suplicó ella.

Dan extendió las manos y asintió.

La muchacha corrió como un monito y se puso en pie de un salto.

—Le llamé piojo —dijo—. Lo siento. ¿Podré volverlo a probar por la mañana? Usted es americano. Supongo que se aloja en algún hotel, ¿no?

—Sí. Y le diré cuál hotel es y quién soy yo con una condición.

—¿Que no me ponga impertinente? Le prometo que no. La joven era todo un carácter, fuera cualquiera el jaleo en que se hubiese metido. Cuando le hubo dicho lo que ella quería saber, se marchó

cruzando el césped con las manitas en los bolsillos, silbando satisfecha. Al cabo de unos instantes, empezó a saltar de huella en huella, de pisada en pisada dejada por anteriores paseantes, como si la alegría embargara su alma juvenil.

Una vez se perdió de vista, Dan abrió el «vagaestrellas» de nuevo y se colocó el auricular, impulsado por la curiosidad. El mando de ajuste de sintonía permanecía en el lugar que tanto pareció complacer a la joven. Dio más volumen y aguardó.

No, no salía nada bueno. Sonaba como una docena de banjos tocando al unísono en una fiesta, una cierta cantidad sistemática de chillidos ácidos y de silbidos. Era una cosa que ya había sintonizado la primera vez que probó el instrumento y, por cierto, que la disgustó una enormidad.

Y Lilith poseyó un Gale y Welcham y Dan sabía que esos instrumentos tenían una calidad en verdad atractiva. ¿Cómo podía aquel ruido desagradable relacionarse con lo que Watson le había hecho probar? Además: ¿cómo iba a poder tener un significado concreto?

Bueno, había aprendido ya muchas cosas, eso no lo podía negar. Lo más seguro en todo aquel embrollo, era que cuanto más aprendía, más confuso se sentía. Se puso en pie y comenzó a alejarse lentamente.

V

Se estaba afeitando a la mañana siguiente cuando sonó el teléfono. Una voz familiar salió del aparato.

—Buenos días, Cross. He concertado para usted una entrevista con el doctor Rainshaw, para hoy, tal y como le prometí.

—Buenos días, Redvers. No quiero parecerle desagradecido, pero ¿hace todo eso meramente por demostrar sus deseos de cooperación?

—En parte, sí. Y en parte también porque, como le dije, deseo conocer el punto de vista de un extraño. Usted es el mejor extraño que tengo a mano. Dígame, ¿le habló Watson de asistir esta noche al Club Cósmica?

—¿Por casualidad, tienen también controlada esa tienda?

—No. Lo que pasa es que se puede predecir lo que hará Watson. Habla a todos los clientes para hacerles ingresar en su club. Se trata de una organización genuina, no un antro comercial. Se lo digo para su gobierno.

—Parece usted muy interesado en Watson, ¿por qué?

—Por la misma razón que le llamó la atención a usted. Los mayores almacenes de esta clase del país son un buen lugar para mantenerse en contacto con lo que está sucediendo. Mire, no quiero seguirle retrasando su desayuno. El doctor Rainshaw está en un establecimiento de investigaciones del gobierno en Richmond, cerca de Londres. Le esperaré en un coche a las diez en punto.

Exactamente a las diez llegó el coche. Era un pequeño descapotable pintado de azul eléctrico, sin ningún aspecto de ser un vehículo oficial. Redvers estaba al volante, con la misma expresión facial que el día anterior. Iba solo. Desde el mostrador de la conserjería donde estaba dejando un recado para Lilith,

excusándose por su ausencia, Dan le señaló con un gesto que se quedara en el coche y no entrase al hotel.

Tras entregar la nota al puntilloso y altivo empleado, salió a la acera. Subía al coche cuando oyó una voz aguda llamándole por su nombre.

—Perdone un instante —dijo a Redvers en voz baja y se volvió para saludar a la chica con una sonrisa.

—Lo siento mucho —dijo—. Tengo que entrevistarme con cierta persona inesperadamente. Le dejé una nota en conserjería pidiéndole que volviera más tarde.

—¡Ooooh! —Las comisuras de la boca de Lilith cayeron con un gesto de enojo—. Sabe usted que dijo que yo podría...

—Lo sé. Pero se trata de un asunto muy importante y no me enteré de la hora de la entrevista hasta poco antes del desayuno.

—¿Qué ocurre? —preguntó Redvers desde el coche. Dan le explicó en pocas palabras lo que había prometido a la muchacha.

Mientras hablaba, ella dio media vuelta tristemente y empezó a alejarse con un aspecto tan abatido que hasta parecía gracioso. Dan comenzó a descolgarse su «vagaestrellas», pensando en prestárselo toda la mañana, ya que él no iba a poderlo utilizar, pero Redversle adivinó el pensamiento y sacudió la cabeza.

—Si quiere volver a ver ese chisme, no lo haga —dijo.

—Probablemente, tiene usted razón. Sin embargo, pobre criatura... me da lástima. —Dan miró a la muchacha y vio que había dado media vuelta como si se le hubiera ocurrido una idea. Volvió corriendo, con el rostro encendido.

—¿Por qué no me colocan en el asiento trasero del coche? —dijo ella—. Hay espacio de sobras y le prometo no servirles de estorbo... ¡y además, así sabrá que no voy a huir llevándome su «vagaestrellas»!

Dan soltó una carcajada y miró a Redvers. Pero Redvers no parecía divertido. Abría y cerraba las manos con gesto de preocupación. Por último, dijo:

—Es cosa suya, Cross. A mí me importa un pepino, mientras no oiga ni el más débil chasquido que salga de ese chisme.

—Ya ha oído lo que ha dicho mi amigo. —Dan se encogió de hombros. Con un grito de placer Lilith saltó al asiento trasero y se acurrucó en un rincón extendiendo la mano para que le diera el

«vagaestrellas».

Pensando que la cosa no era más insensata que lo que ya había pasado antes, Dan entregó el aparato a la joven. Redvers se mantuvo impasible dándole la espalda.

—Mantendré el volumen bajo. Se lo juro —dijo Lilith mientras se colocaba el auricular—. Ni se darán cuenta de que estoy aquí.

—Eso espero —contestó Redvers con una inesperada sequedad y puso el coche en marcha.

Al cabo de pocos minutos de viaje, Dan miró por encima de su hombro. Lilith estaba tan «lejana» como lo estuvo ayer, su rostro aparecía pacífico y feliz. Al darse cuenta del movimiento de su compañero, Redvers emitió un gruñido.

—¿Es trabajo suyo o afición el hacer de niñera? —dijo sarcástico.

—No, no lo tengo por costumbre. Ayer esa chica intentó robarme mi «vagaestrellas». Se encontraba en un estado de ánimo infernal.

—¿Una idiota?

—¿Una adicta?

—No sé si se le puede llamar a eso adicción. —Dan se daba cuenta de que en sus palabras traslucía la turbación de su alma—. Es algo diferente, me parece. Le hice cuantas preguntas se me ocurrieron y aún estoy meditando las respuestas que me dio.

—¿Cómo cuáles?

Dan se lo contó todo, con el ceño fruncido.

—Lo que me turba —terminó—, es... no su actitud de sangre fría, porque es demasiado entusiasta para catalogarla así. Mejor dicho, su abierta aceptación del riesgo que entraña todo.

—Son riesgos que difícilmente podrían ignorarte —respondió Redvers con sequedad.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Dan porque la voz de Redvers pareció temblona al efectuar su última observación y sujetaba el volante con tanta fuerza que tenía blancos los nudillos y la frente perlada de gruesas gotas de sudor.

—Ella dijo que mantendría el volumen bajo —contestó Redvers—. Si no lo hace, la echaré de aquí.

Dan inclinó la cabeza. Casi apenas audible se percibía un zumbido como el de un enjambre de abejas, pero no parecía venir

de detrás de él. Era delante donde se producía. Así lo dijo, no comprendiendo el súbito ataque de temblor que se apoderó de Redvers.

—Tiene usted razón —dijo Redvers con esfuerzo. Detuvo el coche a causa de un semáforo—. Perdóneme. Es aquel coche... ¿lo ve?

Señaló. A poca distancia, en el otro lado del cruce, había un sedán grande con un altavoz asomando por la ventanilla del asiento de los pasajeros. El zumbido provenía de allí y se percibía ahora claramente.

—¿Conectado a un «vagaestrellas»? —preguntó Dan.

—Exactamente. —Redvers giró la cabeza para leer el número de la matrícula de aquel coche—. No tiene derecho a hacerlo. Es ilegal. Viola las ordenanzas en su artículo contra los ruidos callejeros.

Trasteó debajo del salpicadero y sacó un micrófono con conexión elástica y habló por él brevemente. Al ponerse la luz verde retiró el micro y puso en marcha el coche.

Ahora parecía haberse recuperado por completo, ya que no se oía el altavoz.

—Me parece que no —dijo Dan—. ¿Por qué lo hace?

—Lo más probable es porque ese ruido no significa nada para él. O que «casi» significa algo. Va en busca de alguna persona que pueda explicarle el resto, es decir, lo que no sabe. Muy corriente. Dígame, ¿le hizo Watson una demostración de su chisme favorito, uno de la marca Gale y Welchman?

—Sí.

—Diabólicamente atractivo el chisme, ¿verdad? Si alguna vez se ve en peligro de quedar atraído definitivamente por una de esos aparatos, llámeme. Le llevaré a uno de nuestros especialistas para que le dé una orden post-hipnótica que le impida escuchar los «vagaestrellas». En realidad, eso tuve que hacer yo. Mi trabajo se resentía. Probablemente se fijó en qué estado me puse cuando oí lo que emitía aquel altavoz.

Dan le dirigió una mirada de sorpresa.

—No sabía que tuviese usted experiencia directa —dijo.

—Lo mejor para atrapar a un ladrón, es otro ladrón —gruñó Redvers—. Yo no pedí que se me pusiera al frente de las investigaciones del problema del «vagaestrellaje». Probablemente

me eligieron porque ya estaba mezclado en el asunto en cierto modo.

—Así que no se fijó en mí sólo por ser un miembro de la Agencia —dijo Dan—. Fue el «vagaestrellas», ¿verdad?

—Cierto. Tenemos aprecio a la Agencia y cualquier miembro de su personal es bien recibido para trabajar en esta isla. Por otra parte, los «vagaestrellas» nos causan pesadillas. ¿Le extraña?

—Después de lo que he visto... no. —Dan tomó un cigarrillo encendido de la cigarrera del salpicadero y fumó pensativo—. Pero lo que me sorprende es que ya tengan ustedes un departamento especial ocupándose de este asunto.

—Es un caso de planificación anticipada, nada más.

—¿Cuál fue la razón principal? ¿Las desapariciones?

—No, al principio, no. El problema de la locura, luego el problema de la adicción. Y hablando de desapariciones: cuidado con lo que diga delante del doctor Rainshaw. Es un aviso.

—¿Por qué?

—Su hijo Robin fue uno de los primeros en desaparecer.

Cuando llegaron a la estación investigadora en que trabajaba Rainshaw, Lilith seguía inmóvil en el asiento trasero. El agente de seguridad y vigilancia de la puerta principal de los jardines se mostró turbado, pero tras revisar las credenciales de Redvers no dijo nada y con un gesto les franqueó la entrada.

—Puede dejarla ahí sin miedo —dijo Redvers mientras conducía el vehículo hasta el cartelón que anunciaba el bloque destinado a los laboratorios científicos—. Todo el recinto está bien guardado. De todas maneras, ella no parece en condiciones de despertar apresuradamente.

No, no lo parecía. Dan la dirigió una mirada de preocupación al abandonar el coche, pero ella demostraba estar muy contenta. Sonreía un poco. Con toda seguridad el «vagaestrellaje» no podía ser del todo diabólico, puesto que podía dar una expresión tan inocente al rostro de una muchacha.

Se encogió de hombros y siguió a Redvers al interior del edificio. Sabía que Rainshaw jamás pretendió que su descubrimiento fuese otra cosa que un mero accidente casual. Había estado trabajando en

la relación entre gravedad y magnetismo, por eso reunió un potente magneto, una válvula de vacío en la que introdujo cantidades contadas de partículas ionizadas y no ionizadas y delicados instrumentos para seguir el rastro de tales partículas cuyas señales requerían amplificación antes de ser grabadas en cinta.

También tenía la primera cualidad de todo investigador científico: la capacidad de verlas cosas cuando sucedían. Al encontrar señales generadas de una manera que no podía explicar, las estudió. Fue cuestión de pocas semanas eliminar lo no esencial y confinar en una caja el efecto Rainshaw. Fue cosa de meses el que Berghaus formulara una teoría que encajaba con los hechos, aún cuando no los explicara. Pero pareció cuestión de horas el que se olvidara el efecto Rainshaw y que el «vagaestrellaje» pasara a constituir una parte esencial de la vida del hombre.

La primera impresión que le produjo a Dan fue de desencanto. Rainshaw era un hombre delgado, de mejillas hundidas, de un modo que sugería no ser flaco naturalmente, sino que las preocupaciones le habían hecho perder peso. Les recibió en el despacho que tenía una puerta que daba acceso al laboratorio. Como estaba entreabierta, podía verse dentro a un hombre y a una muchacha, trabajando en cierto amplio dispositivo y hablando en voz baja. Los ojos de Rainshaw se mantuvieron errantes en aquella dirección durante toda la entrevista, como si quisieran poner de manifiesto que toleraba la intrusión de los visitantes, pero que no le hacía ni pizca de gracia.

Durante un rato conversaron fría pero educadamente acerca del fenómeno del «vagaestrellaje», sin llegar a ningún resultado; Dan tuvo la sensación de que habría sacado más provecho hablando con Watson en el Club Cósmica. Por fortuna, cuando mentalmente anotaba la visita como una pérdida de tiempo, se le ocurrió mencionar a Berghaus.

Los helados modales de Rainshaw cambiaron radicalmente.

—¿Conoce usted a Berghaus? —preguntó—. ¿Era usted discípulo suyo?

—Creo que sí —exageró Dan—. Me enseñó lo poco que sé acerca de los «vagaestrellas».

—Nos enseñó a todos, incluyéndome a mí, lo que sabemos del asunto —dijo Rainshaw con calor—. Ese hombre es un genio. Fue

una inspirada hipótesis lo que le indujo a enlazar su teoría de la precognición con mi peculiar descubrimiento y, desde entonces cuanto hallamos encaja en su hipótesis. ¡Bien, bien! De manera que usted le conoce, ¿no? Entonces le ruego me perdone mis bruscos modales..., creí que estaba soportando el interrogatorio de otro agente formulista —parecía radiante—. ¿En qué puedo servirle?

Dan emitió un silencioso suspiro de alivio.

—Bueno, doctor Rainshaw, con toda sinceridad, quiero una respuesta directa que, probablemente, no se me pueda dar dada la índole de la pregunta. Quiero saber si usted piensa que hay algún conocimiento útil extraíble del «vagaestrellaje» y si personalmente cree que la posibilidad es lo bastante crecida, como para justificar el padecer el hábito que esos aparatos puedan causar en las gentes.

Rainshaw se retorció las manos.

—A veces me pregunto si no debería sentirme culpable... Bueno, fue un accidente y jamás pretendí otra cosa. ¿Hay información que se pueda obtener de lo que ahora se llama «vagaestrellaje»? Esa es su pregunta. Bueno, *Mr. Cross*, lo que puedo decirle es que mi hijo...

Se interrumpió y la expresión más extraordinaria apareció en su rostro. Era sorpresa, más desaliento, más una especie de cansina tristeza. Redvers miró a Dan y sacudió ligeramente la cabeza como queriendo decirle: «¡Ya se lo advertí!».

Dan estaba preparando alguna observación de simpatía y condolencia cuando Rainshaw se recobró, aclarándose la garganta como si no se hubiera dado cuenta del sobresalto que había producido a sus visitantes.

—Mi hijo así lo pensaba —dijo—. Y supongo que en cierto modo demostró que tenía razón.

VI

El sonoro suspiro de alivio que exhaló Redvers fue como un rayo de luz cortando la breve pero alarmante oscuridad. Rainshaw no se dio cuenta. Seguía hablando, con la vista perdida.

—No era un chico crédulo, fácilmente deslumbrable. Lo sé. Prometía más que yo a su edad, y era de confianza en el trabajo. Estábamos ocupados con mi efecto, hasta que él..., bueno, desapareció. Y creyó que allí había un conocimiento posiblemente utilizable, que se podía extraer de las señales de un «vagaestrellas».

—¿Qué clase de conocimiento? —se aventuró Dan al cabo de una pausa.

—Sólo puedo citar lo que él dijo. Que sería posible hacer más. En la última tarde que estuvimos discutiendo este punto, mi hijo opinó: «Es difícil expresar en palabras... una cosa tan alejada de la experiencia cotidiana..., pero tengo el presentimiento de que esas señales pueden venir realmente de una mente extraterrestre». Estuvo luchando durante horas para hacerme ver lo que había descubierto. Pienso que era penoso para él tener que admitir que no podía lograrlo. Incluso empezó a dudar de sí misma y por eso se marchó a su habitación para volver a escuchar en su gran «vagaestrellas», el que él mismo había montado. Cuando fui a llamarle para cenar, ya no estaba.

Tenía una expresión curiosamente vacía y su voz, volviendo a narrar las cosas increíbles, era mecánica, huérfana de juicio emocional como la fe y el escepticismo.

—¿Y usted no oyó nada? —preguntó Dan—. ¿Ningún ruido? Rainshaw pareció volver al presente.

—Ningún ruido, *Mr. Cross* —dijo con pesadez—. Sé porqué lo pregunta. He oído las mismas historias acerca de gente que se

esfumó con un trueno. No sé nada acerca de eso. Todo lo que puedo decir es que mi hijo se había ido y que no salió por ningún acceso normal de la casa. De todas maneras, no tenía por qué huir. Se hallaba trabajando para su doctorado y se sentía fascinado por sus investigaciones; estaba prometido en matrimonio con una chica encantadora... Lo único que puedo decir es que presumo que tenía razón. Aprendió algo de su «vagaestrellas» y el conocimiento le permitió irse a otro lugar. Yo no tengo ninguna esperanza de seguirle. Las mentes jóvenes son flexibles y yo me estoy haciendo viejo.

Como la evidente música de fondo, un chaparrón de lluvia azotó la ventana, convirtiéndose luego en un diluvio prolongado y depresivo.

Bajaron por el corredor hacia la salida, despacio, como si la perspectiva de la lluvia hubiera pasado antes de llegar al exterior. Redvers dijo bruscamente.

—Usted me preguntó si yo creía en esas historias de desapariciones, ¿recuerda? Dan asintió.

—Yo no sabía entonces el punto de vista de Rainshaw. Supongo que ahora la respuesta es, sí.

En el porche de doble puerta de entrada, Dan dudó mientras miraba hacia el coche azul brillante de Redvers en la próxima zona de aparcamiento. Tenía alzada la capota, claro, a causa de la lluvia y Lilith, con su incomprensible felicidad, como una criatura ensoñadora, estaba oculta a su vista.

—¿Ella también... cree usted? —dijo.

Redvers hizo un gesto vago.

—Depende. Ya oyó lo que piensa Rainshaw... las mentes jóvenes son flexibles. Ella es joven; no puede tener más de dieciséis o diecisiete años. Por otra parte, los jóvenes se vuelven locos también. Yo no puedo seguir con el problema por más tiempo, Cross. Tengo la sensación, a veces, que el mundo se está cayendo a pedazos, se le raja la corteza y que vamos a caer en una grieta sin fin en cualquier momento.

—Nosotros llevamos treinta años sintiendo lo mismo.

Esta vez es distinto. Uno puede señalar las resquebrajaduras y decir que son más amplias que ayer. Uno puede decir que mañana aún lo serán todavía más e ir y mirar si están. Una cosa es asustarse

de lo que otras personas pueden hacer..., un lunático en un puesto de poder, un gobierno incompetente, o un pánico histérico. Ha sido humanidad. Por debajo de todo no se puede realmente pensar en ello como en algo extrahumano y, yo creo, que eso es lo que nos salvó durante tanto tiempo. Sólo el hecho incontrovertible y sencillo de que las personas son seres humanos.

—Pero creo que aún no ha llegado usted a algo concreto..., conocimiento extrahumano, nos dicen. Cambia a las personas de modo sutil. Usted estaba diciendo la manera en que aún ahora esa chica le conturba a usted porque se preocupa muy poco del riesgo de volverse loca. Eso no es ordinariamente humano, Cross. ¿Digo cosas con sentido, o sólo palabrería?

—Todavía no he empezado a mirarlo de ese modo. Pero sí, lo que dice usted tiene sentido.

—Y no podemos saber —Redvers sólo se había detenido para esperar la respuesta, sin escucharle—, lo que ocurre en esas mentes cambiantes, a menos que nos veamos envueltos nosotros mismos. Ya lo hice. Le descubrí a usted que puede ir lejos y que entonces se va a ver obligado a tomar una decisión: dejarlo todo y buscar ayuda para evitar recaer, o decir que la recompensa que todavía no se puede comprender vale más que proseguir una vida corriente. Bueno, vámonos. Tengo trabajo que hacer en la ciudad.

La lluvia había escampado. Sus pies dejaron huellas de barro en la acera, brillante por el agua, cuando se aproximaron al coche. Dan abrió la puerta del pasajero y miró en el asiento posterior.

Allí estaba su «vagaestrellas» la tapa cerrada.

La correa estaba enrollada y tenía un pedazo de papel metido entre dos espiras de dicha correa. Portaba una sola palabra con letras mayúsculas escritas con lápiz: ¡GRACIAS!

Pero Lilith no estaba.

Volvió y miró a Redvers. Ninguno de ellos dijo nada. Entraron en el coche y se dirigieron hacia la puerta y hablaron con el agente encargado de la vigilancia. No, ella no había salido definitivamente por la puerta. No, era imposible que hubiese saltado la verja del recinto. Tenía que estar en los jardines o en los edificios. Había un procedimiento para averiguarlo. Se puso en práctica.

No hallaron ni señal de la muchacha.

Durante el regreso al centro de Londres, que fue el viaje más

largo según el tiempo subjetivo que Dan pudo recordar, Redvers dijo una sola cosa, que después le pareció significativa del todo. Las palabras permanecían como si estuviesen impresas en letras llameantes, en la mente del que las oyera.

—Esto es donde empieza realmente, Cross. No cuando un joven genio como Robin Rainshaw se va, sino cuando una colegiala que, probablemente tomó el «vagaestrellaje» como una cosa común, salía de todo y no le importa nada. Espero que llueva durante cuarenta días, aún ignorando donde está el arca.

Era la imagen del diluvio, pensó Dan, lo que fijó la actualidad del caso en su mente. Había estado comparando su situación con la de un hombre que se pone a cruzar aparentemente una calle barrida por la lluvia y antes de dar cinco pasos encuentra que el agua le llega por los hombros y percibe que todavía sube más.

Su misión le había parecido bastante mezquina comparada con otras que cumplió para la Agencia. Se lo dijeron con palabras sencillas:

—Vaya a Inglaterra, hable con los adictos al «vagaestrellaje», descubra si hay alguna verdad en el rumor de que más de un investigador en ese campo se ha desvanecido físicamente, averigüe la disgregación social que ese fenómeno causa y si alguien está explotando esa disgregación..., alguien que podría ser peligroso.

De acuerdo a lo que se le había proporcionado hasta entonces sería una exageración decir lo que había descubierto la Agencia había caído en una trampa de la que consiguió escapar en sus doce años de previa existencia. Dio por garantizado demasiado tiempo, que una amenaza claramente visible, era menos amenaza que una que tuviese que buscarse. No sorprendía que Dan por sí mismo, como individuo, hubiese mirado largo tiempo el «vagaestrellaje» como otra locura parecida a la alta fidelidad, o a los colchones de espuma, o a los platillos volantes, etc. Estaba preocupada por otras cosas.

Pero la Agencia, con ojos y oídos por todo el mundo, debía haber conocido lo de «vagaestrellaje». Y porque era distinto de los demás problemas que resolvió antes, lo dejaron al paio hasta ahora, que empezaron a preocuparse.

Sí, Redvers tenía razón; sería preferible que trataran de recuperar el tiempo perdido. El coche se detuvo en el exterior de su

hotel. Hizo intención de salir y dudó. Se volvió a Redvers.

—¿Qué es lo que le asusta más? —preguntó—. Una ola creciente de desapariciones, o...

—Las desapariciones no cuentan —atajó Redvers—. La locura tampoco cuenta. Lo que importa es el miedo. El miedo de que alguien más llegue primero al fondo.

—Vi a dos chicos en Cosmica Limited ayer. Me extrañó. Su Gobierno desaprueba el «vagaestrellaje».

—Y hay una quiebra en el programa de investigaciones desarrollado por brillantes estudiantes universitarios. ¿Lo sabía? Creí que sí. Y Rainshaw está trabajando en una estación investigadora aquí, en lugar de en una universidad. Escuche, Cross: Le dije que otras personas se habían metido en el asunto antes que usted. No era una frase. Es un hecho. Me siento como un hombre tratando de apagar un fuego con un viejo saco de arpillera que encuentra que las chispas causan agujeros en el caco cada vez que cree que ha llegado a dominar el fuego. Usted se imagina lo que ocurrirá el día en que alguien realmente importante se desvanezca en plena vista de testigos reputables. Los titulares serán: ¡SABIDURÍA SECRETA DE LOS SERES EXTRAHUMANOS! ¡TALENTOS MILAGROSOS SALIDOS DEL VAGAESTRELLAJE! ¡Unos pocos miles de personas se matarán desencantadas, unas cuantas decenas de millares, ya en el asunto, se verán comprometidas en un estado de plena adicción y dejarán de pensar en la vida ordinaria; unos pocos millones saldrán y comprarán «vagaestrellas», esperando conseguir los mismos resultados!

—¿Está tentadora la perspectiva de la desaparición? —Píenselo así. Trate de mirar con aire menos crítico. Piense como la realización de un milagro y lo verá —Redvers dio una palmada en el volante—. Quizás sea inadecuado. No me satisface. Pero a causa de la teoría de Berghaus el razonamiento se producirá: Alguien tiene un talento extrahumano, pero yo, no; y alguien puede utilizarlo contra mí; tengo que llegar el primero. Es lo que pensábamos que iba a ocurrir con la carrera de las armas de todas maneras... y que hubiera ocurrido, si los países pequeños hubieran podido poseer grandes bombas. Pero se puede espiar el progreso científico de otra nación manteniéndose en un balance precario. Aquí hay un conjunto de factores frenéticos y no se puede espiar en

la mente de un hombre que tenga su «vagaestrellas». Cross, si reacciona usted del modo que espero que lo haga, va a enviar un informe de urgencia a su oficina. La Agencia es una especie de brigada de incendios en tiempo de crisis y esta es una de las crisis mayores que podamos soñar.

—¿Por eso es por lo que son ustedes tan afectuosos y serviciales?

—¿No es verdad que la Agencia no parece dispuesta a ayudar a una sola nación o grupo, sino sólo actuar cuando todo el mundo esté en peligro? Le he expuesto los hechos. Si ellos suman dos, y dos del mismo apodo que usted y yo, y les da idéntico resultado, deben de actuar ahora mismo en los ojos de Redvers había una súplica apremiante.

Dan asintió, con la boca seca, y salió del coche.

Efectuó la llamada a través de la intimidad de su suite del hotel. Consiguió la comunicación rápidamente, habló la voz grabada en cinta invitándole a proseguir, los tres pitidos agudos eran la clave de su código personal. Cerró los ojos.

—Cuatro —dijo—. La ecuanimidad queda inversamente pospuesta por la irrigación. Cuando se hallaba en el trivial, cuatro por cuatro se impartía la virtud, pero cayó el muro entre la rendija y él...

Era una sensación curiosa la de oírse hablar de aquel modo. Durante sus primeros dos años en la Agencia, antes de que trabajase solo, fue analizado. Desde las complejas asociaciones personales reveladas por el análisis habían construido un código secreto que cubría un millar de palabras. Podían fabricarse nuevos vocablos, puesto que cada letra tenía una docena de frases anunciadas. Se aprendió el código en seguida, gracias a que la enseñanza le fue suministrada bajo hipnosis, pues la Agencia utilizaba mucho el hipnotismo.

El proceso ocupó tres meses. Ahora en la Agencia había un cerebro electrónico número cuatro al que proporcionaría la cinta con su informe y que descifraría su contenido.

No era perfecto. Era un lenguaje con un veinte por ciento de oscuridad y algunas veces el proceso descifrado no podía desentrañar la sintaxis de las frases. Pero como las equivalencias dependían de los recuerdos de flan y no seguían su proceso de manera que pudieran ser atacadas estadísticamente, costaría

bastante tiempo poder romper el significado, y aclararlo y exponerlo. Ni siquiera Dan a veces hubiera sido capaz de lograrlo; tenía que colocarse en trance posthipnótico antes de que su mente fuera accesible... los tres pitidos grabados, o cualquier otra señal si estaba en una misión en donde telefonar no fuera posible.

Cuatro pitidos en un tono más bajo siguieron al término de su mensaje, y Dan olvidó inmediatamente cómo hablar en clave. El sentido de inquietud persistió, sin embargo. A veces era muy fuerte, tanto como él pudiera imaginarse... era un sentimiento que tenía un breve contacto con la realidad. El lenguaje ordinario se componía de una serie de marchamos inventados por otras personas, pero su código se derivaba de acontecimientos que le habían ocurrido a él y, que sólo para él, tenían significado.

Se dejó caer en una silla y tornó el «vagaestrellas». El trozo de papel de Lilith aún estaba enredado en la correa.

¿Había desaparecido la chica como un ratón escondiéndose en su madriguera? ¿O se había marchado como Robin Rainshaw... milagrosamente? ¿Importaba eso? Lo peor de todo era no saber si debía compadecerla, admirarla o envidiarla.

¿Cuál de estas cosas?

VII

El Club Cósmico se reunía en una gran habitación instalada sobre una moderna y elegante cafetería. Un pesado cortinaje, retirado en sus tres cuartas partes, la dividía en una especie de antecámara con un bar y un vestíbulo o salón de reuniones, con filas de sillas y un estrado. Cuando llegó Dan, un cuarto de hora antes del tiempo prefijado, había allí unas cuarenta personas en grupos de cinco o seis. Lo que le molestaba era la viva incongruencia de todo. ¿En qué otra ocasión de la historia se había reunido la gente en clubes sociales para mezclarse con algo tan peligroso?

Quizás en la antigua China tuvieron lugar reuniones en los que los presentes se divertían experimentando fuegos de artificio producidos por sustancia recién descubierta: la pólvora.

Watson le saludó, le invitó a beber y le presentó a algunos otros miembros. Mientras le llevaban de grupo en grupo, captó retazos de conversación, pero como los artículos que había leído en las revistas, las palabras parecían pertenecer a algo bien remoto de la realidad.

«—... pero aquí viene la entera cuestión de lo objetivo-subjetivo, así que no nos pongamos metafísicos. Lo objetivo, por lo que nos concierne a nosotros, significa que uno puede hacerle hacer cosas. Postular en un campo así...».

«—... admito que una instalación como la suya emplea ciertamente una buena cantidad de energía, ¿pero qué saca usted con eso? Cualquiera puede conectar un “vagaestrellas” a un cable de treinta y dos mil voltios y las señales se podrían oír hasta en Yucatán, pero me parece que eso es perder el tiempo...».

Algunos de los presentes eran jóvenes y serios, ilustrando sus opiniones con dibujos a lápiz; otros se esforzaban, con ojos

hechizados, por comunicar cosas que no se podían expresar con palabras. Parecían infinitamente lejos de una niña felizmente infantil, acurrucada en la trasera de un coche y escuchando sus amados sonidos extrahumanos.

«—... la naturaleza de la señal, según el punto de vista de Berghaus. Quiero decir, identidad de función no es identidad de naturaleza. El Departamento de verdades ahora abierto... —hablaba un hombre de unos treinta años con un traje viejo, el cabello alborotado, los ojos brillando con fiereza tras las gafas— dice que las señales son relatos que no precisan nada a uno. Cualquier día alguien puede elaborar una explicación sin referencia en absoluto a la continuidad psíquica».

A su izquierda, una muchacha con el cabello largo hasta el hombro, vestida con pantalones de tejido cara y una túnica a la moda, efectuó una lenta sacudida de su cabeza.

—Creo que deberías ser algo más humilde, Jerry. Para mí lo primero que dicen las señales es que «son», que «están». Sólo el escucharlas una tiene la sensación instintiva de estar oyendo las mentes del universo en pleno funcionamiento.

—A ti te dice eso, Ángel. A mí, no. Eres demasiado susceptible, eso es todo. Tu imaginación quedó captada por las ideas de Berghaus y... ¡bang! ¡Se convirtió todo en la verdad revelada!

La chica a quien había llamado Ángel alzó una ceja. Era muy bonita, pero su rostro parecía tenso y cansado. Dijo:

—¡Bien, bien! ¡Presumo que debo llamarte Jerry más que Berghaus! Sabes tan bien como yo, que Berghaus abordó el problema con una mente abierta, sin prejuicios...

—¡Y saltó a un kilómetro por delante de toda evidencia objetiva! —repuso Jerry.

—¡Porque experimentó por sí mismo la autoidentificación de la información contenida en las señales del «vagaestrellas»! —La chica llameaba.

Watson se excusó y cruzó hasta el otro extremo del salón para ver como iban los preparativos.

—Mira —dijo Jerry con cuidadosa paciencia—, nadie discute que él limpiamente llegó a la precognición. Lo que digo es que cuando entró en el «vagaestrellaje» aplicó la navaja de Occam sin necesidad y amplió su teoría de la precognición para incluirlo

simplemente porque el fenómeno no podía explicarse utilizando los términos tradicionales.

Un hombre delgado, cincuentón, del otro lado de Ángel, se quitó la pipa de la boca y frunció el ceño.

—¿Pero es Berghaus, lo que usted llama un entusiasta? —dijo—. Me parece que no lo es.

—Él me dijo... —Dan tosió, porque instantáneamente los ojos de los componentes del grupo se clavaron en él. Bueno, era un medio rápido de entrar en la conversación—. Me dijo que pensaba que si las señales eran de origen extrahumano, estaban en condiciones de ser incomprensibles.

—¡Usted conoce a Berghaus! —dijo Ángel con tono de maravilla.

—Bueno, le conocí y hablé con él acerca de esto.

—¿Y ese piojoso de Wally Watson no nos dijo nada?

—No creo habérselo confesado —repuso Dan. Notaba que el grupo se había permeabilizado: allí había un individuo que conocía a Berghaus y que no presumía de ello. Todo el dogmatismo de Jerry se esfumó. Habló con voz cambiada.

—Bueno... ejem... me llamó Jerem y Bartlett y ésta es Ángel Allen. Y aquí, Leon Patrick —el hombre de la pipa asintió—. Y...

Los otros dos del grupo musitaron nombres que Dan apenas oyó; ambos parecían oyentes, no habladores. Ángel clavó sus ojos en la cara de Dan.

—Pero él se toma en serio su teoría —insistió ella.

—¿Berghaus? Ciertamente, no pone tanta fe en ella como la mayor parte de la gente parece poner.

—Eso va mucho por tu pizca de opinión en cuanto a la «autoidentificación» —dijo Jerry.

—No, en absoluto —Ángel se volvió hacia él—. ¿Puedes decirme qué se siente montando en bicicleta?

—Seamos razonables. Uno sube a caballo, pone un pie en...

—No digo que me expliques la mecánica del acto. Digo que me cuentas lo que se siente. No se puede traducir en palabras la sensación de equilibrio que se experimenta. Pero se puede aprender cuando esto le sucede a uno. Los seres humanos podemos absorber el conocimiento «no-verbal». Simplemente es que no somos muy buenos en este asunto.

—No serás partidaria de esta sabiduría sobrenatural, ¿verdad?

—Jerry volvía a balbucear.

—Si empiezas a recaer en palabras supercargadas como «sobrenatural», me parece que lo que tienes es miedo de que te convenzan. Si no crees, ¿qué haces aquí?

—Soy médico. Las señales del «vagaestrellas» son un fenómeno en mi provincia, eso es todo. No pretendo saber más que Berghaus acerca de su propia especialidad... ¡No necesito que me recomiendes que sea humilde!

Ángel suspiró.

—¿Cuándo he pretendido saber más que Berghaus? Dije que propuso su teoría porque las señales despertaban un acorde en su propia naturaleza, cosa que he experimentado por mí misma. Si Berghaus tiene reservas es simplemente una actitud científica.

La voz de Watson se alzó para llamarles a todos y pedirles que ocuparan sus lugares para la demostración, interrumpiendo las discusiones y así se unieron a la lenta procesión que se encaminaba al otro extremo de la sala. Dan, sin embargo, esperaba que más tarde se reanudara la disputa. Se estaba poniendo interesante.

Ocupó un lugar en la primera fila, invitado por Ángel, entre ella y el fumador de pipa León Patrick. En el estrado había un enorme «vagaestrellas» sobre una carretilla de ruedas de goma, en el que Watson y un hombrecillo rollizo efectuaban los ajustes finales. Cuando el público se hubo instalado, Watson presentó al hombrecillo diciendo que era Jack Neill, quien iba a efectuar la demostración y dejándole en el estrado.

Neill era muy excitable; hablaba aprisa, empleando mucho argot. Dan siguió muy poco de lo que decía y dejó que su mente vagase hasta la discusión entre Ángel y Jerry.

La presunción de la chica, de que las señales eran autoidentificantes, era una porción útil de la lógica para la mente de un escolar medieval. Si uno no aceptaba el postulado, todo se derrumbaba; si se aceptaba, era hermosamente satisfactorio. Ella se encontraba satisfecha, pese a que se le veía cansada. Quedaba a mucha distancia del terrible estado obsesivo de Lilith y todavía aún no estaba ligada por los mismos lazos mentales. (¿O era que meramente se hallaba mejor preparada para traducir sus pensamientos en palabras que una colegiala?).

Jerry era cosa distinta. Un escéptico, esperando la prueba de su

propia experiencia, antes de admitir que lo improbable era también la verdad. Dijo que era médico y que estaba investigando algo en su propia provincia. Uno podía descubrir un buen caso diciendo que se estaba engañando a sí mismo. El «vagaestrellaje» quedaba fuera de la medicina ortodoxa. Quizás eso fuese lo que le hacía tan dogmático y agresivo.

Neill llegó al fin de su exposición, para alivio de algunas personas del público. Apagáronse las luces y empezó la demostración. Un basto y ajetreado ruido sugiriendo una fábrica, o quizás toda una ciudad industrial, empezó a manar del altavoz. Dan prosiguió sumido en sus propios pensamientos.

Había una cosa clara: no todos aceptaban la noción de que el «vagaestrellaje» era la llave que conducía a un conocimiento místico extrahumano. Jerry, específicamente, se había burlado de ello. Y aquel individuo cincuentón, Leon Patrick, de modales serios, parecía inclinarse en el mismo punto de vista. Ciertamente no semejaba crédulo.

Ahora, a través del altavoz se oía un tremendo jaleo. Recordó parte de la conversación que escuchó, concerniente a la instalación que utilizaba energía en gran cantidad. ¿Se referiría al instrumento que poseía Neill? Admitiéndole la hipótesis de Berghaus de un continuo no-einsteiniano, ¿había una relación lineal entre el poder y el alcance en el caso de un «vagaestrellas»? Si es así, añadiendo más potencia esta objeción quedaría derrotada. Cuanta más energía se utilizase, más pequeña era la posibilidad de obtener señales de fuentes humanas que tuviesen posibilidad de comprensión. La cosa tendría que tener una mínima cantidad de energía...

Comenzaba a sentirse turbado. Nacía en él una curiosa sensación de frustración, como la de tener una palabra en la punta de la lengua, al contemplar la improbabilidad de una relación lineal de potencia en un continuo berghausiano. De todas maneras: era injustificado asumir que se trataba de una presunción *a priori*. La identidad de la función no es la identidad de la naturaleza, y el hecho de que las señales del «vagaestrellas» fuesen convenientemente presentadas a través de un medio audible, era una predisposición accidental humana. Palabras y símbolos matemáticos variables en un computador analógico, atravesaban la misma clase de movimientos que sus partes componentes, no siendo

lo mismo. Los seres humanos estaban acostumbrados a aprender, primero por sus oídos y después por sus ojos. El parecido consecuente entre un «vagaestrellas» y una radio portátil era un accidente, nada más que...

Con un esfuerzo tan tremendo como el de alzar un peso gigantesco, volvió a recuperar el control de su mente. Había tenido la momentánea impresión de que pensaba en varias direcciones a la vez, como si su conciencia estuviese expandiéndose desde un centro. Era una de las sensaciones más sobrecogedoras que jamás experimentó.

Durante unos cuantos segundos, recordó donde estaba y qué ocurría y oía el sonido del «vagaestrellas» del estrado tal y como era actualmente el ruido pulsante de un líquido formando burbujas, con un ritmo definido pero irregular. Luego, se sintió otra vez reintegrado a su corriente de especulaciones.

Mira: no podía ser que un «vagaestrellas» grande, aún consumiendo mucha potencia tuviese mayor alcance, porque todo el mundo completo de la nueva clase de continuo de Berghaus — inventado con miras a la información que le trasfiriere del futuro al pasado— era que allí la distancia, en el sentido normal del espacio-tiempo, quedaba fuera de la teoría de la existencia.

Pero si se descartaba la distancia, ¿cómo podría haber separación? ¿Cómo podría haber algo discreto... allí?

Fácilmente claro. Eso era la verdadera cosa asombrosa. ¿No había acontecimientos descubiertos por los físicos nucleares que abogaban por tal principio? Como un electrón repartiendo simultáneamente en más de una dirección desde un punto dado, o consintiendo en dos diferentes senderos. Allí estaba su separación y su ausencia de distancia convencional.

Porque el electrón en cuestión no atravesaba un espacio interviniente. Todo el meollo de la proposición de Berghaus era que la instantaneidad tenía que readquirirse en su continuo, recobrando el significado que había perdido en el continuo einsteniano porque se necesitaba incluso tiempo para que un rayo de luz cubriera cierta distancia.

Uno podría decir justificablemente en ese caso «al mismo tiempo». Cosa que no se podía afirmar en términos einstenianos. ¡Pero eso significaba...!

Jamás en su vida estuvo tan furioso como en los siguientes focos distantes. En el umbral de encajar sus recién formulados pensamientos, acerca de la naturaleza de las cosas en aquella curiosa alternativa de la clase de espacio que Berghaus había postulado, se vio bruscamente devuelto a la realidad. Regresado a la habitación donde estaba sentado. Sofocado de rabia no pudo controlarse y abrió los ojos.

A intervalos las luces se fueron encendiendo y se sintió estúpidamente asombrado de que se hallara extendido lateralmente sobre la silla próxima a la suya.

El ruido del «vagaestrellas» cesó bruscamente.

Hubo un grito agudo emitido por una muchacha y una oleada de exclamaciones de asombro y temor.

—¡Leon! —llamó alguien con claridad—. ¿Dónde está Leon? Dan se incorporó bruscamente y recordó que la silla próxima había estado ocupada por Leon Patrick.

Miró en su torno.

Vio a cuanto recordó desde su llegada, pero no al hombrecillo delgado, fumador de pipa, que fue su vecino de asiento.

Despacio se puso en pie.

Él y Watson bajaban riel estrado, el primero con los ojos desorbitados de horror, el último, solemne, pero tranquilo.

Todo el mundo guardó silencio, como si la propia confianza de Watson les diera una pista.

—Usted se vio proyectado a través de la silla de Leon, ¿verdad, *Mr. Cross*? —dijo Watson confuso.

—¡Sí! —Dan sintió que las palmas de sus manos estaban pegajosas de sudor.

—¿Y hubo un sonido estrepitoso... como el de un bofetón gigantesco? —Una docena de voces lo confirmaron.

—Entonces —dijo Watson con un pesar aparentemente sincero—, me temo que hemos visto ya por última vez a Leon Patrick.

Dudó, mientras una ola de terror y desaliento recorrió todo el público. Por último terminó diciendo:

—¡Pobre diablo!

VIII

Lentamente, Dan miró a los que tenía cerca. Recordaba con claridad cuando había visto tantas caras pálidas, fantasmales, reunidas: fue en la escena de un choque entre un autobús y una furgoneta con cinco criaturas en su trasera. Cuatro de los niños murieron. No sólo era igual la palidez, si no también la misma expresión..., el aspecto de la gente le recordó en un instante que se veían involucrados en una peligrosa persecución. Entonces un coche de línea marchando a ciento veinte kilómetros por hora, y ahora el «vagaestrellaje».

Tuvo una fugaz visión alocada del rostro juvenil de Lilith y por su mente cruzó la idea de que quizás se había convertido en un portador de desastres, siendo Patrick la segunda persona que se evaporaba de junto a él, en el mismo día.

Pero rápidamente comprendió que era un subproducto de la furia moribunda lo que aún embotaba sus pensamientos, vuelto contra sí mismo por la impresión y trasmutado en autogusto.

—¿Se lo va a decir alguien a su esposa? —Una nerviosa semipregunta, formulada por un hombre que no habían presentado a Dan y que fue acogida por un gesto de asentimiento de Watson.

—Yo me encargaré de eso, Eddie. No se preocupe.

La gente empezó a dirigirse hacia la puerta. Seguramente aquello no podía terminar así... ¿se puede tomar a la ligera que un hombre se desvanezca con la misma facilidad con que desaparece la llama de una vela al ser apagada? Dan quiso llamarlos, formular preguntas, abrir una encuesta. Pero a nadie más le parecía un problema el que la desaparición de Patrick fuese un simple acontecimiento que hubiera de aceptarse como tal. El estruendo indicaba que algo había ido mal. Eso era todo.

Impotente miró en su torno en busca de una guía Vio a la chica

llamada Ángel mirando con fijeza la vacía silla de León Su rostro blanco, su labio inferior entre los dientes; se acariciaba los brazos y los apretaba contra su cuerpo coma si pensara dominar un escalofrío. Neill, con el rostro lúgubre, subió al estrado para desconectar la máquina.

—Bueno, creo que esto es todo por hoy —dijo por encima del hombro.

—¡No! ¡Oh, no!

El grito cayó como una bomba y todos los que aún se hallaban en la habitación se volvieron hacia el que lo había pronunciado. Era una mujer amarillenta, joven, aunque de mediana edad. Sus vestidos estaban desaliñados y el único toque de color en ella estaba en su pelo, de tono calabaza desvaído. Dan se había fijado en ella, pero no le había hablado.

—¡No, eso no está bien! —continuó ella agresiva, y que se había convertido en el centro de la atención. Dan vio como le temblaba el labio en una sugerencia de que en cualquier momento podría echarse a llorar—. ¡Estaba consiguiendo algo, lo juro, y por primera vez en mi vida... y no veo por qué me tienen que defraudar de esta manera!

—Es una vampiro —dijo Ángel, casi en un susurro. Dan fue la única persona que captó sus palabras.

—¿Quién es? —preguntó en el mismo tono.

—Se llama la señora Towler. Creo que está loca. ¿No se imagina usted algo más vampiresco que desear que se prosiga después de...? —Hizo un gesto hacia la vacía silla de Leon Patrick.

Dan sacudió la cabeza.

Ella le dirigió una amarga sonrisa de medio lado.

—¿Vamos a dejarla que luche por lo que pretende? ¿O también usted está dentro de la línea vampiresca?

Durante un instante Dan estuvo dudando. Recordaba que también él se había sentido al borde de hallar alguna revelación y que se puso furioso cuando se vio arrancado de su ensimismamiento. Pero eso ahora no era más substancial que un sueño, o que la euforia transitoria que seguía al uso de su personal código verbal.

—Creo que no me sentaría mal una copa —dijo—. Bajemos. Los mostradores estaban muy atestados por los otros miembros del club

que eran interrogados por los clientes normales, sobre lo que les había trastornado tanto. Lograron eludir ellos mismos parecidos interrogatorios —Jerry Martlett, entre otros, no había sido tan afortunado— y se sentaron en silencio en una mesita del rincón.

Tras un largo intervalo Ángel emitió una risita falsa.

—Es distinto estar presente cuando pasa eso, ¿verdad? —dijo—. Estoy tratando de reacomodar mi universo personal para acompañarlo al hecho.

Dan sacó un paquete de cigarrillos y le dio uno. Cuando alzó su mechero, la mano le temblaba visiblemente.

—¿No lo cree? —dijo.

—En mi mente tenía que creerlo. Después de todo, estuve prometida a Robin Reinshaw. Pero mis entrañas no lo creían. Ni lo creen. Eso es lo que interesa.

—¿«Usted» era la novia de Robin Rainshaw? —Dan detuvo el encendedor a mitad del movimiento que hizo para encender su propio cigarrillo.

—Lo fui. Supongo que me siento decepcionada porque no vuelva a recoger esto. —Dio vueltas a un anillo en su dedo que él no había advertido antes—. Parece usted sorprendido. No le conocía, ¿verdad?

Había en su voz un tono receloso de súplica, y como si estuviera preparada a verse decepcionada. Dan sacudió la cabeza.

—Sólo oí hablar de él.

—No ha oído mucha gente hablar de Robin —movió su vaso sobre la mesa como si ésta fuera un tablero de ajedrez... y jugara un caballo.

—Lo que quiero saber —dijo Dan tras una pausa—, es cómo puede tomarse la gente esas cosas tan a la ligera. ¿Qué le pasó al tal Patrick... y a su prometido? ¿No puede ser que todo el mundo lo sepa y lo dé por garantizado!

Ella le dirigió una mirada de curiosidad.

—Usted es un verdadero novicio, ¿verdad? A pesar de pretender que conoce a Berghaus y de estar bien informado en otros muchos sentidos.

—¿Cómo deja la gente de ser novicia, si no aprenden preguntando a los que saben?

—No se aprende haciendo preguntas en este asunto. Se aprende

por experiencia.

—Pero si se corre el riesgo de desvanecerse entre un estruendo, ¿qué diablos puede inducirle a uno querer más... «experiencia»?

Antes de que Ángel pudiera responder, la pelirroja señora Towler bajó por las escaleras del club y cruzó la cafetería en dirección a la puerta de la calle, con las lágrimas corriendo por su rostro. Un murmullo de incrédulos comentarios la siguió.

Inmediatamente detrás de ella apareció Watson con el rostro tenso y pálido. Permaneció mirando hasta que la señora Towler hubo salido, luego dio media vuelta y vio a Dan y Ángel sentados a su mesa. Sin ser invitado, tomó asiento con ellos.

—La calmé... un poco... con la promesa de una sesión privada utilizando el equipo de Jack Neill —dijo—. Es todo cuanto pude hacer.

—Ella no va a lograrlo, ¿verdad? —preguntó Ángel mirándole con fijeza.

—¿Ella? No. Si se va, lo hará como León. —Watson se pasó la mano por la cara.

—¿Cree usted que yo lograré conseguirlo? —preguntó Ángel con tono de desánimo. Watson se encogió de hombros.

—No se puede predecir, Ángel. Siga usted intentándolo.

—Me parece a mí —intervino Dan, eligiendo con cuidado el modo más odioso de verbalizar su pensamiento—, que las personas que quieren seguir teniendo ante ellas un ejemplo como el de Patrick son como los adictos a las drogas, que continúan intoxicándose aún sabiendo el triste panorama que les espera.

Watson alzó hacia él unos ojos enrojecidos.

—¿Piensa usted que soy un vendedor de estupefacientes? —dijo—. ¿Le parezco un tipo de esa calaña?

—Esos tipos nunca manifiestan lo que son.

Watson enrojeció.

—No estoy de humor para caer en el cebo de intentos tan burdos como el suyo. El «vagaestrellaje» no es una droga, Cross. Es lo que sugirió Berghaus... un camino hacia un nuevo conocimiento. Pero para asirlo se requiere un acto de agilidad mental, que uno sólo puede comparar con el de efectuar un gran descubrimiento científico. Déjeme que le cuente una historia.

«Hubo una vez un europeo que se halló entre gente tan primitiva

que ni siquiera habían descubierto la rueda. Decidió obsequiarles con un carro para aligerarles el trabajo y al principio, viéndole trabajar, los nativos parecían encantados.

»Entonces alzó las ruedas y las colocó sobre sus ejes y una atrevida indígena tocó una de ellas. Se puso a girar. Y todos echaron a correr. Ya no quisieron saber más de aquel chisme. Un carro que podía rodar por el suelo, estaba bien... pero una rueda girando en el aire sola, tenía algo mágico y los nativos mostraron su terror.

—¿Y es usted el hombre que nos enseña la rueda? —dijo Dan sarcástico.

—No. Es Berghaus, aunque puede que no se dé cuenta.

—¿Posee usted este secreto? ¿O meramente continúa esperanzado? Watson sonrió sombrío.

—¿Espera respuesta a eso? Si digo que sí, usted dirá «¡Enséñemelo! ¡Muéstremelo!». Y eso es imposible. Pero si digo que no, usted preguntará porqué estoy tan seguro de su existencia.

—«Algo» le pasó a Leon Patrick. ¿Pretende usted saber lo que es?

—Sí. Aprendió no sé qué cosa, pero no lo captó por entero. Dígame, ¿ha dejado usted caer una válvula de radio de esas antiguas, de las llamadas válvulas de vacío?

Ángel miraba de uno a otro, confundida.

—¿Válvulas ligeras? —dijo burlona.

—Si alguien se desvaneció físicamente, tuvo que haber una explosión. Y sonó como un trueno.

Aire desplazado precipitándose al vacío. Dan sintió que el vello de la nuca se le erizaba y se volvió hacia la muchacha.

—No creo que... oh. ¿El sonido?

—Eso mismo.

—No se produjo sonido cuando desapareció Robin, ¿verdad? ¿Suponga, Watson, que Patrick se hubiera desvanecido en silencio?

—¡Habría respondido a «¡Hi!»! —dijo Ángel y soltó la carcajada.

—¿Qué?

—Carroll... «la caza del Snark». ¿No se acuerda usted cuando el Snark demostró ser un bicho tan raro que se desvaneció en el espacio? —Acabó su bebida y se puso en pie—. Lo siento... me puse algo histérica. Será mejor que vaya a casa.

—¿Quiere que la acompañe? —Watson comenzó a levantarse—. Usted vive en la esquina próxima de Cósmica, ¿verdad?

—Gracias, pero tengo mi propio coche. Quédese y responda a las infinitas preguntas de nuestro amigo. Necesita su ayuda. Está asustado.

Con rápidos e inseguros pasos se dirigió a la puerta de la calle. AL pasar junto a él, Jerry Bartlett la llamó, pero la muchacha no pareció oírle. Miró en su torno inseguro, vio a Watson y se le acercó apresurado.

—No le había visto escondido en este rincón —dijo—. Wally, quiero hablar de Leon. ¿Me puedo unir a ustedes?

Se sentó sin esperar respuesta y Dan tuvo que abandonar toda esperanza de hallar la solución a su pregunta, cuando el recién llegado empezó a hablar con la rapidez de una metralleta.

—No tengo que decir que estoy en un estado endemoniado de confusión. Jamás estuve presente cuando alguien desapareció y ni siquiera estaba seguro de que eso ocurriera. Ahora que he sido testigo mi mente parece tambalearse. Hablé con Jack Neill, que tampoco lo había visto antes, y se levantó contra el mismo problema que yo. ¡No podemos descubrir las condiciones para el desplazamiento instantáneo! ¡Quiero decir que debe de ser instantáneo! Si un cuerpo del tamaño de un hombre marchase a una velocidad infinita, la onda expansiva probablemente derribaría el edificio. Todo lo que percibimos fue un consistente estallido del aire implotando dentro de un súbito vacío.

—Si pasase usted más tiempo con su «vagaestrellas» y menos con las palabras, Jerry, me parece que lograría averiguarlo —dijo Watson.

Jerry no le oyó. Prosiguió:

—Si Berghaus tiene razón, las más fuertes señales del «vagaestrellas» vienen de las razas más activamente evolucionadas y conscientes, ¿de acuerdo? Y ahora ¿cuál es la evolución humana? Básicamente, una historia ido aprendizaje para imponer un deseo al medio ambiente. Pero no sólo al medio ambiente físico. Incluye también la secuencia de los acontecimientos experimentados. Cuando más evoluciona el hombre más conscientemente planea hacia el futuro y... ejem... manipula mejor el azar. Pero hay allí una brecha —se interrumpió, con aspecto desgraciado.

—Jerry —dijo Watson y esta vez dio orden a sus palabras—, debería usted pasar más tiempo con su «vagaestrellas» y menos hablando.

Asintiendo, Jerry se levantó y se alejó, perdido en sus pensamientos. Dan miró con fijeza a Watson.

—Usted no es sólo el gerente de unos almacenes, ¿verdad? —dijo—. Para esa gente usted es más; como un sacerdote. Un bonzo.

—¿Lo soy? —Watson respondió enigmático—. ¿Puede usted pensar en una sociedad comercial para alguien interesado en propagar el conocimiento que cree importante?

—¡Conocimiento peligroso!

—¿Qué es lo que hace peligroso el conocimiento, según su punto de vista? ¿Qué parece más inocuo... enseñar a un hombre a leer y escribir o a fabricar la pólvora? Sin embargo, más revoluciones se han hecho a través de la literatura que con disparos y explosiones.

Se puso en pie.

—Bueno, ha tenido una fructífera visita a nuestro club —dijo—. ¿Quiere que le lleve hasta su casa? Tengo un apartamento en un bloque cerca de Cósmica Limited, si va usted para allá...

—No. No, gracias. Prefiero andar. Creo que el aire nocturno me tranquilizará —Dan le miró con fijeza—. Dígame... ¿se siente usted feliz llamando a lo que ha ocurrido «acontecimiento fructífero»? ¿No se le ocurre un término más fuerte? —Se dio cuenta de que su voz estaba impregnada de amargura.

Watson clavó en él sus ojos.

—No soy maligno, *Mr.* Cross. Leon era un buen hombre y yo le tenía simpatía. Simplemente he de enfrentarme al hecho de que él no era «mejor». Buenas noches.

IX

Le escocían los ojos por la falta de descanso, caminó por el vestíbulo del hotel, saliendo de los ascensores, hacia el comedor, para desayunar. Había tenido pesadillas y, por tanto, prefería comer en compañía, antes que pedir que le subieran el servicio a su habitación.

Había un grupo de gente en torno al mostrador del conserje, discutiendo con el empleado. Varios llevaban cámaras. Dan tuvo una súbita premonición y apresuró el paso.

En el vestíbulo había un quiosco de periódicos. Los titulares, en rojo y azul, le llamaron la atención al pasar. Se detuvo, buscó calderilla en sus bolsillos y compró una selección de la prensa. Mientras elegía los ejemplares oyó como una voz tras él se alzaba autoritaria.

—¡No! ¡No permitimos que nadie se entrometa en la intimidad de nuestros huéspedes, sea la prensa o quien fuere!

«Eso me imaginé».

Tomó sus periódicos y entró en el salón, agradeciendo a la gerencia su obstinación. Estaba claro lo ocurrido.

Se dejó caer en un sillón ante una mesa vacía y extendió los periódicos uno tras otro.

¿DONDE SE FUE? ¡APASIONADO DEL «VAGAESTRELLAS». QUE DESAPARECE!; ¡DESAPARICION DE UN HOMBRE DE NEGOCIOS! NOTABLE SUCESO EN UN CLUB DE «VAGAESTRELLAS». ¡ESTA ES LA VERDAD ACERCA DE LOS «VAGAESTRELLAS»! (¿LO ES?).

Un camarero se inclinaba sobre él. Dijo distraído:

—Café. Solo. En cantidad y de prisa.

—La gerencia me ha enviado, señor —dijo en voz baja el camarero—. Hay varios periodistas en conserjería que quieren

entrevistar al señor. No deseamos llamar la atención de la prensa sobre el señor, pero que se muestran muy insistentes. ¿Desea hablar con ellos?

—Dígale a la gerencia que estoy encantado con su buen sentido —dijo Dan alzando la cabeza—. Pero que los periodistas pueden esperar sentados si quieren hablarme..., ya que no tengo el menor propósito de ponerme a su alcance. Muchas gracias por mantenerlos a raya hasta ahora.

—Muy bien, señor —repuso el camarero alzando la voz—. ¿Y como plato principal, señor? Tenemos salmón ahumado, huevos con jamón o si prefiere un desayuno vegetariano...

—Traiga un par de litros de café. Ya decidiré el resto más tarde.

—Muy bien, señor.

Dan pensó que aquello era lo que podría llamarse un servicio concienzudo y a comodidad del cliente y se dedicó a estudiar los periódicos con más cuidado. Sí, eso parecía lo que se estaba temiendo Redvers..., la desaparición de alguien importante, porque, según parecía, Patrick era director de una agencia de bienes raíces y su hijo un campeón de equitación.

Experimentó la angustiada sensación de resbalar impotente hacia una crisis desastrosa.

La prensa se había mostrado rápida y competente. Habían localizado a Jerry Bartlett, a Watson y a Ángel Allen; aunque ningún periódico llevaba declaraciones de los tres a la vez, pero sí, por lo menos, habían entrevistado a uno del trío y a otros miembros del club. El tratamiento variaba de lo escéptico a lo sensacional. Por lo demás, parecía un día flojo de otras noticias. Por tal motivo daban tanta preponderancia a lo referente a la misteriosa desaparición.

Todavía peor, alguien había estado husmeando los archivos hasta descubrir el ángulo de interés humano de las relaciones amorosas entre Ángel y Robin Rainshaw. Con toda claridad Redvers u otra persona había colocado una historia para tapar la temprana desaparición del hijo del sabio, pero aquel nuevo misterio estimuló la imaginación de un periodista. Y allí, en blanco y negro, bajo los encabezamientos en rojo, se leía:

«¿Es acaso una coincidencia que El brillante Robin Rainshaw, colaborador de su célebre padre en sus investigaciones, estuviera en

aquel tiempo trabajando en los “vagaestrellas”...? Nadie se atreve a aparecer y decirlo bien, claro, pero ES PRECISO QUE SE DIGA».

—¿*Mr. Cross*? —preguntó una voz meliflua. Dan alzó la vista. Ocupando un sitio en su mesa había un hambre corriente, cabello pajizo, gafas y una pizca de barba en su mentón afilado. ¿Podría ser un periodista que hubiera eludido la vigilancia del personal?

Un recuerdo asomó en la mente de Dan y se acordó de haber visto a aquel tipo entre las cuarenta personas que estuvieron la noche anterior en el Club Cósmica. Era inútil, pues, negar su identidad.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me llamo Norman Ferrers, *Mr. Cross*. Le vi en el club anoche, pero no tuve oportunidad de hablarle. Se sentaba usted al lado de *Mr. Patrick*, ¿verdad? Bueno, quiero hablar con usted de eso.

—No tengo nada que decirle y prefiero qué no me molesten mientras desayuno. Ferrers no se molestó en absoluto. Parpadeó, sonrió y tomó uno de los periódicos de Dan.

—Puede que todavía no haya visto usted esto, míster Cross. ¿Ha leído la editorial de este número? —Con gestos expertos abrió el periódico por la segunda página y lo plegó de manera que la columna de la editorial quedara arriba—. Creo que debe leerlo.

Había en su voz un tono preñado de significación. Tras un segundo de duda, Dan tomó el periódico y miró el artículo.

«Desde el advenimiento de la energía atómica no ha habido una nueva fuerza tan impregnada de posibilidades y tan involucrada con El terror como El milagroso talento que, debemos creerlo ahora, está oculto en las señales de los “vagaestrellas”.

»Involucrada con el terror, porque todavía no ha sido posible mantenerle bajo control, que nosotros sepamos. Impregnada de posibilidades, porque si se puede lograr ese control, las implicaciones son enormes».

Dan alzó la vista. Aquel vacío pontifical era tan ridículo que no comprendía por qué Ferrers le llamaba la atención a su respecto.

—Una buena cantidad de palabrería —dijo.

—¿De veras, *Mr. Cross*? Piense con cuidado. Sé que en la pasada década, poco más o menos, han habido divergencias entre su país y el nuestro, y el gobierno nos ha apartado de ustedes, pero hay una verdadera identidad de intereses que algunos de nosotros hemos

laborado por perseverar y mantener. Ahora aparece que hay definitivamente ahí, algún extraño conocimiento extraíble de las señales de los «vagaestrellas» y, por tanto, tenemos que mirar hacia esta comunidad de intereses y hemos de movernos de prisa. Supongamos que el bloque oriental lograra controlar estas...

Dan le interrumpió.

—¿Cuál es su punto de vista? —preguntó.

—Soy miembro del Frente Azul, *Mr. Cross*. Creemos que la conducta de nuestro gobierno durante la pasada década ha sido diseñada para caer en manos de los Rojos. Apelo a usted como americano que es. Nuestra organización está llevando a cabo una encuesta de emergencia en el caso Patrick y he venido a verle porque usted era su vecino de asiento y cualquier información suya podría ser de valor incalculable. Y, para hablar con franqueza, ¿no preferiría usted que esa fuerza fuese lograda primero por las personas que tienen una comunidad de interés con los de su propio país?

Le costó a Dan bastante tiempo preparar su respuesta. Bajó el periódico que tenía en las manos y aspiró una profunda bocanada de aire. Una cosa había aprendido en sus años de trabajo para la Agencia Especial y era que un nacionalismo en la época nuclear tenía tanto de anacrónico como un cruzado agitando la espada y gritando: «¡Muerte al infiel!». Y el Frente Azul estaba entre los grupos más reaccionarios de Europa. La Agencia había tenido escaramuzas con él en más de una ocasión.

—Escúcheme —dijo—. Estamos en el siglo xx. ¿Se entera? En la era nuclear. Este es el período en el que sólo lograremos sobrevivir teniendo sentido común y tragándonos nuestro orgullo nacional. En el mundo de cohetes y satélites, cuyos inventos ya han hecho pequeño el planeta, no hay sitio para perder los estribos y pensar con nuestros músculos. Primero soy ser humano y después americano, que es el orden correcto. «Lárguese».

El camarero le trajo el café y la comida. Volvió la cabeza señalando con un periódico enrollado a Ferrers y dijo al empleado:

—Ahora, que esta... esta «persona»... se marche de mi mesa, ¿quiere? El camarero asintió, tomándose tiempo para dejar la cafetera antes de volverse a Ferrers.

—Me parece que no es usted cliente del hotel, señor —dijo—.

Este caballero sí lo es y desea que no le molesten.

Ferrers se puso en pie despacio. Su rostro adquirió de súbito una expresión fea.

—No sé si es usted un traidor consciente o sólo un loco —exclamó— Pero vamos a vigilarle. No será sólo la prensa quien quiera sonsacarle... también lo harán los Rojos. Este país está atestado de ellos ahora.

—Para tranquilidad de su mezquino cerebro, le diré que exactamente recibirán la misma respuesta que usted —le repuso ceñudo Dan—. ¿Se marcha ya?

Ferrers le mostró los dientes, giró sobre sus talones y marchó hacia la puerta. Sirviéndole por fin el café, el camarero dijo en voz baja:

—Mal asunto, señor. Rogamos que nos disculpe por no poder haber impedido que este hombre se le acercase, pero a veces la cosa resulta difícil, ya sabe...

—No lo han hecho tan mal —dijo Dan.

—Muchas gracias, señor. Alguien quiere hablar con usted... un tal Redvers. ¿Prefiere que le diga que no se puede poner o le traigo el teléfono a su mesa?

—¿Quiere decir que me llama por teléfono? ¿Que no me está esperando? —Dan suspiró—. Está bien, prefiero hablar con él.

—Buenos días, Cross. ¿Qué tal le va?

—Es usted lento. Ya he tenido molestándome a un miembro del Frente Azul, queriendo saber si saqué algo en claro por estar sentado junto a Patrick cuando se esfumó.

—¿Y lo sacó?

—No, me sentía preocupado, claro. Escuchaba la demostración del «vagaestrellas». Dan hubiera jurado que pudo detectar desencanto en la voz de Redvers cuando le volvió a hablar.

—¿No tuvo usted ninguna sospecha... premonición, quizás?

—Nada. Fue una sorpresa absoluta. Lo mismo que la reacción de los demás. Pensando no pude dormir y cuando logré hacerlo tuve pesadillas.

—Yo también las tengo. ¿Se da usted cuenta de que probablemente esto es lo que estábamos temiéndonos? ¿Lo que va asustar de mala manera a la gente?

—¿No hay forma de impedirlo, según su real entender?

Redvers soltó una carcajada seca.

—No, que yo sepa. ¿Usted tampoco, verdad? Cortó la comunicación. Dan dudó un momento, luego hizo una señal a su camarero para que se llevara el teléfono.

Era raro el modo en que Redvers parecía recurrir a él en busca de algo... No acudía a la Agencia, lo que hubiera sido lo bastante lógico, si no a Dan Cross personalmente.

Dando vueltas al desayuno que tenía un poco descuidado, comió distraído y su cerebro corriendo por las mismas pistas que siguió durante la noche de insomnio. Una y otra vez llegaba a la misma conclusión. Tenía hechos, pero ningún sentido, evidencia, pero no información.

Recordó lo que le dijo a Watson: Que no era sólo, como apuntaba, el gerente de unos almacenes, sino un jefe. Lógicamente, entonces, tenía que volver a Watson.

X

Cósmica Limited se hallaba atestada. La gente forcejeaba y se empujaba no sólo dentro, sino en la calle y delante de los almacenes en que dos policías trataban de controlar la multitud. De vez en cuando alguien se abría paso para salir al exterior de nuevo. Mientras se acercaba, Dan vio a un hombre de mediana edad con un instrumento nuevo de blanca caja —probablemente un Gale y Welchman, según pensó— salió hasta un trecho despejado de la acera, seguido por una docena de otros ansiosos clientes, cada uno ofreciéndose para comprarle el aparato.

La sombría profecía de Redvers se iba cumpliendo al pie de la letra. No se podía decir que se hubiera alcanzado el estado de histeria. Todavía era peor en las ventas de saldos de unos grandes almacenes generales. Pero se advertía una temerosa codicia en los ojos de los compradores, una especie de adoración expresa por el modo en que sujetaban sus nuevas pertenencias, que hizo que el vello de la nuca de Dan se erizara.

Sobrepasaba la estatura media y como parte del adiestramiento en la Agencia sabía cómo aprovecharse de esto en caso de necesidad. Por consiguiente, se aseguró de llamar la atención a los clientes al acercarse y autoritario y sin la menor vacilación se colocó en el centro. Automáticamente le abrieron paso; sin saber por qué, quienes tropezaban con él le pedían perdón y le dejaban su sitio y así consiguió entrar en los almacenes mucho antes que una considerable cantidad de personas que estaban allí con anterioridad.

Una vez dentro la cosa fue más difícil, pero tenía la ventaja de no estar interesado en ninguno de los «vagaestrellas» en venta, mientras que la demás gente se preocupaba de probar los instrumentos asequibles y comprar los que estaban al alcance de su

bolsillo. Con algún trabajo logró llegar hasta el mostrador de la parte trasera.

El personal, incrementado por cuatro dependientes que no había visto en su anterior visita se estaba poniendo quisquilloso e irritable. Vio a la linda muchacha que le atendió la otra vez y alzó una ceja en gesto significativo. Ella sonrió con una mueca, apartándose de la cara su largo cabello. Acababa de vender un instrumento más, a otro cliente tan ansioso de utilizarlo que se lanzó por entre el gentío abriéndose paso hacia la salida sin esperar siquiera el cambio del dinero entregado.

Directamente entre Dan y el mostrador habían dos hombres en atuendo comercial, uno de ellos llevando lo que a Dan le pareció a primera vista un «vagaestrellas». No lo era. Era una cámara y se dio cuenta, mientras se acercaba a la muchacha, que se trataba de un periodista que no habían abandonado la esperanza de lograr algo noticiable.

No captó lo que dijo el tipo que no llevaba cámara, pero sí la respuesta de la chica porque sonó aguda e impaciente. Probablemente le habían hecho la misma pregunta cincuenta veces ya.

—No, *Mr. Watson* no está, ¡y tampoco sé dónde está!

El periodista insistió. Evidentemente aburrido, el fotógrafo le dio con el codo.

—Jack, ¿por qué no escribes que él también se desvaneció mientras escuchaba su «vagaestrellas»? —Fue su cínica sugerencia.

Jack le dio un bufido. Otros clientes reclamaron la atención de la muchacha. Viéndola distraída, hizo gesto de alejarse, pero la cogió del brazo.

—Eh..., señorita, creo que aprovecharé la ocasión, ya que estoy aquí, para comprar uno de sus «vagaestrellas».

La chica dejó con violencia el catálogo de la empresa sobre el mostrador, y respondió con voz dura:

—Los números del cinco al nueve y del veintiuno al cuarenta y dos se han agotado. De los demás, tenemos aún. Volveré cuando haya hecho su elección.

—¡Jack, no irás a caer también en este vicio! —exclamó el fotógrafo.

—No lo sé —respondió despacio Jack, empezando a pasar las

páginas del catálogo—. No lo sé.

Pasaron casi diez minutos hasta que Dan salió de los almacenes y la multitud de la entrada era más numerosa todavía. Viendo que no había comprado nada, se había dejado en el hotel su propio instrumento, un hombrecillo de rostro tortuoso que estaba remoloneando por los bordes del grupo le abordó.

—Mire, tengo verdaderas gangas en «vagaestrellas» si quiere usted uno. Instrumentos de segunda mano seminuevos y de superior calidad. Comprenda, precios ridículamente bajos —le guiñó el ojo—. Aunque no mucho, claro. Le puedo conseguir el tipo que usted quiera si me lo encarga con un par de días de anticipación y por un precio algo mayor. Le daré ejemplos: «vagaestrellas» americanos de artesanía por cincuenta libras en efectivo. Instrumentos normales británicos desde veinticinco libras para arriba...

Dan no le hizo el menor caso. Lo más seguro era que le ofreciera género robado. Y eso le dio una idea.

Al ver que su charla comercial no le daba resultado, el hombre del rostro tortuoso dirigió su atención a otra persona y Dan se alejó con viveza por la calle. La noche anterior Watson mencionó de pasada que tenía un apartamento en la parte superior del edificio en que Cósmica se hallaba situada. Aquella zona era una de las muchas de Londres totalmente reedificadas siguiendo el plan del gobierno británico de absorber la mano de obra y los materiales liberados por el programa de desarme de diez años antes. Con el fin de eliminar la congestión del tráfico causada por la descarga de los camiones que suministraban los materiales para la construcción, en la mayor parte de los bloques aquellos, se había diseñado un túnel de acceso paralelo a las calles y a ambos lados de los edificios.

Correcto. Apenas llevaba recorridos cuatrocientos metros, cuando llegó a una de las rampas de bajada al túnel de servicio en el bloque que incluía Cósmica Limited. Sin dudarlo, para no llamar así la atención, marchó por la acera destinada a los peatones instalada a uno de los lados de la rampa.

No hubo dificultad en hallar la entrada destinada a los suministros de la firma. Un enorme camión con el letrero GALE Y WELCHMAN, BIRMINGHAM, estaba siendo descargado en aquel momento y varios impacientes y presuntos poseedores de «vagaestrellas» a quienes se les había ocurrido la misma idea, se

apiñaban en su torno, tratando de sobornar a los camioneros para que les vendieran directamente los instrumentos aún dentro de sus cajas de embalaje.

Un desarrapado aprendiz con un abrigo pardo, trataba de abrirse paso por la puerta que daba acceso a los almacenes con una caja grande entre las manos; reuniendo todo su aplomo, Dan le mantuvo abierta la hoja de la puerta para que pasara y el muchacho se fijó en él sólo lo bastante para musitarle un seco «gracias». No hizo la menor pregunta a Dan cuando le siguió al interior.

Cruzó tranquilamente los almacenes y se encontró en un corredor que se extendía por detrás de las salas de ventas y terminaba en la puerta, ahora abierta, de un ascensor. Dan penetró en él. Oprimió el botón que indicaba la zona de viviendas. Había sido muy fácil. Con toda seguridad, si alguno de los periodistas hubiera sido realmente insistente, pudo haber localizado también el domicilio de Watson, obteniendo la dirección de cualquier miembro del personal de ventas y hasta de algún directivo y emplear el mismo sistema que Dan utilizaba ahora para ver si Watson estaba en su casa.

Bueno, lo más probable es que los periodistas lo hubieran hecho, si así lo pensaron. La diferencia era que a Dan no le importaba el que Watson estuviera en casa o hubiese salido.

Salió del ascensor en un pasillo corto de la parte superior del edificio. Apenas se oía el menor sonido. Miró en ambas direcciones, viendo que allí no había nadie en aquel rellano. A cada extremo una ventana con cristales esmerilados dejaba entrar la luz diurna; para cumplir con las ordenanzas para caso de incendio, se veía un cartelito junto a cada ventana diciendo que rompiendo el vidrio se podía hallar la salida de emergencia. También se veía una estrecha escalera interior, para ser utilizada si el ascensor se estropeaba, pero cuando la examinó más de cerca, advirtió una gruesa capa de polvo cubriendo barandilla y peldaños.

Y enfrente mismo del ascensor se veía una puerta sobre la que una tarjeta de visita anunciaba: WALTER K. WATSON.

Oprimió el botón del zumbador de debajo de la tarjeta y oyó el débil sonido atravesar la puerta. No hubo respuesta. Mientras aguardaba unos cuantos minutos como medida de precaución, inspeccionó el borde del panel de madera de la puerta. A juzgar por

los remaches metálicos, disponía de un sistema de alarma marca Laxton y Carpenter, ya que entre quicio y puerta se veían las marcas características de este sistema. En ese caso podría entrar con sólo una ligera molestia.

Todo habría sido más fácil de haber llevado consigo su «vagaestrellas», porque habría podido utilizar la fuente de energía del aparato.

Se puso a trabajar con paciencia, silbando para su interior mientras manipulaba en los remaches de contacto. Cuando estuvo satisfecho de los ajustes realizados allí, siguió buscando hasta hallar el punto en que los cables atravesaban el marco de la ventana y llegaban a la caja de conexiones exterior y los cortocircuitó utilizando una moneda. Estupendo. No sonaban los timbres de alarma.

La cerradura cedió tras utilizar durante un minuto su cortaplumas de bolsillo; un modelo especial que formaba parte del equipo que llevaban consigo todos los pertenecientes a la Agencia Especial y adaptable para propósitos que ni siquiera un concienzudo examen podría revelar al profano. Si no se sabía abrir tal cortaplumas, para revelar sus secretos, hubiera sido necesario el empleo de un soplete de acetileno o de una fotografía en rayos X. Nunca llevaba nada más comprometedor que aquel cortaplumas y en muchas ocasiones comprendió que tampoco le hacía falta portar un instrumental más variado y complejo.

Dejó la puerta abierta y dio una vuelta por el apartamento —pequeño, pero lujoso-asegurándose de que en verdad Watson no estaba en su casa. Una vez cerciorado cerró y comenzó una inspección más detenida. Primero y principal: hallar una vía de escape para utilizarla en caso de necesidad. El dormitorio de Watson tenía ventanas que se podían abrir y por una de ellas era posible llegar a la escalera de incendios.

Sin prisas, porque Watson probablemente habría decidido permanecer alejado de su hogar una temporadita, con el fin de esquivar a la prensa, Dan recorrió primero la sala de estar, luego el dormitorio. Siendo precisamente en los armarios empotrados de esta última pieza donde se tropezó con algo peculiar.

Había estado repasando la correspondencia, libros y libretas de notas y otros muchos papeles personales de la sala de estar, sin

encontrar nada referente al «vagaestrellaje», excepto de manera incidental, como era lógico esperar dado el trabajo de Watson. Sin embargo, no podía ser un mero gerente de unos almacenes importantes...

¿... y qué diablos hacía el tal Watson con un traje de inmersión colgado de su armario ropero?

Dan lo contempló incrédulo. Sí, un traje de inmersiones. Lo reconoció como un moderno Siebe y Gorman, ultraligero, confeccionado con imperviflex escarlata para poder ver mejor debajo del agua. Parecía casi nuevo. Y el traje no estaba solo... había también allí un casco dorado en forma de pecera redonda, de metal ligero, estanco, y un juego de tanques de oxígeno. Según los manómetros ambos tanques estaban llenos y preparados para su uso inmediato.

—¿Quién demonios tenía hoy en día aficiones submarinistas? ¿A quién se le habría ocurrido poseer un conjunto tal?

Lo volvió a examinar, algo incongruente se agitaba en lo más hondo de su cerebro y se dio cuenta de lo que era: no había botas. Para una escafandra de aquella clase se necesitan botas. Y no había ningún par de ellas.

Buscó por el resto del apartamento sin hallar las botas que se adaptaran al equipo de buzo. Sin embargo, dio con otras cosas peculiares. En un cajón que contenía calcetines y camisas había también una carpeta llena de papeles, en su mayoría notas mecanografiadas, encabezadas C.P.F., y una fecha de unos dos meses atrás. Las notas a máquina eran simples listas de números con breves comentarios adjuntos a las cifras, por ejemplo: «Sin confirmación» y «¡Completamente definido!»...

Qué es lo que estaba faltar de confirmación o completamente definido era cosa que no pudo saber. Siguió registrando y lo siguiente que encontró fue una caja conteniendo transparencias en color. Dedujo que podían haber sido tomadas con la cámara hallada en el mismo armario que el traje de buzo.

Los lugares que aparecían en las transparencias no le eran familiares. Consideró al azar que podían pertenecer a Australia o Suramérica, porque mostraban masas espesas de verdor y un desierto rojo-amarillento con formaciones rocosas comidas por la erosión. Tras inspeccionar veinte fotos decidió no seguir perdiendo

el tiempo; no le era posible extraer de allí la menor información.

En el último armario encontró un saco con piedras. Al no ser geólogo, sólo pudo sentirse extrañado de su presencia en aquella casa.

Colocándolo todo en el mismo lugar exacto en que lo encontró, volvió a repasar la carpeta archivadora de las notas mecanografiadas y las examinó con mayor atención. Esta vez se fijó en una hoja manuscrita que había descartado anteriormente y descubrió lo que significaba la abreviatura C.P.F.

El escrito —posiblemente Watson— había anotado: «Parece bastante acertado. Es el *cocktail party factor*. No hay solución más simple».

Cocktail party factor. El significado se le hizo evidente de manera instantánea. Eso era el sobrenombre corriente para sacar una secuencia particular de información de un conglomerado de ruidos de fondo. Pero todo lo que había aprendido de eso era que acababa de comprender una cosa: que Watson había emprendido la investigación en serio de las señales del «vagaestrellas». Volvió a colocar las notas en su lugar original.

No se veía rastro de «vagaestrellas» en ninguna parte del apartamento, pero presumiblemente Watson podía haber tomado sus aparatos de los que había almacenado en la tienda de las plantas inferiores; si se considera que tenían en existencia unos sesenta modelos, no es de extrañar tal hipótesis.

Salió del dormitorio, dejando la puerta exactamente igual que estaba cuando llegó, y se dirigió a la cocina. De nuevo, nada que fuera peculiar en lo más mínimo...

La figura de un hombre cruzó la abertura de la puerta de la cocina. Una figura de color rojo brillante.

Dan se quedó petrificado, repasando sus movimientos, y todavía no había decidido qué curso dar a su acción, cuando la figura humana volvió sobre sus pasos. Una voz agradable, algo cansada, dijo:

—¿Wally? ¿Wally, eres tú?

Y el intruso se asomó a la puerta de la cocina.

Era joven —no más de veinticinco años— y llevaba un traje de buzo idéntico al que estaba en el armario ropero de Watson. En lugar de las pesadas botas con suela de plomo propias del equipo, el

joven calzaba botas normales de alpinista, con clavos en las suelas. Se había quitado el casco y lo sujetaba bajo el brazo como Ana Bolena portando su cabeza mientras paseaba por la Torre Sangrienta.

Sonrió a Dan.

—Creí que usted era Wally —dijo—. ¿Sabe dónde está?

—No, se halla... —El cerebro de Dan se puso de repente a trabajar como una máquina ultraeficiente—. Sé que trata de eludir a la prensa. Alguien desapareció en el club anoche y se ha armado un escándalo mayúsculo.

El desconocido suspiró y dejó a un lado el casco. Lean salió cansino de la cocina, penetrando en la sala de estar.

—Écheme una mano con estos tanques, ¿quiere? —dijo el recién llegado, desabrochándose el correa que sujetaba las botellas de oxígeno. Dan le ayudó obediente y, cuando el joven se vio libre, se despezó con voluptuosidad.

—Eso de no poder salir del maldito vestido durante más de veinticuatro horas es algo cansado —dijo con ligereza—. ¿Es muy malo eso que usted llama escándalo?

—Malísimo. Antes de que todo termine se producirá un incidente internacional y ya todo hijo de vecino se habrá lanzado a la calle para comprarse un «vagaestrellas».

El desconocido descorrió la cremallera, se quitó el traje se buzo y se encogió de hombros.

—Supongo que no pudimos mantenernos aparte por más tiempo. A propósito, no creo que nos conozcamos.

Supersticiosamente, Dan imaginó dos dedos cruzados y le dio su nombre. El otro asintió.

—¿Es usted miembro del club? —sugirió.

—Desde hace poco.

—Ajá. Bueno, he estado arriba en Sesenta y Uno muy recientemente, así que no es de extrañar que no le conozca. Por si acaso aún no se lo había imaginado, me llamo Robin Rainshaw.

El rígido control que Dan había impuesto a su mente, resistió. El tono indiferente del anuncio fue una tremenda sorpresa, pero no se traicionó ni siquiera con el movimiento de un solo músculo. Únicamente hizo una pausa durante breves segundos hasta que pudo confiar en que su voz permanecería tranquila al volver a

hablar. Rainshaw no se fijó. Se encontraba claramente como en su casa en aquel apartamento. Tras dejar su traje de buzo convenientemente atravesado en una silla, entró en el cuarto de baño y empezó a llenar la bañera. Mientras corría el agua se trasladó a la cocina y se sirvió un plato de ensalada de una fuente que se hallaba en la nevera.

La primera cosa que adquirió claridad fue el hecho de haber aceptado la presencia de Dan con tanta tranquilidad. Si era un íntimo amigo de Watson —cosa que parecía evidente— habría conocido el sistema de alarma, y puesto que a un especialista de la Agencia, adiestrado y con talento para franquear puertas cerradas, le habría costado algún tiempo inutilizar aquel sistema de alarma, tenía que admitir que Watson había hecho entrar en su apartamento a Dan, o por lo menos le había dado una llave.

O que Dan había llegado por la misma ruta que empleó él. De cualquier forma, Dan tenía que ser partícipe del secreto, según aquel razonamiento —el asombroso secreto de qué las fuerzas ganadas por el «vagaestrellaje» habían sido comprendidas, controladas y utilizadas—.

Dan le miró casi sin verle, pensando que era un joven de aspecto bastante corriente: rubio, rostro fresco, la clase de persona que sonreiría fácilmente y con frecuencia. Por lo menos, no parecía un hombre que pudiera entrar en un apartamento sin molestarse en usar la puerta.

Rainshaw volvió con su plato de ensalada y se sentó para consumirla vorazmente.

—A propósito, hace poco conocí a su padre —dijo Dan, sopesando con cuidado sus palabras.

Rainshaw asintió.

—¿Qué tal está?

—Parece muy preocupado. Adelgaza a ojos vistas.

—La tensión tiene que ser terrible para él ahora —dijo Rainshaw, frunciendo el ceño—. Desearía que pudiese lograrlo, pero dudo de que llegue a hacerlo nunca. Yo incluso desearía algunas veces ser lo bastante duro de corazón para no decirle que me he ido, pero pensé que sería peor para él que creyera que había muerto, o marchado para siempre.

De modo que el Dr. Rainshaw estaba adoptando una pose. Pues

lo hacía además muy bien, comprendió Dan. Nunca había dejado escapar ni un solo atisbo de los hechos reales, porque la actitud de Redvers para con él habría sido diametralmente distinta.

—¿Dónde dijo usted que había estado? —se aventuró a preguntar, extrañándole de no haber añadido «esta vez». No decidiéndose a añadir esas dos palabras por temor de que Rainshaw encontrara poco usual tal curiosidad.

—Volví a Sesenta y Uno. Sesenta y Uno Cygni.

La sorpresa esta vez fue todavía mayor. Por fortuna, Rainshaw estaba preocupado comiendo —parecía hambriento de verdad— y no advirtió su reacción. Pero 61 Cygni era una «estrella», y no sólo tampoco una vieja estrella, sino que se había hecho famosa, porque los astrónomos habían asegurado la existencia de un sistema planetario extrasolar. ¡Oh, todo coincidía! El traje de buzo rojo, protección contra una atmósfera extrahumana o contra gérmenes nocivos desconocidos; las transparencias en color que tenía archivadas Watson, y que mostraban escenas que Dan no había reconocido como pertenecientes a ningún lugar de la Tierra que él conociera... y el hombre que podía regresar a casa (¿cómo en un relámpago?) tan tranquilamente como si volviera de dar una vuelta a la manzana. Esa era la parte más sorprendente.

Pero uno no podía acomodarse a tan vasto cambio en el mundo circundante sin tiempo para considerar las implicaciones con calma. Aquí, ilegalmente, en la casa de un desconocido, no había sitio para pensar en todo. Tendría que hurgar, y pronto, y formular discretamente preguntas en apariencia inocuas, y la tarea se hacía doblemente difícil, porque él, como alguien en la posición que Rainshaw le adjudicaba de manera automática, debería reaccionar.

—¿Qué tal fue... este viaje? Con toda seguridad sería bastante inocente.

—Interesante, pero no muy compensador. El planeta tipo Tierra del sistema, tiene aproximadamente nuestra gravedad, claro, por lo que el viaje es adecuado. Pero vamos a tener que buscar mucho más aún, un campo de aterrizaje para nuestros amigos que originaron las señales. Creo que existe en alguna parte hacia el centro de la galaxia. Es más que probable que ninguno, excepto nosotros en esta zona, hayamos llegado tan lejos.

Una inspiración siguió a aquellas palabras en el cerebro de Dan;

aferrándose a la semirecordada inspiración, sugirió.

—¿Quiere decir que... hemos llegado algo así como prematuramente a la escena?

—Oh, estoy seguro. Probablemente ello habría costado otro millón de años de evolución si mi viejo padre no hubiera topado por casualidad con el «vagaestrellas». Sin embargo, no hay nada censurable en que llegáramos allí gracias a la triquiñuela técnica. Siempre tuvimos el don particular de la... marrullería.

—¿Entonces, definitivamente, no hay nadie en... ejem... Sesenta y Uno?

—No, hasta el punto que podemos determinar. El nivel general de la evolución sugiere la Tierra como ésta era hace medio millón de años, así que con dificultad puede sorprender —Rainshaw dejó el plato a un lado con un gruñido de satisfacción—. Tampoco había nada que comer. Somos alérgicos a la mayor parte del más básico complejo proteínico de las formas de vida locales. Hemos de hacer algo con respecto a eso. ¿Tiene un cigarrillo?

Dave se le dio y se lo encendió.

—¿Es usted americano? —preguntó Rainshaw, dando la primera bocanada—. ¿Qué tal están las cosas en su bando?

Dan pensó frenéticamente durante un momento en las probables consecuencias causadas por las noticias que ahora se filtraban o emanaban de los periódicos. Pero dijo:

—Muy tranquilas, comparadas con las de aquí. Entré en esto gracias a conocer ligeramente a Berghaus. —No había razón para dejar caer aquel nombre en particular, puesto que quizás no mejorara su postura ante Rainshaw—. Pero soy un verdadero novicio en todo el asunto. Ocurrió que... Sabe usted que le dije que Wally Watson está de momento esquivando a la prensa, después de lo que pasó en el club; bueno, yo estoy haciendo lo mismo, poco más o menos, porque sucedió que yo era el vecino de asiento del fulano que desapareció.

—¿Bueno o malo? ¿Qué es lo que pasó?

—¿Bueno o malo?, refiriéndose al individuo. Dan no pudo hallar la respuesta correcta durante un segundo; luego, claro, lo comprendió.

—Me temo que malo. Sin lugar a error. Era un hombre llamado León Patrick. Rainshaw no mostró señales de conocerle. Se puso en

pie y marchó a cerrar el grifo de la bañera, pero volvió en seguida, diciendo que acabaría el cigarrillo antes de tomar el baño.

—¿Y dice que usted se sentaba al lado de ese hombre? —dijo—. Me imagino que no fue nada cómodo.

—Muy inconfortable. Y también enojoso. Jack Neill llevaba a cabo una interesante demostración, cuando...

Se interrumpió. El placentero rostro de Rainshaw había cambiado por completo. Se endureció con una expresión de intenso recelo y lo mismo ocurrió con su voz.

—¿Quién es usted? ¿Y qué está haciendo aquí?

Estupefacto, Dan trató de recapacitar en lo que había dicho y descubrir lo que le había traicionado. Aún guardaba silencio cuando Rainshaw empezó a levantarse y en tal acto desapareció.

Dan giró en redondo. Allí estaba, en la puerta, No hallaría señal alguna de que se hubiera manipulado, de manera que aquello estaba bien a medias. Pero su mente podía saltar a la ventana abierta del dormitorio que daba acceso a la escalera de incendios...

XI

Rainshaw había vuelto a desaparecer. Y sí, había pensado en la ventana y estaba examinándola. Y regresó, enfrentándose a Dan fuera del alcance de sus brazos, con los ojos duros como la piedra.

—¿Bien? —dijo.

—¿Bien, qué? —repuso Dan. Tenía que representar el papel de inocente con todas sus fuerzas; estaba aterrorizado y no se avergonzaba por ello. ¿Cómo podía evitar estarlo si se veía de súbito enfrentado a un hombre que podía instantáneamente trasladarse de un lugar a otro, e incluso, según su propia afirmación, llegar hasta las estrellas?

Vio como un ramalazo de turbación abrirse paso en las sospechas de Rainshaw. Lógico: un desconocido, un lego en el asunto debería evidentemente mostrarse más sorprendido por su demostración de teletransporte. Cuando menos la actitud de Dan probaba lo contrario.

Aprovechando la oportunidad, dijo Dan:

—¿Qué hay de malo? Iba a decirle que una tal señora Towler allí presente se puso histérica cuando se suspendió la demostración, eso es todo.

—¿Por qué?

—Ella creyó que iba a... ¡descubrirlo!... a irse también.

Y tuvo éxito. La expresión de recelo iba desapareciendo de los ojos de Rainshaw. Hay que aprovecharse del momento, se dijo Dan para sí, adoptando un aire de ofendido.

—¿Creyó usted que yo era un intruso... o algo por el estilo? ¡Maldición, vio con sus propios ojos que esa puerta está cerrada! ¿Y se imagina usted a alguien entrando o saliendo por la escalera de incendios en pleno día? ¡Por todos los cielos, tranquilícese!

—Lo siento —dijo Rainshaw, y sacudió la ceniza de su cigarrillo—. Lo que me preocupó por un momento fue lo que dijo acerca de la demostración de Neill.

—¿Qué? ¿Cuál fue la palabra empleada? ¿Se refiere usted a que la catalogara de interesante?

—Sí —Rainshaw se sentó despacio, su hostilidad se desvanecía, aunque quedaba latente. Siguió mirando con fijeza a Dan—. No puede nunca haber nada más en ese género de sesiones, incluso en una demostración de club. Y mucho menos en el Club Cósmica. Lo único que importan son las señales. Nada más que ellas.

El cerebro de Dan recapacitó rápido sobre aquello y se arriesgó a otro envite.

—Bueno, las señoras Towler del mundo no lo saben, ¿verdad? —dijo.

—¿Esa histérica que me mencionó? ¡Si realmente estaba a punto de «descubrirlo» lo habría sabido ya para entonces! —De nuevo en su voz apareció el tono de duda. Dan se maldijo por creerse demasiado listo.

Para arreglarlo en lo posible, dijo:

—Ah, pero ella sería uno de los individuos malos si «se fuera», si llegara a irse alguna vez.

La cabeza amenazaba empezar a darle vueltas con la ilusión de que estaba jugando a alguna clase de juego infantil, consistente en despropósitos y adivinanzas, en lugar de verse inmerso en un mortalmente serio duelo de palabras.

Sin embargo, la rápida improvisación parecía haberle ido salvado hasta entonces. Comenzó a relajarse.

Demasiado pronto.

Pero no había nada en este mundo que pudiera hacer. Porque allí estaba Watson, plantado detrás de la silla que ocupaba Rainshaw, habiendo aparecido más de súbito que si lo hubiera hecho en respuesta de un conjuro.

Transcurrió un largo segundo mientras Dan cavilaba acerca del medio seguido por Watson para resumir, la desaparición de Patrick... negando que fuese un hombre empedernido, y, sin embargo, utilizando tan cruel giro de la frase como epitafio por la desaparición de un hombre que tanto había sorprendido a Dan.

Bueno, estaba atrapado. Y es imposible huir de un hombre que

puede interponerse instantáneamente entre uno y el camino elegido para escapar. Pero, desesperado, quería intentarlo...

—¿Cómo entró usted aquí Cross? —dijo Watson, en tono tierno, pero con los entrecerrados ojos mirando amenazadores. Rainshaw se puso en pie.

—¿No es amigo tuyo? ¿No es uno de los nuestros?

—No —dijo lacónico Watson—. Es un americano que se finge novicio en el «vagaestrellaje» y que se me presentó hace un par o tres de días. —(¿Tan poco? ¡A Danle parecía una eternidad el tiempo pasado!)—. Pero debe ser algo más que eso. ¿Y bien... Cross?

Rainshaw parecía casi cómicamente abatido. Dijo:

—Hablé con excesiva libertad, Wally. Al encontrarlo aquí presumí, naturalmente, que...

—No lo pudiste evitar —Watson apartó a un lado las excusas. Parecía agitado y sus maneras eran bruscas. El teléfono empezó a sonar con insistencia; le lanzó una mirada y Dan vio como el aparato se alzaba y bajaba en su soporte, abriendo y cortando la comunicación.

«Oh, Dios. También puede mover cosas a distancia».

—¡Se lo advierto! —exclamó Watson, su paciencia excitada por el timbre del teléfono—. Quiero saber quién es usted... si peligroso o simplemente entrometido. Y de prisa. Le aseguro que puedo cogerle sin tocarle siquiera y mantenerlo colgado a treinta metros del suelo de la calle si es preciso y, como usted pesa, me puedo cansar en poco tiempo y dejarle caer a una muerte cierta. ¿Quiere que se lo demuestre?

Fue un instante dramático.

Rainshaw hizo una objeción en voz baja; Watson le dirigió una mirada fulgurante.

—Está bien —dijo tras una pausa, dirigiéndose a Dan—. Se lo voy a demostrar. Sintió una especie de sensación de arrebatamiento, no es que notara que alguien le cogía, sino que todo su cuerpo al unísono se movía, como lo que se siente en un ascensor ultrarápido, pero lateralmente.

Por reflejo, Dan resistió y durante un instante sólo vio negrura. ¿Negrura? No, sólo la falta de visión, originada por el parpadeo,

aunque duró no más que un abrir y cerrar de ojos, pero negrura de una intensidad como jamás pudo imaginar, turbadora negrura.

Le escocían los ojos. Sentía toda su piel como si acabaran de frotarla con papel de lija, o como si le hubieran azotado con correas de cuero mojado. En sus oídos notaba una terrible tensión y tuvo que exhalar el aire de sus pulmones como si le hubieran propinado un puñetazo en el vientre.

Los senos nasales le dolían como si estuvieran quemados, abrasados y a todo se añadía el escozor de sus ojos.

Pero había visto algo en la negrura, muy bruscamente revelado, como una foto fantásticamente superpuesta. Había visto una forma parecida a un enorme hombre configura de águila.

Todo sucedió tan rápidamente que no tuvo tiempo de verse confuso antes de volver a ver la luz y encontrar que no se estaba enfrentando a Watson y Rainshaw.

¡Se hallaba tras ellos, al otro lado de la habitación y los dos hombres estaban volviéndose uno a otro con expresiones de blanca sorpresa!

—¡Pero él puede...! —exclamó Rainshaw, y luego, al ver donde estaba Dan, giró en redondo para mirarle y cambió la frase comenzada, diciendo—: ¡Pero usted puede!

¡Y era verdad! ¡Dan Cross podía!

XII

En el petrificado momento de perplejidad, volvió a sonar el teléfono y su sonido fue como una puñalada sonora. Watson lo paró sin siquiera molestarse en mirarlo.

—Creo... —empezó a decir.

Y se interrumpió, llevándose las manos a la frente. Rainshaw, no menos sorprendido, dijo:

—¡Pero pienso que eso era imposible, porque juraría que fue la primera vez y nadie se «ha salido» por primera vez sin estar escuchando en el «vagaestrellas»!

Watson se echó hacia atrás y luego hacia adelante, en un balanceo instintivo.

—Me parece que este hombre es una excepción —dijo—. Una excepción en todo. Cross, Cross por compasión, díganos: «¿Quién diablos es usted?».

Dan se secó las lágrimas de sus torturados ojos. No comprendía. No sabía cómo se fue de donde estaba delante de Watson y llegó hasta allí, al otro lado de la estancia; no conocía el significado de la visión de oscuridad que había parecida amojonar su viaje. Y cuanto importaba ahora era que Watson y Rainshaw, en apariencia, sabían lo que representaba aquel descabellado evento.

Se estremeció mientras sentía el regusto amargo de un viento gélido y dijo con aire cansino:

—Soy un agente de la Agencia Especial de los Estados Unidos. Rainshaw emitió una risita falsa. Mirando a Watson de reojo, dijo —: Creo que hemos tenido suerte con eso. Es preferible él a una rata como el tal Ferrers del Frente Azul o cualquier otro de esos espías aficionados.

Watson no le hizo caso.

—¿Y es usted un adicto al «vagaestrellaje» o lo estaba utilizando tan sólo como un disfraz? —preguntó.

—El pasado viernes mi jefe me dio un «vagaestrellas». Jamás había ensayado antes un chisme de esos.

—Entonces lo único que puedo decir, es que usted ha establecido un record de velocidad de asimilación, lo que es perfectamente increíble. —Watson recuperaba su actitud—. ¿No puede ser una predisposición, Robin? Ferrers y la gente como él no lo conseguirán o si lo logran perderán el poco juicio que poseen; son cosas que no pueden ir juntas.

Rainshaw se mordió los labios. Ahora que su primera reacción de pánico había pasado, Dan se daba cuenta de que le miraban con curiosidad natural.

—¿Quieren ustedes, en nombre de Dios, decirme qué es todo esto? —saltó sin poderse contener.

Watson dudaba.

—¿Qué pasó cuando usted se trasladó de un sitio a otro hace escasos momentos? Dan se lo contó con brevedad.

—Perfecto —dijo Watson con aire satisfecho—. Nadie podía haber soñado en eso sin haberlo visto. Es una fantástica casualidad que usted pudiera ver uno de los fracasos...

—¿Fracasos?

Watson asintió.

—Quizás eso fuese el pobre diablo de Leon Patrick. Aunque hay que estudiar la cuestión... no, lo más probable es que fuera alguien de quien no sabemos nada, el que se fue cerca de aquí hace un ratito. Ahora vienen en grandes masas; parece ser como si la noticia de la desaparición de Patrick, fuese todo lo que hacía falta para que algunas personas doblasen el cabo de la incredulidad y se soltaran el pelo de pronto pareció cansado e hizo un gesto a Rainshaw.

—Mira, estoy en un estado infernal. Explícamelo todo; ¿quieres? Rainshaw, sin quitar los ojos de Dan, se humedeció los labios y asintió, sentándose en una silla próxima, dándose cuenta de su casi extenuación. Dan le imitó.

—Está bien —dijo Rainshaw—. Bueno, ahora mismo usted acaba de irse. Es decir, halló un punto particular entre aquí y el sol en el espacio vacío, en donde el potencial gravitatorio es equivalente al de esta habitación. Por suerte, o por subconsciente realización de lo

que había pasado, usted fue capaz de volver antes de sufrir algún daño irreparable. Pero veo que le lloran los ojos y que volvió usted jadeando como un pez fuera del agua y que sería saludable para usted acudir en seguida a una farmacia y tomarse una dosis fuerte de Radinox o de cualquier droga antirradiaciones de confianza. Y también una amplia gama de antibióticos, por si acaso usted pudiera tolerar alguna clase de bacterias mutantes. Pero aún le quedan dos o tres horas de margen de seguridad; de hecho, salió usted mejor librado que si hubiese efectuado el vuelo en una espacionave, porque los rayos cósmicos primarios le atravesaron; en cambio, de hallarse en una astronave, hubiera permanecido también bajo la acción de los rayos cósmicos secundarios, recibiendo en su cuerpo una gran cantidad de ellos... ¡Diablos, estoy divagando!

Dan permanecía sentado y como aturdido, esperando hallar algo de sentido común en lo que iba diciendo Rainshaw.

—Eso es lo que ocurre en los casos malos, como nosotros los llamamos. Una persona «se va» al punto de equivalencia por una razón excelente: es más fácil apuntar hacia allí que a otra parte de la superficie terrestre y tiene el atractivo, además, de ser un viaje espectacular. Apuntar con aproximación necesita bastante práctica; afuera no hay nada contra lo que chocar y la seguridad se produce automáticamente a partir del principio de la menor resistencia.

»Entonces, un caso malo se ve dominado por el pánico, o no llega a comprender qué le ha pasado y... muere. No se le puede ayudar. Desearía poder hacerlo. Un buen caso —como usted— se recupera, vuelve y por simples reflejos equilibrados reúne la energía necesaria. Piense por un momento y verá que alguien que se “vaya” en silencio habrá intercambiado su lugar por un equivalente volumen de aire. Usted lo hizo, con algo más de esfuerzo puesto que dio un largo rodeo. Pero apenas se produjo un susurro durante su viaje. ¡Es usted bueno... o lo será en cuanto haya practicado lo bastante!

—¡Pero no sé qué hice o cómo lo hice! —protestó Dan.

Watson le señaló y en su interior comenzó a encenderse una luz.

—Creo que ya lo tengo —dijo—. Si hay algo acerca de los miembros de la Agencia Especial que todo el mundo sabe... por la TV y las películas... es que poseen un código de asociación

personal, cada uno de estos códigos hecho a medida del agente. ¿Verdad?

—Sí, pero no veo...

—¿Y no es extraído hipnóticamente del subconsciente?

—Menos cuando se extrae por impulso propio. «Pero sigo sin comprender...».

—Eso tiene sentido —dijo Watson—. Un código así y el hecho de que su recuerdo esté circulando en su subconsciente, le libraría a usted de la peor de las tiranías, la del idioma, y cortocircuitaría el mayor obstáculo que encuentra la gente al tratar de comprender las señales del «vagaestrellas». El conocimiento humano se transmite con palabras..., etiquetas arbitrarias escogidas por otro que no es el que las utiliza. Incluso los neologismos se hacen con partes que podríamos llamar de recambio..., no originales verdaderamente. Pero un código de asociación personal se refiere a la experiencia real y recordada del usuario. Eso es recorrer la mitad del camino hacia la condición básica en la que pueden comprenderse las señales del «vagaestrellas». No hay etiquetas. Son cosas análogas.

—¿Entonces es por eso que la gente no puede comprenderlas inmediatamente? —preguntó Dan—. ¿Por qué puede una...? —Pensó en Lilith: «De manera que eso es lo que le pasó a ella; afortunada criatura que se fue en silencio y, por lo tanto, habrá sobrevivido presumiblemente». ¿Por qué puede una colegiala tener éxito y en cambio un adulto fracasar?

—Menores preconcepciones es la respuesta más breve y también una de las más seguras —replicó Watson—. En parte: la experiencia a las que corresponde es, en términos humanos y cotidianos, imposible; y en parte un hombre más, un «vagaestrellas», es como un pescador que intente capturar «solamente» una clase de peces en un océano que contiene miles de especies, todas hambrientas.

—El *Cocktail party factor* —dijo Dan.

—Así lo llamamos exactamente —repuso Watson con algo de respeto. Dan decidió no decir cómo sabía eso ya—. Si uno pierde el hilo correcto de la información, por falta de concentración o por ignorancia de las reglas, se vuelve loco o muere.

—¿Y en otro caso?

—No se logra extraer en absoluto ningún sentido de las señales;

uno puede vivir siempre atormentado por la sugerencia de significado, una pizca de sentido racional, que jamás logrará formular de modo adecuado. O se puede agarrar y mantener una fuerte y clara secuencia de señales lo bastante como para adquirir una precaria experiencia que le enseñe a uno cómo llevar a cabo la acción correspondiente.

Dan recordó la frase de Ángel: «Dígame lo que se siente yendo en bicicleta». Ángel probablemente lo lograría si ya había elaborado tan cercana analogía. De pasada se preguntó si ella vio lo que le había pasado a Robin, si estaba tratando de seguirle o si había renunciado dándolo todo por perdido.

—Las señales más claras y más fuertes —prosiguió drásticamente Watson—, presumiblemente vienen de mentes mucho más evolucionadas. Ahora, como Jerry Bartlett decía anoche, la evolución es un problema de mejoramiento del grado de control sobre el medio ambiente. El talento más común que se aprende primero de las señales del «vagaestrellas», es la teleportación y la telequinesis a ella asociada. Porque el control sobre el medio ambiente es también el control de la probabilidad. No «puedo» traducirle en palabras el mecanismo actual; no es posible de expresar así y por eso tiene uno que aprenderlo a través de un médium como el «vagaestrellas». Pero así son las cosas. Hay una pequeñísima probabilidad estadística de que una partícula pueda estar en otra parte que en la que se observa que está. Eso sólo se puede apreciar en una escala microcósmica... o podía apreciarse, hasta ahora.

»Tiene usted que dar por sentado que el control de la posición de uno, por un acto de voluntad, es el punto terminal de una secuencia continua que comienza con la manipulación de herramientas, la siembra de semillas en primavera para una cosecha en otoño y la preparación de planes para futuros acontecimientos. El que no sea posible verbalizarlo no importa. Utilizamos el fuego durante incontables generaciones antes que nadie formulara una teoría de la combustión y, de todas maneras, las primeras teorías fueron erróneas.

—¡Pero se necesita energía para trasladarse de un lugar a otro! —exclamó Dan—. ¡Y para ir a una «estrella»...!

Rainshaw se aclaró la garganta.

—Cometí ese desliz —dijo con tono de disculpa.

Watson se encogió de hombros.

—Error —dijo de manera sucinta—. Admita que la teleportación-telequinesis representa un alto punto de evolución, refiriendo «eso» como un progreso hacia el control del medioambiente e incluyendo control sobre los acontecimientos experimentados, y le mostraré dónde está usted equivocado.

»Imagínese un planeta tan liso como una bola de billar y totalmente sin atmósfera... ¿sí? Ahora imagínese un objeto —un satélite—, un milímetro por encima de la lisa y perfectamente igual superficie. ¡En órbita! ¿Hay alguna razón para decir que no debería seguir allí sin gastar energía? Me refiero a un espacio ideal. Olvídense de los otros cuerpos del universo.

—¡En órbita a un milímetro! Pero... sí, de acuerdo. —Dan frunció el ceño.

—En el punto A de su órbita hay la misma energía potencial en dicho, satélite que cuando llegue al punto B, ¿verdad? Pero que esté en órbita es puramente incidental. Me limito a darle una vívida ilustración de un hecho fácil de considerar. El regreso de un cuerpo a un antiguo estado de energía potencial no es esencialmente diferente de su continuación en el mismo estado. La energía está relacionada con el equilibrio, y eso es lo que importa. De aquí usted mismo fue hasta el punto equipotencial entre esta sala y el sol, y regresó y gastó la siguiente energía: «uno», la consumida por su proceso mental al formular el acto de voluntad, y «dos» la consumida debido a la diferencia de masas entre su cuerpo y el aire con que se cambió de lugar. Mientras haya inercia no se puede evitar eso. Pero puesto que usted se ha acostumbrado a mover..., ¿cuánto?... unos setenta y siete kilos, según su aspecto físico, cada vez que da un paso, ni siquiera medita en realizar acto tan habitual como el de caminar.

»Hay puntos en la superficie de los planetas a través del universo a los que uno puede ir... o podremos ir después de adquirir práctica y experiencia... tan fácilmente como cruzar este cuarto. Un animal no sabe cómo se convierte en su organismo el alimento en energía, pero no obstante corretea sin preocupaciones. Ya descubriremos más tarde el mecanismo de estos fenómenos; mientras, mejor será que nos ocupemos de realizarlos.

—La mayor parte de ello se deduce del continuo berghausiano —dijo Rainshaw con indolencia—. Actual instantaneidad, acción previa, separación sin distancia...

—¡Ya estaba llegando a eso! —dijo Dan con voz tajante—. ¡Es la demostración de Neill! ¡Lo buscaba a tientas cuando Patrick se fue y me vi interrumpido!

Watson asintió.

—Me lo imaginaba. Y probablemente descubrirá que esa área total de su memoria subconsciente, llena de su código de asociación memorizada, ha estado trabajando en las lógicas consecuencias. Todo el mundo sabe de esto..., los científicos, los pensadores creativos de cualquier clase. Es lo que vulgarmente se llama consultar con la almohada. ¿Cree que ahora podría usted... «salir»?

—No..., no estoy seguro. ¿No me amenazaba usted con suspenderme en el aire cuando me ocurrió? Si usted lo había ya comenzado quizás eso fue lo que lo hizo posible.

Dan se llevó las mano a la cabeza; allí se producía una especie de sensación rechinante, como la de un temblor de tierra creciendo en su cerebro, mientras que toda su perspectiva personal se crecía para acomodarse a los nuevos hechos. Uno podía marchar hasta las estrellas. Realmente había inteligencias extraterrestres. Había en verdad talentos sobrenaturales... no, naturales. Y, esto era cierto, el mundo era un lugar diferente. Las reacciones —suyas, íntimas—, las reacciones de Dan tenían que cambiar. Hace pocos minutos temía y odiaba a aquellos hombres. Ahora todo le parecía tan absurdo que quería olvidar sus anteriores sentimientos.

Era raro que aquel teléfono no volviese a sonar. ¿Por qué diablos se le ocurría pensar en aquello cuando había otras cincuenta preguntas quemándole la lengua? Dijo:

—Y usted... bueno, le vi cómo llegaba, así que supe que tenía usted el talento especial. ¿Por qué es un simple gerente de unos almacenes? ¿Por qué no...?

—Anoche tenía usted la respuesta —repuso Watson con una sonrisa—. Aunque no se dio cuenta de lo cierta que era. A través del Club Cósmica y de sus otras dieciséis sucursales, estoy en contacto con más de tres mil aficionados al «vagaestrellas», desde los serios experimentadores hasta los que buscan sensaciones infantiles. Los propios almacenes gozan de reputación internacional y comercian

también internacionalmente. ¡Es algo muy práctico!

—Comprendo. Creo que sí debe serlo. Y... —Algo de lo que había dicho Rainshaw cruzó por su mente— ¿las demostraciones y etcétera son sólo un modo de traer a la atención de la gente señales particularmente informativas?

—No, con exactitud. Son un modo de estudiar... no las señales, sino los auditorios. El zumbador de la puerta sonó. Watson miró a Rainshaw de reojo.

—¿Te veré más tarde? —dijo en voz muy baja. Rainshaw asintió y se desvaneció. Dan sintió que se le revolvía el estómago; le llevaría tiempo acostumbrarse y adoptar una actitud de indiferencia ante aquellos hechos sorprendentes.

—Creo —dijo Watson pensativo, poniéndose en pie—, que es un policía a quien conozco. En vistas de que usted trabaja con la Agencia Especial, me imagino que probablemente también le conocerá.

—¿Redvers? —preguntó Dan.

—Cierto. —Watson caminaba hacía la puerta. Dan vio con otro sobresalto que el traje rojo de Rainshaw había desaparecido de donde estaba mientras lo miraba—. Debería haber mencionado que... pero no tuve tiempo... debí mencionar que salí esta mañana con un propósito. Me parece que lo hemos logrado. Hemos tenido que ser salvajes; aunque desearía no haber tenido que serlo. Pero lo hemos hecho... con quizás un pequeño margen de seguridad, estaba hablando para sí más que a Dan, cuando abrió la puerta.

Retrocediendo, dijo:

—Hola Hugo. Entra.

XIII

Dos pensamientos se le ocurrieron a Dan mientras Redvers entraba... en apariencia sin nexo entre ellos, pero significativos en sus diversas maneras. Primero: «le había llamado Hugo y yo no sabía que se conocieran». Segundo: «Quizás siempre ocurre así, pero uno piensa que las decisiones cruciales han de tomarse en palacios y cámaras parlamentarias, no en El apartamento privado de un acomodado solterón».

Redvers miró a Watson con ojos encendidos y entró dando zancadas. Llevaba una cartera en la mano que dejó sobre el asiento de una silla. Miró también a Dan, pero no dijo nada.

Watson regresó tras cerrar la puerta.

—Bien, Wally, supongo que estarás satisfecho de ti mismo —dijo por último Redvers entono mortecino—. ¿Cómo lograste ponerle de nuestro lado?

—Yo no hice nada —contestó Watson—. El «se fue». Lo logro por sí mismo. Redvers se encogió de hombros y se sentó cansino.

—Bueno —dijo—. De todas maneras, ¿por qué diablos te lo pregunto? ¿No hemos conseguido mucho más? Setenta y dos horas en el exterior.

Y entonces su forzada apatía se derrumbó y su verdadera pasión impregnó su rostro y su voz.

—¡Jesús, Dios! —Casi gritó a Watson—. ¿Te das cuenta de lo que has hecho con esta «locura»? ¿Y sabes lo que él estuvo haciendo toda la mañana? —añadió, girando para encararse a Dan—. ¡Se lo diré! ¡El muy bastardo se ha estado divirtiendo a expensas de nuestras vidas, esfumándose y reapareciendo a los ojos de la gente! ¡Fleet Street! ¡Piccadilly! ¡Los estudios de televisión de Lime trove! ¡El Bull Ring en Birmingham! ¡Piccadilly en Manchester!

—Y la Quinta Avenida y en la Plaza Roja y en el bulevar de Mao-tse-Tung de Pequín y en otras pocos sitios más —dijo Watson tan calmado como si describiera un crucero de placer alrededor del mundo—. Pero no iba solo, claro. Éramos unos cincuenta de los nuestros trabajando juntos. Yo solo no podría haberlo hecho, Hugo. No, con el tiempo de que disponía. Si tratara de ir directamente de aquí a la calle me estrellaría como si saltara desde esta altura; el otro camino es tan agotador como subir corriendo las escaleras cargado hasta los topes.

Con el rostro arrugado por el incrédulo desaliento, Redvers dijo:

—Estás perdiendo el juicio. Lo que has hecho parece divertirse. Supongo que ahora que has conseguido poderes casi divinos piensas que puedes sacudirte de nosotros, los ordinarios mortales, como un hambre que aplastara a patadas a un reguero de hormigas sólo para ver cómo algunas de ellas huían presas del pánico. ¡Usted, Cross! —Dirigió su mirada al americano—. ¿Qué opina que serán los resultados?

Dan se puso en pie despacio, tan abrumado que apenas le salieron las palabras.

—¡«Es» una locura! Porque... bueno, eso debe haber sido calculado para volver loca a la gente de miedo. Se burla de las fronteras internacionales, de toda clase de seguridad, secreto e incluso de la intimidad personal. ¿Dijo usted en setenta y dos horas? ¡Dudo que tengamos más de doce! Al principio no será creído; luego la gente empezará a preguntarse si es posible que sea cierto, porque en caso de que lo sea y el otro bando tenga el poder puede ser demasiado tarde para entrar en acción... ¡y entrarán en acción impulsados por el pánico ciego!

Miró acusador a Watson.

—¿Acaso está usted deliberadamente lanzando al mundo a una estampida hacia la guerra?

Watson tomó un cigarrillo de una tabaquera de la mesa próxima a él, pero no lo encendió. Lo sostuvo pensativo entre el índice y el pulgar, mirándolo. Al cabo de un rato dijo:

—Esa es la idea general, claro.

—Usted está loco —dijo Dan, con la boca seca—. ¿Sabe que en este momento hay un potencial nuclear equivalente a...?

—A ciento sesenta toneladas de TNT por cada habitante de la

Tierra —anunció Watson con tono de aburrimiento—. Hace diez años era sólo de ochenta toneladas por barba. Sí, sí. Y hay bastantes bacterias tóxicas para matar tres veces a cada hijo de vecino. Y armas químicas en cantidad suficiente para hacer cuatro veces el mismo trabajo. Leo los periódicos.

—¡Cross, santo cielo! —exclamó Redvers—. ¿No se puede hacer nada para detener lo que este maníaco ha iniciado?

En las entrañas de Dan había ahora un extraño sentimiento de vacío. Tuvo que sacudirla cabeza.

Y, sin embargo, Watson permanecía sereno, jugueteando con el cigarrillo aún sin encender.

—¿De manera, Hugo, que no has entendido lo que pensaste haber sacado del «vagaestrellas»... lo que es la suma de todo? —preguntó.

—Redvers apretó las palmas de sus manos contra sus sienes, como si quisiera hacerse daño y convencerse de que cuanto ocurría era realidad.

—¿Qué es eso? —inquirió Dan.

—Extraído del «vagaestrellas» —dijo Redvers con voz sofocada—. Una tontería condenadamente loca. Fui un estúpido. Usted fue cuanto logré sacar de un «vagaestrellas», Cross... ¿lo sabe? No fui tan listo como para esperar a un miembro de la Agencia Especial cuando bajó de su avión. Previamente sabía de usted, o sabía por el «vagaestrellas» que solía tener. Grey, ¿se acuerda de él?, lo puso en el camino en que debiera haber estado yo. Yo poseía un pedazo de noticias comprensibles que me decían que un gran cruzado vendría del oeste y traería la respuesta al problema. Cuando vimos su nombre en la lista de pasajeros del avión, investigamos. Entonces conseguimos averiguar quién era usted por otros medios.

Se dio con el puño en la palma de la mano.

—Por un tiempo pensé que la Agencia Especial era la respuesta. Sólo que usted vino con un maldito retraso. Este estúpido lunático ha hecho lo que se proponía hacer y el mundo entero va a ser reducido a fragmentos y nosotros con él.

Dan pensó en los emplazamientos de proyectiles dirigidos amenazando el planeta como la perspectiva de un inminente desastre; de submarinos patrullando con más proyectiles todavía; con todo el material orbital de los satélites espías... Interiormente

se sintió agradecido de que mucho tiempo atrás hubieran declarado la Antártida territorio neutral; aparte del Polo Sur no había ningún sitio en este pequeño planeta donde lanzar un cohete de cabeza nuclear para colocarlo en órbita, porque tales cohetes no podían dispararse con garantías de seguridad en las proximidades habitadas, y sólo eso aseguraba que no hubieran bombas orbitando por encima de las cabezas.

Pero, de todas maneras, ¿qué importaba eso? Había margen en abundancia con qué jugar.

Y, sin embargo, una débil comezón de duda persistía en el fondo de su cerebro. Pensando captar una pista, miró a Watson. No... un maniaco seguramente podría parecer tranquilo, pero ¿era posible que se mostrara tan sardónicamente divertido? Y si Redvers había dicho la verdad...

Watson, manteniendo el cigarrillo ante él con el codo apoyado en el costado de su silla, dijo meditativo.

—Sí no hubieras perdido el valor, Hugo, y te hubieras predispuesto contra el «vagaestrellaje», no estarías tan abatido ahora. Ya me imaginé, por lo que dijiste, que este hombre, Cross, probablemente tendría la respuesta. Reconozco que no vi lo que era hasta hace un ratito, cuando hizo algo bastante espectacular y sin precedentes y luego me dijo quién es. ¿Lo ha sacado ya, Cross? ¿O se ve atascado en el mismo sitio que Hugo, en un piélago de inútil desesperación?

Un chispazo inexpresable en palabras de esperanza llameó en la mente de Dan. Pero no pudo decidirse a hablar.

—¡Mirad! —dijo Watson en tono comanditario extendiendo el cigarrillo cuanto le permitió la longitud de su brazo.

Desapareció.

—En el universo hay prácticamente infinito número de puntos —dijo Watson con aire didáctico—, en donde el potencial gravitatorio corresponde al de un punto dado. No hay positivamente nada más fácil que distribuir las partículas constitutivas de un objeto pequeño entre un cierto número de esos puntos. Comparado con enviar el objeto a un destino particular eso literalmente no tiene la menor dificultad.

—Un objeto pequeño —dijo Dan—. ¿Pero y una de gran masa?

—Exacto. —Watson sonrió. No, no era un maniaco. Era un

hombre con tantísimo sentido común que automáticamente se le creía. Dan le devolvió la sonrisa sin poderlo evitar.

—¿De qué diablos se ríe como si fuera un mono de repetición? —exclamó Redvers al borde de la histeria.

—¿No vio cómo desaparecía el cigarrillo? —dijo escueto Dan—. Adelante, Watson. Dígalo todo.

—Primero dígame usted a mí una cosa —respondió Watson—. He estado presumiendo que si alguien sabe dónde está todo ello es la Agencia Especial. ¿Correcto?

—Puedo decirle, con error de un kilómetro o dos, cuál es el emplazamiento de cada base de lanzamiento de cohetes dirigidos y el lugar en donde existe una concentración militar de más de un millar de hombres. Mi información es correcta con respecto a ocho días atrás, cuando la repasé por última vez. Ustedes, claro, no se supone que sepan lo que yo sé; la Agencia Especial tiene más Información que cualquier otra organización nacional. Es preciso.

—El problema serán los submarinos —sugirió Watson.

—Sí..., pero necesitan recibir órdenes de alguna parte. Creo que la jugarreta a utilizar sería la de poner fuera de servicio los transmisores de las distintas bases; también las conozco todas. Son de especial importancia porque algunos submarinos portan treinta cohetes y podrían por sí solos barrer Europa —la mente de Dan volaba—. ¡Va a ser condenadamente difícil!

—¿Y qué se esperaba usted? —dijo Watson con súbita vehemencia—. ¡Hemos estado trabajando en este asunto por más de una generación... tiempo más que suficiente para que fuera «imposible» salvar el mundo! ¿Se acuerda de lo que yo decía cuando fui a abrirle la puerta a Hugo? Dije que creía que apenas tuvimos un margen de seguridad para conseguirlo.

—¿Cuántos son... ustedes? —dijo Dan. A punto estuvo de decir «nosotros».

—Oh, par lo menos trescientos, y más que llegan, a cada instante. —Watson soltó una risita—. Nuestros mejores reclutas vienen de los proyectos gubernamentales tanto del Este como de Occidente... es lo primero que uno saca del «vagaestrellas», antes aún que la información concreta. El conocimiento de que hay un universo, lleno de quién sabe cuántas otras muchas formas de vida inteligentes. Este mundo nuestro es un pequeño guijarro y

demasiado reducido para contener estrechas fidelidades locales.

Dan soltó una súbita carcajada, sintiéndose realmente divertido.

—Lee pregunto cómo van a reaccionar —dijo. Ya estaba pensando en términos de ellos y «nosotros». Y, sin embargo—, eso era erróneo. No ahora, sino siempre. Por eso los hombres crearon organizaciones como la Agencia Especial... para combatir los misteriosos «ellos», siempre alguien más en alguna otra parte, que hacía cosas crueles, estúpidas y peligrosas.

Watson se volvió a Redvers.

—¿Sigues estando con nosotros? —preguntó. Con el rostro enterrado entre sus manos, Redvers sacudió la cabeza—. ¡Oh, por...! —exclamó Watson—. ¡Escucha, Hugo! ¿No se te ha ocurrido pensar que ese fue el primer propósito útil al que juzgamos oportuno aplicar nuestros nuevos talentos? ¡Hemos estado trabajando en ello durante meses! Estoy ya seguro de que no va a haber guerra —por lo menos una guerra nuclear— porque todo el día de hoy, desde que la noticia de la desaparición de Patrick nos dio la certeza de que habría una crisis, hemos estado practicando ese truquito que te mostré con el cigarrillo. Sólo que escamotearnos los núcleos de plutonio de las bombas H y las toxinas botulínicas y las bacterias militares y objetos pequeños pero cruciales, como los interruptores de control remoto que activaban los circuitos de disparo de los cohetes dirigidos. Trescientas personas realmente decididas con valor, esta clase de valor e inteligencia muy por encima de la media, pueden hacer mucho trabajo en breve tiempo.

Se volvió a Dan y le hizo un gesto.

—Vamos —dijo—. Quiero revisarlo todo por si nos hemos pasado por alto algún punto de verdadera importancia. Probablemente, así nos habrá ocurrido, por lo que tendremos que darnos prisa.

La segunda vez Dan halló que era increíblemente fácil desaparecer, esfumarse, trasladarse de lugar.

Y, claro eventualmente después estarían las estrellas a su alcance, quizás esperándole...

FIN

LA CIUDAD DE LOS SERES PERDIDOS

LEIGHT BRACKETT

Capítulo 1

El navío se movía lentamente por el Mar Rojo, a través de desgarrados velos de niebla, su vela apenas llena por el lánguido impulso del viento. Su casco, de un metal delgado y ligero, flotaba insonoro, mientras la proa cortaba el agua del extraño océano, con silentes estelas de llama.

La noche se profundizaba hacia el navío, un río de índigo saliendo del oeste. El hombre conocido como Stark, estaba plantado junto a la barandilla anterior contemplando el anochecer. Estaba impaciente y con una creciente sensación de peligro, de modo que le parecía, incluso, que el cálido viento presagiaba peligros.

El timonel estaba perezosamente reclinado sobre la barra. Era un hombre grande, con piel y cabello color leche. No habló, pero Stark sentía una y otra vez sus ojos vueltos hacia él, pálidos y calculadores bajo los entrecerrados párpados, con una secreta avaricia.

El capitán y los otros dos miembros del pequeño navío de cabotaje estaban cenando. Una o dos veces Stark oyó el estallido de una risa, medio en susurros y furtiva. Era como si los cuatro compartiesen en la intimidad un chiste del que él se veía rígidamente excluido.

El calor era opresivo. El sudor mojaba el oscuro rostro de Stark. Tenía la camisa pegada en la espalda. El aire iba cargado de humedad, impregnado de la lodosa fecundidad de la tierra que descendía hacia el oeste detrás de la niebla infinita.

Había algo ominoso en el mar. Incluso en su propio mundo, el Mar Rojo es algo más que leyenda. Yace entre las Montañas de la Nube Blanca, la gran barrera que oculta la mitad del planeta. Pocos hombres habían cruzado aquella cordillera internándose en el vasto

misterio del Venus Interior. Menos aún habían vuelto.

Stark era uno de aquellos pocos. Tres veces había cruzado las montañas, permaneciendo una vez casi un año. Pero jamás logró acostumbrarse al Mar Rojo.

No era agua. Era algo gaseoso, lo bastante denso, como para que flotaran los cascos boyantes de metal de los navíos y ardía perpetuamente en sus profundos fuegos internos. Las nieblas acumuladas estaban manchadas de un resplandor sanguíneo. Por debajo de la superficie, Stark podía ver las llamaradas, donde perezosas corrientes progresaban y los pequeños rizos de las chispas que subían y se extendían, se fundían con otras chispas, de manera que el aspecto del mar era como un cosmos de estrellas carmesí.

Era hermoso, brillando contra la azul y luminosa oscuridad de la noche. Hermoso y extraño.

Se oyó un pisar de pies desnudos y el capitán Malthor, se acercó a Stark, silueteado débil y fantasmal contra el resplandor.

—Llegaremos a Shuruun —dijo—, antes de que se acabe el segundo vaso.

Stark asintió.

—Bien.

El viaje había parecido interminable y el estrecho confinamiento de la angosta cubierta le había sobresaltado los nervios.

—Le gustará Shuruun —dijo el capitán con jovialidad—. Nuestro vino, nuestra comida, nuestras mujeres..., todo soberbio. No tenemos muchos visitantes. Estamos bastante solos, como ya verá. Pero los que vienen...

Rió y dio una palma a Stark en el hombro.

—Ah, sí. ¡Será feliz usted en Shuruun!

Le pareció a Stark captar el eco de una risa de la invisible tripulación, como si escuchasen y percibieran una broma oculta en las palabras de Malthor.

—Estupendo —dijo Stark.

—Quizás —dijo Malthor— le guste alojarse conmigo. Le puedo hacer un buen precio.

Ya le había hecho a Stark un buen precio por el pasaje desde la costa. Un precio exorbitantemente bueno.

—No -repuso Stark.

—No tenga miedo —dijo el Venusiano, con tono confidencial—,

los forasteros que estuvieron en Shuruun tienen el mismo motivo todos. Es un buen sitio para esconderse. Allí estamos fuera del alcance de cualquiera.

Se detuvo, pero Stark no mordió el cebo. Al poco soltó una risita y prosiguió:

—De hecho, es un sitio tan seguro que la mayor parte de los forasteros deciden quedarse. Ahora, en mi casa, podría darle...

—No —volvió a repetir Stark con llaneza.

El capitán se encogió de hombros.

—Muy bien. Piénseselo de todos modos —miró adelante, hacia las rojas y rizosas nieblas—. ¡Ah! ¿Ve allí? —señaló y Stark descubrió la silueta sombría de los acantilados—. Nos dirigimos derechos hacia allá.

Malthor dio media vuelta y tomó la barra del timón. El timonel se adelantó para reunirse con los demás, mientras el navío comenzaba a cobrar velocidad. Stark vio que acababa de verse apesado por la corriente que le arrastraba hacia los acantilados... Un río de fuego que marchaba con mayor rapidez aún en las profundidades del mar.

La pared oscura pareció saltar hacia ellos. Al principio Stark no pudo ver ningún paso. Luego, de pronto, una franja estrecha carmesí surgió, se ensanchó y se convirtió en una abertura de llamas hirvientes, alzándose silenciosamente entre las rocas rasgadas. La niebla roja subía como humo. El navío vibró, saltó hacia adelante y perforó como alocadamente el corazón del infierno.

A su pesar, las manos de Stark se crisparon sobre la barandilla. Rasgados velos de niebla giraron pasando junto a ellos. El mar, el aire, el propio navío, parecían tintados en sangre. No había sonido, en todo el salvaje correr de la corriente a través del pasaje. Sólo los hoscoscos fuegos que surgían y manaban.

El resplandor reflejado, mostró a Stark que los pasajes de Shuruun estaban defendidos. Planas fortalezas bordeaban la parte superior de los acantilados. Habían allí ballestas y grandes cabrestantes para extender y retirar redes que bloqueasen la estrecha garganta. Los hombres de Shuruun podían imponer su ley, que impedía el paso por la garganta a todo navío extranjero.

Tenían razón para tal ley y tal defensa. El comercio legal de

Shuruun, tal como era, se reducía al vino y a los encajes delicados hechos con sedas de araña. Actualmente, sin embargo, la ciudad vivía en medio de la piratería, las artes de la estafa, y un comercio de contrabando basado en el jugo destilado de la adormidera «vela».

Mirando las rocas y las fortalezas, Stark pudo comprender cómo era que Shuruun había sido capaz, desde infinitos siglos, de sacrificar, de hacer víctimas de su codicia a los navegantes del Mar Rojo, y ofrecer un refugio a los proscritos, a los truhanes, a los que rompían el tabú.

Con asombrosa brusquedad, atravesaron la garganta, navegando sobre la tranquila superficie de aquel completo y cerrado brazo del Mar Rojo.

A causa de unos jirones de niebla, Stark no podía ver nada de la tierra, pero percibía unas cálidas emanaciones de suelo pantanoso, y el aroma pesado y podrido de una vegetación semipantanosa. Una vez, a través de un jirón de vapor, pensó percibir la baja sombra de una isla, pero desapareció casi de inmediato.

Después de la terrible corriente del estrecho, le pareció a Stark que el navío apenas se movía. Su impaciencia y el sentido sutil de peligro aumentaron. Comenzó a pasear por la cubierta; con los nerviosos y aterciopelados movimientos de un gato al acecho. La humedad del aire vaporoso era casi irrespirable después de la limpia claridad de Marte, de donde recientemente había venido. Todo estaba opresivamente quieto.

De pronto se detuvo, alzando la cabeza hacia atrás y escuchando.

El sonido era acunado débilmente por el suave viento. Venía de todas partes y de ninguna, una cosa vaga, diminuta, sin dirección. Casi le parecía que la propia noche había hablado... la cálida noche azul de Venus, llorando desde las nieblas con un acento de infinita pesadumbre.

El sonido se desvaneció y murió a lo lejos, siendo apenas audible y dejando tras de sí un sentido de dolorosa tristeza, como si toda la miseria y añoranza de un mundo hubiesen encontrado voz en aquella desolación.

Stark se estremeció. Al cabo de un tiempo oyó de nuevo el sonido; ahora con una nota más profunda, si bien débil y distante.

Era mantenido con más persistencia por las oscilaciones del pesado aire y se convertía en un canto que subía y bajaba. No habían palabras. No era la clase de cosa que hubiera necesitado palabras. Luego volvió a extinguirse.

Stark se enfrentó con Malthor.

—¿Qué era eso?

El hombre le miró con curiosidad. Parecía no haberlo oído.

—Oh, eso —el venusiano se encogía de hombros—. Una ilusión del viento. Suspira en las concavidades rocosas del estrecho.

Bostezó, volviendo a ceder el sitio al timonel y tornó a plantarse junto a Stark. El terrestre le ignoró. Por algún motivo, aquel sonido apenas escuchado a través de las nieblas, había convertido su intranquilidad en una cosa aguda y punzante.

La civilización acarició a Stark con mano ligera. Criado desde la infancia por aborígenes semihumanos, sus percepciones eran como las de un salvaje. Su oído muy bueno.

Malthor mentía. Aquel grito de pena no era producido por ningún viento.

—He conocido a varios terrestres —dijo Malthor, cambiando de conversación—, pero no con mucha frecuencia. Ninguno de ellos era parecido a usted.

La intuición avisó a Stark.

—No vengo de la Tierra —dijo—. Vengo de Mercurio.

Malthor se quedó algo turbado. Venus es un mundo nuboso, donde ningún hombre ha visto jamás el sol brillar como una estrella. El capitán había oído hablar vagamente de esas cosas. La Tierra y Marte los conocía de oídas, pero Mercurio era para él un mundo desconocido.

Stark se explicó:

—Es el planeta más próximo al sol. Hace mucha calor allí y el sol quema como una enorme hoguera, sin nubes que protejan de tanto calor.

—Ah. Por eso tiene una piel tan morena —extendió su propio antebrazo pálido cerca del de Stark y sacudió la cabeza—. Jamás vi una piel así —dijo con admiración—. Ni músculos tan grandes.

Alzando la vista prosiguió en un tono de completa amistad:

—Me gustaría que se alojase conmigo. No encontrará mejor pensión en Shuruun y le aviso de que hay gente en la ciudad que

quiere aprovecharse de los extranjeros..., robarles, incluso matarles. Ahora, se me conoce a mí como un hombre de honor y usted podría dormir tranquilo en mi casa.

Se detuvo, añadiendo con una sonrisa:

También tengo una hija. Excelente cocinera... y muy guapa.

El tristón canturreo volvió a sonar de nuevo, débil y distante en el viento, un eco de aviso contra algún destino inimaginable.

Stark dijo por tercera vez:

—No.

No necesitaba que la intuición le dijese que se apartara del capitán. El hombre era un bribón no muy disimulado.

—Es usted muy tozudo. Se dará cuenta de que Shuruun no es lugar para la tozudez.

Dio media vuelta y se fue. Stark se acordó de donde estaba. El navío seguía adelante a través de una lenta eternidad de tiempo. Debajo de aquel largo y tranquilo golfo del Mar Rojo, a través del calor y de la niebla que se retorció, el fantasmal canturreo le tenía hechizado, como los penetrantes sonidos de almas perdidas en algún infierno olvidado.

Al poco el curso del navío se alteró y Malthor volvió a aparecer en la cubierta anterior dando unas pocas y tranquilas órdenes. Stark vio tierra cercana, una mancha oscura en la noche y la silueta desgarrada de una ciudad.

Luces se encendían en los muelles y en las calles y los edificios bajos captaban un brusco resplandor del quemante mar. Vio una ciudad achaparrada y fea, Shuruun, agazapada como una bruja detrás la rocosa playa con sus faldas desgarradas manchadas en sangre.

El navío navegó hacia los muelles.

Stark percibió el susurro de un movimiento tras él, los pasos acariciantes y decididos de unos pies desnudos. Se volvió, con la asombrosa rapidez de un animal que se siente amenazado y su mano voló hacia su arma.

Una camilla de amarre, arrojada por el timonel, le golpeó en un lado de la cabeza con fuerza extrema. Retrocediendo, medio cegado, vio las formas distorsionadas de los hombres cerrándose sobre él. La voz de Malthor sonaba baja y dura. Una segunda camilla zumbó por los aires y chocó contra los hombros de Stark.

Manos se posaron en él. Cuerpos, pesados y fuertes, le derrumbaron y Malthor reía.

Los dientes de Stark relucieron desnudos y blancos. La mejilla de alguien pasó cerca y él hundió los incisivos en la carne. Empezó a gruñir con un sonido que no parecía salir de una garganta humana, ante los asombrados venusianos, que les parecía que el hombre que acababan de atacar, por arte de brujería se había convertido en una bestia al primer contacto con la violencia.

El hombre de la mejilla mordida gritó. Hubo un agitarse sin voces en la cubierta, una terrible intensidad de movimientos y luego el gran cuerpo oscuro se alzó y sacudió, librándose de los que le apresaban y desapareciendo por encima de la barandilla, dejando a Malthor con nada más que con un puñado de harapos de seda en la mano, restos de una camisa.

La superficie del Mar Rojo se cerró sin una salpicadura sobre Stark. Se produjo una multitud de chispas carmesí, un rastro momentáneo de llama bajando como una cometa, ahogado, y luego...

Capítulo 2

Stark cayó despacio hacia abajo a través de un mundo extraño. No había dificultad en respirar en aquella especie de mar de fuego. Los gases del Mar Rojo mantenían la vida perfectamente bien y las criaturas que vivían en sus falsas aguas poseían pulmones casi normales.

No prestó mucha atención al principio, excepto para mantener automáticamente su equilibrio. Aún estaba turbado por el golpe y temblaba de cólera y horror.

Lo primitivo en él, cuyo nombre no era el de Stark sino N'Chaka, y que había luchado y había padecido hambre y cazado, en las áreas calcinantes del Cinturón Crepuscular de Mercurio, aprendiendo lecciones que jamás olvidó, deseaba regresar y matar a Malthor y a sus hombres. Lamentó no haber desgarrado sus gargantas, para que así no le pudieran jamás seguir su rastro.

Pero el hombre Stark, que aprendió lecciones más amargas en nombre de la civilización, se daba cuenta de la improcedencia de eso. Gruñó al sentir el dolor de su cabeza y maldijo a los venusianos en has, el crudo dialecto que era su lengua natal. Pero ya habría tiempo para Malthor.

Le sorprendió darse cuenta de que el golfo era muy profundo.

Reprimiendo su rabia, comenzó a nadar en dirección a la playa. No se veía rastro de persecución y pensó que Malthor había decidido dejarle huir. Estaba turbado acerca de la razón del ataque. No podía ser el robo, puesto que no llevaba nada excepto las ropas puestas y muy poco dinero.

No. Debía haber alguna razón más profunda. Una razón relacionada con la insistencia de Malthor en que se alojase en su

casa. Stark sonrió. No era una sonrisa placentera, pues pensaba en Shuruun y en las cosas que los hombres decían de la ciudad en torno a las playas del Mar Rojo.

Entonces su rostro se endureció. Los diminutos rizosos fuegos a través de los que nadaba, le trajeron recuerdos de otros tiempos en que ya se había aventurado en las profundidades del Mar Rojo.

Entonces no había estado solo. Helvi iba con él..., el hijo alto de un reyezuelo bárbaro, respaldado en la costa por Yarell. Habían cazado estas bellas bestias a través de bosques de cristal del fondo del mar y se habían bañado en los pozos de llamas que salían del mismísimo corazón de Venus para alimentar al océano. Habían sido hermanos.

Ahora Helvi se había ido, dentro de Shuruun. No había vuelto jamás.

Stark siguió nadando, y al poco, vio bajo él, en el rojo resplandor, algo que le hizo hundirse más, frunciendo el ceño de sorpresa.

Eran árboles. Un gran bosque gigantesco subiendo a un firmamento fantasmal, con sus ramas oscilando gentiles ante el débil impulso de las corrientes.

Stark estaba turbado. Los bosques en donde él y Helvi cazaron eran verdaderamente cristalinos, sin el más leve asomo de la vida.

Pero éstos eran reales, o lo habían sido. Al principio pensó que todavía vivían, porque tenían hojas verdes y de vez en cuando retazos estrellados de grandes yemas doradas y púrpuras y de un blanco cerúleo. Pero cuando flotó hacia abajo, lo bastante cerca para tocarlos, se dio cuenta de que estaban muertos..., árboles, flores, capullos, todo.

No estaban momificados, no se habían convertido en piedra. Se plegaban y sus colores eran muy brillante. Simplemente, habían dejado de vivir y los gases del mar habían impedido por alguna magia química que se marchitasen, que cayesen. De manera tan perfecta se conservaban que apenas les había caído una hoja.

Stark no se aventuró en la densa profundidad inferior a las ramas superiores. Le sobrecogió un miedo extraño, a la vista del vasto bosque durmiendo en las profundidades del golfo, apagado y olvidado. Casi se preguntaba porqué se habían ido los pájaros imaginarios, llevándose las cálidas lluvias y la luz del día.

Se lanzó hacia arriba como un enorme pájaro oscuro remontando las ramas. Un sobrecogedor impulso de alejarse de aquel lugar irreal le impulsaba. Su razón semisalvaje se estremecía, con la impresión de algo tan grande que necesitaba de todo su sentido común para convencerse que no le perseguían los demonios.

Por último, llegó a la superficie, dándose cuenta de que había perdido su dirección en las profundidades rojas y había descripto un largo círculo, de manera que ahora se encontraba más lejos de Shuruun. Retrocedió sin prisas y al poco tiempo trepó por las negras rocas.

Permaneció en el extremo de un campo fangoso que se extendía hacia la ciudad y siguió el camino también enfangado, marchando a paso moderado, pero con una sensación de estar alerta.

Unas cabañas tomaron forma entre la niebla, creciendo en número hasta formar una especie de calle. De trecho en trecho relámpagos de luz atravesaban las contraventanas. Un hombre y una mujer estaban abrazados muy juntos en el umbral de una casa. Cuando le vieron se separaron y la mujer emitió un grito. Stark prosiguió sin volverse a mirar, pero sabía que le seguían silenciosamente a poca distancia.

El camino se retorció como una serpiente trepando a través de un apiñamiento de casas. Había allá más luces y más gente; personas de piel blanca, altas, habitantes de los bordes del pantano, con ojos pálidos y largo cabello color cera virgen y rostro de lobo.

Stark pasó entre ellos, extraño y desconocido, con su cabello negro y su piel tostada. No hablaron ni trataron de detenerle. Sólo le miraron por entre la niebla roja, con una mezcla curiosa de diversión y de miedo, y algunos le siguieron manteniéndose bien atrás. Una pandilla de niños pequeños, desnudos, salió de alguna parte de entre las casas y corrió gritando a su lado, fuera del alcance, hasta que uno le arrojó una piedra y gritó algo ininteligible, excepto por una palabra: «Lhari». Entonces todos se detuvieron, horrorizados y echaron a correr, huyendo.

Stark prosiguió, a través de un barrio de fabricantes de encajes, encaminándose por instinto hacia los muelles. El resplandor del Mar Rojo persistía en todo el aire, de modo que parecía como si la niebla estuviese repleta de diminutas gotas de sangre. El lugar olía como una miasma de lodo y de cuerpos apiñados, de vino y del aliento

del «vela» de adormidera. Shuruun era una ciudad sucia y olía a diablos.

También había otra cosa en ella, una cosa sutil que conmovía los nervios de Stark con un escalofrío. Miedo. Pudo ver su sombra en los ojos del pueblo, oírlo en el tono bajo de sus voces. Los lobos de Shuruun no se sentían a salvo en su propio cubil. Inconscientemente, mientras aquel sentimiento crecía en su interior, el paso de Stark se hizo más y más cansino y sus ojos más fríos y duros.

Salió a una amplia plaza junto a la parte delantera de la bahía. Pudo ver los navíos fantasmales amarrados a lo largo de los muelles. Los cajones de vino amontonados. El bosque de mástiles y cordajes medio borrosos contra el fondo del golfo ardiente. Había muchas lámparas allí. Grandes edificios bajos se alzaban en torno a la plaza, oyéndose risas y voces que provenían de oscuras galerías y, en alguna parte, una mujer cantaba con el acompañamiento melancólico de un ignorado instrumento.

Un resplandor sofocado de luz lejana captó la atención de Stark. El modo en que las calles trepaban hasta un terreno más alto hizo que se esforzase su visión contra la niebla, hasta descubrir burdamente el alto edificio de un castillo agazapado en los bajos acantilados, mirando con ojos brillantes a la noche y las calles de Shuruun.

Stark dudó breves instantes. Luego cruzó la plaza hacia la mayor de las tabernas.

Había una cantidad de personas en el espacio abierto, en su mayoría marineros con sus mujeres. Se les veía descompuestos y enloquecidos por el vino, pero aun así, se dieron cuenta del paso del moreno desconocido, separándose de él sin apartarle los ojos.

Los que seguían a Stark llegaron a la plaza tras él y se detuvieron, extendiéndose en una especie de despliegue sin rumbo para unirse con otros grupos, susurrando entre sí.

Un curioso silencio se aplastó contra la plaza. Un silbido nervioso corrió y rodeó dicho silencio y los hombres salieron lentamente de las galerías y de las puertas de las casas de vinos. De pronto, una mujer con el pelo despeinado, señaló con el brazo a Stark y se echó a reír. Era la risa discordante de una harpía.

Stark, encontró su camino cerrado por tres jóvenes altos, de

boca dura y ojos aviesos, que le sonrieron como los mastines sonríen antes de matar.

—Forastero —dijeron—. Terrestre.

—Proscripto —respondió Stark y era sólo una verdad a medias.

Uno de los hombres dio un paso hacia adelante.

—¿Volaste como un dragón por encima de las Montañas de la Nube Blanca? ¿Has caído del cielo?

—Vine en el barco de Malthor.

Una especie de suspiro recorrió la plaza acompañado del nombre de Malthor. Los ansiosos rostros de los jóvenes se hicieron pesados de desencanto. Pero el jefe dijo con viveza:

—Yo estaba en el muelle cuando amarró Malthor y tú no estabas a bordo.

Le tocó a Stark el turno de sonreír. A la luz de las lámparas, sus ojos destellaron fríos y brillantes como el hielo bajo los rayos del sol.

—Pregunta a Malthor el motivo —dijo—. Pregunta al hombre de la mejilla desgarrada. O quizás, quizás queréis aprenderlo vosotros mismos.

Los hombres le miraron, ceñudos, con una rara indecisión. Stark se plantó firme, con los músculos en tensión y dispuesto. La mujer que había reído a carcajadas, se acercó y miró a Stark a través de su alborotado cabello, respirando con dificultad a causa del vino de la dormidera.

En seguida ella dijo en voz alta:

—Salió del mar. De ahí, vino. Es...

Uno de los jóvenes la golpeó en la boca y la mujer cayó al barro. Un marino corpulento echó a correr, la agarró del pelo y la puso en pie de nuevo. Y su rostro estaba asustado y muy colérico. Apartó a la mujer, maldiciéndola por ser estúpida. Ella escupió sangre y no dijo más.

—Bueno —dijo Stark a los jóvenes—. ¿Os habéis decidido ya?

—¡Decidirse! —dijo una voz tras ellos... una voz carraspeante, áspera, leñosa que manejaba los vocablos líquidos en lenguaje venusiano con verdadera torpeza—. ¡Estos imbéciles no tienen cerebro! Si lo tuviesen estarían ocupándose de sus asuntos, en lugar de estar ahí acusando a un desconocido.

Los jóvenes se volvieron ahora entre ellos..., y Stark pudo ver al

hombre que había hablado. Estaba en los escalones delanteros de una taberna. Era un terrestre y al principio Stark le creyó viejo porque tenía el cabello blanco y su rostro cubierto de arrugas. Su cuerpo se veía comido por la fiebre, habiendo desaparecido los músculos convertidos en cuerdas nudosas retorcidas sobre el hueso. Se apoyaba pesadamente sobre un bastón y una de las piernas la tenía torcida y terriblemente quemada.

Sonrió a Stark y dijo en inglés vulgar:

—¡Mire cómo me desembarazo de ellos!

Comenzó a azotar con su lengua a los jóvenes, diciéndoles que eran imbéciles, que eran el desecho de los pantanos, que no conocían los modales y que si no creían la historia del forastero, que fuesen a preguntárselo a Malthor. Por último, sacudió su bastón en dirección a ellos, amenazándoles con limpieza.

—Iros ahora. ¡Marcharos! ¡Dejadnos solos... a mi hermano de la Tierra y a mí! —Los jóvenes dirigieron una mirada dudosa a los feroces ojos de Stark; luego se miraron mutuamente y se encogieron de hombros y se fueron a través de la plaza como corderos, como niños malcriados cogidos en alguna travesura.

El terrestre de cabello blanco hizo un gesto a Stark y, mientras Stark se le acercaba hasta los escalones dijo en voz baja, casi furioso:

—Está usted en una ratonera.

Stark miró por encima de su hombro. Al borde de la plaza los tres jóvenes se habían reunido con un cuarto, que tenía el rostro vendado con harapos. Se esfumaron casi en seguida por una calle lateral, pero no antes de que Stark hubiese reconocido al cuarto hombre como Malthor.

Era al capitán a quien había marcado.

Con animosidad y en voz alta el cojo dijo en venusiano:

—Entre y beba conmigo, hermano, y hablaremos de la Tierra.

Capítulo 3

La taberna era de la clase baja y corriente de Venus... una sola habitación enorme bajo un techo de vigas desnudas, la pared medio abierta con persianas rojas subidas, el suelo de troncos partidos clavados en el lodo. Un mostrador largo y bajo, mesitas, pieles mugrientas y montones de dudosos cojines en el suelo, en torno a los lugares de reunión corrientes y a un extremo las atracciones... dos viejos con tambor y una flauta roja y un par de chicas de aspecto cansino y hosco.

El cojo condujo a Stark hasta una mesa del rincón y se sentó, pidiendo vino. Sus ojos, que eran oscuros y valientes por un largo sufrimiento, ardían de excitación. Le temblaban las manos. Antes de que Stark se hubiese sentado comenzó a hablar, las palabras se le atropellaban unas contra otras como si no tuviesen tiempo de salir de su boca lo bastante aprisa.

—¿Qué tal se está allí ahora? ¿Ha cambiado algo? Dime cómo son las... ciudades, las calles pavimentadas, las mujeres, el sol. Oh, Señor, lo que haría yo por volver a ver el sol... ¡y mujeres de pelo negro, vestidas! —Se inclinó hacia adelante, mirando hambriento el rostro de Stark, como si pudiera ver todas esas cosas reflejadas en él—. ¡Por Dios, dímelos... hágamelo en inglés y cuéntame cosas de la Tierra!

—¿Hace mucho tiempo que no está usted allí? —preguntó Stark.

—No lo sé. ¿Cómo se puede calcular el tiempo en un mundo sin sol, sin una maldita estrella que mirar? Diez años, cien. ¿Cómo iba a saberlo? Una eternidad. Hágamelo de la Tierra.

Stark sonrió con una mueca.

—Hace tiempo que yo no estoy allí. La policía estaba demasiado predispuesta a unirse al comité de bienvenida. Pero la última vez

que la vi, estaba igual que siempre.

El cojo se estremeció. Ya no miraba a Stark, si no a un lugar lejano más allá de él.

—Bosques en otoño —dijo—. Rojo y oro sobre las pardas colinas. Nieve. Recuerdo lo que se siente teniendo frío. El aire te muerde cuando lo respiras. Y las mujeres con zapatillas de tacones altos. No hay pies desnudos chapoteando en el barro, sino tacones finos repiqueteando en la limpia calzada.

De pronto fulminó a Stark con sus ojos furiosos y brillantes por las lágrimas.

—¿Por qué diablos has tenido que venir aquí y hacerme recordar? Soy Larrabee. Vivo en Shuruun. He estado aquí siempre y estaré hasta que me muera. No hay Tierra. Se fue. Mira simplemente al cielo y verás como se ha ido. No hay nada excepto nubes, Venus y barro.

Permaneció sentado, quieto, tembloroso, volviendo la cabeza de un lado a otro. Un hombre vino con licor, lo dejó sobre la mesa y se volvió a ir. La taberna estaba muy silenciosa. Había un amplio espacio vacío en torno de los dos terrestres. Más allá, aquella gente yacía sobre cojines, sorbiendo el vino de dormidera y vigilando con furtiva expectación.

Bruscamente, Larrabee soltó una carcajada, un sonido áspero que tenía una cierta cantidad de sincero esparcimiento.

—No sé porqué me pongo sentimental pensando con la Tierra a estas alturas. Nunca pensaba mucho en ella cuando estaba allí.

No obstante, mantuvo su mirada alerta y cuando cogió la copa le temblaba tanto la mano que derramó parte del vino.

Stark le miraba con incredulidad.

—Larrabee —dijo—. Usted es Mike Larrabee. Es usted el hombre que consiguió medio millón de créditos sacándolos de la caja fuerte del «Royal Venus».

Larrabee asintió.

—Y escapé con ello, por encima de las Montañas de la Nube Blanca, que dicen que no se pueden sobrepasar. ¿Y sabes dónde está ahora ese medio millón? En el fondo del Mar Rojo, junto con mi navío y mi tripulación, ahí en el golfo. El Señor sabe porqué he vivido —se encogió de hombros—. Bueno, de todas maneras, me encaminaba hacia Shuruun cuando naufragué y conseguí llegar.

¿Por qué quejarse?

Volvió de nuevo a beber y profundamente. Stark sacudió la cabeza.

—Lleva aquí nueve años entonces, según tiempo terrestre —dijo. No conocía de antes a Larrabee, pero recordaba las fotografías suyas que circularon por el espacio en los bandos de la policía. Larrabee era entonces un hombre joven, moreno y guapo.

Larrabee adivinó su pensamiento.

—He cambiado, ¿verdad?

—Todo el mundo pensó que usted había muerto —dijo Stark, procurando dar un rodeo a la respuesta.

Larrabee soltó una carcajada. Después de eso, durante un momento, hubo silencio. Los oídos de Stark se esforzaban por captar algún sonido exterior, pero no se oía ninguno.

—¿Qué hay de esa trampa en la que me encuentro? —dijo con brusquedad.

—Te diré una cosa —repuso Larrabee—. No hay salida. No puedo ayudarte. No lo haría si pudiese, métetelo en la mollera. Pero, de todas maneras, no puedo.

—Gracias —contestó Stark sombrío—. Por lo menos puede decirme lo que sucede.

—Escucha —le anunció Larrabee—. Soy un tullido y un viejo, y Shuruun no es el lugar más dulce del sistema solar para vivir. Pero vivo. Tengo una esposa, una tabla lisa, lo reconozco, porque tiene pocos dones, pero buena a su manera. Tú te darás cuenta de que hay unos pocos críos morenos revolcándose en el barro. Son también míos. Tengo cierta pericia en arreglar huesos y tal es así, que puedo conseguir mi vida casi gratis como se me antoja... que lo es mucho. También, a causa de esta pierna lisiada, vivo perfectamente seguro. Así que no me preguntes lo que pasa. Me cuesta mucho trabajo el no saberlo.

—¿Quiénes son los Lhari? —preguntó Stark.

—¿Te gustaría conocerlos? —Larrabee parecía hallar algo muy divertido en aquel pensamiento—. Sube hasta el castillo. Viven allí. Son los señores de Shuruun y se alegran siempre de conocer a los forasteros.

De pronto se inclinó hacia adelante.

—Y de todos modos, ¿quién eres tú? ¿Cómo te llamas y por qué

diablos viniste a este lugar?

—Me llamo Stark y vine por el mismo motivo que usted.

—Stark —repitió Larrabee despacio con sus ojos mirando intencionadamente—. Eso me hace sonar una débil campanilla. Me parece haber visto un cartel reclamándote alguna vez, no sé qué, de un idiota que dirigió una revuelta nativa en algún lugar de las colonias Jupiterianas... un bruto de grandes ojos fríos al que pintorescamente llamaban el hombre salvaje de Mercurio.

Asintió, complacido consigo mismo.

—Hombre salvaje, ¿eh? ¡Bien, Shuruun, te domará!

—Quizás —dijo Stark. Sus ojos variaban constantemente de dirección mirando a Larrabee, mirando a la puerta y al oscuro porche y a la gente que bebía, pero que no hablaba entre sí—. Hablando de forasteros, uno vino aquí en la época de las últimas lluvias. Era Venusiano, de la costa superior. Un joven corpulento. Yo le conocía y quizás podría ayudarme.

Larrabee rezongó. Para entonces ya se había bebido su vino y el de Stark.

—Nadie puede ayudarte. En cuanto a tu amigo, jamás le vi. Empiezo a pensar que no debí nunca haberte visto a ti —de pronto cogió su bastón y se levantó con alguna dificultad. No miró a Stark, pero dijo con aspereza—: Será mejor que te vayas —dio media vuelta y marchó cojeando hacia el mostrador.

Stark se puso en pie. Miró a Larrabee y de nuevo las ventanillas de su nariz aletearon al percibir el hedor del miedo. Luego salió de la taberna por el mismo sitio en que entró, es decir, por la puerta principal. Nadie se movió para detenerle. Fuera, la plaza estaba vacía y había comenzado a llover.

Stark se quedó plantado un instante en los escalones. Estaba furioso y lleno de peligrosa intranquilidad, como el nerviosismo de un tigre que presiente a los batidores marchando hacia él a favor del viento. Casi habría recibido con una sonrisa a Malthor y a los tres jóvenes, pero no había nadie con quien luchar excepto el silencio y la lluvia.

Se adentró en el barro, húmedo y cálido en torno a sus tobillos. Una idea se le ocurrió y empezó a moverse con un propósito definido.

Un fuerte chubasco arreció. La lluvia humeaba desde los

hombros desnudos de Stark, batiendo con fuerza contra el fango. La bahía había desaparecido tras hirvientes nubes de niebla. Al chocar la lluvia con la superficie del Mar Rojo, se convertía instantáneamente por acción química en vapor. Los muelles y las calles vecinas estaban siendo tragadas por la impenetrable niebla. Un relámpago produjo una fantasmal luminosidad azul, mientras el trueno seguía retumbando.

Stark giró por el estrecho camino ascendente que conducía hacia el castillo.

Sus luces parpadeaban ahora, una a una, emborronadas por la creciente niebla. Los relámpagos destacaban su sombría masa contra el cielo de la noche y al cesar, parecían hacerla desaparecer. A través del ruido del trueno que seguía, Stark pensó haber oído una voz llamando.

Se detuvo, medio agazapado, con la mano en su revólver. El grito volvió a oírse, pareciendo la voz de una chica. Pasados unos instantes la vio, silueteada como un manchón pequeño y blanco en la calle corriendo tras él. En aquel breve vistazo advirtió que cada línea de su cuerpo femenino estaba impregnada de temor.

Stark se apoyó de espaldas contra la pared y esperó. No parecía ir nadie con ella, aunque era difícil precisarlo.

Ella llegó hasta él y se detuvo precisamente fuera de su alcance, mirándole y desviando la vista una y otra vez con penosa irresolución. Un brillante fogonazo la dejó ver con claridad. Era joven, no hacía mucho que había salido de la niñez; bonita, pero de una manera algo estúpida. Ahora le temblaba la boca demostrando estar al borde del llanto con sus ojos grandes y asustados. La falda le colgaba sobre los largos muslos por encima de su cuerpo desnudo, que apenas florecido en el de una mujer, relucía como la nieve húmeda. Su pálido cabello colgaba goteando sobre los hombros.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó Stark con suavidad.

Ella le miró, tan digna de compasión como un perrito empapado de agua que sonriese. Y como si aquella sonrisa hubiese arrebatado la poca resolución que ella tenía, se dejó caer de rodillas, sollozando.

—No puedo —gimió—. Me matará, pero no puedo.

—¿El qué no puedes? —preguntó Stark.

Le miró con fijeza.

—¡Huya! —le apremió ella—. ¡Huya, ahora! ¡Morirá en los pantanos, pero es mejor que ser uno de los Seres Perdidos! —Sacudió sus delgados brazos en dirección a Stark—: ¡Huya!

Capítulo 4

La calle estaba vacía. Nada se veía, nada se agitaba en ningún lugar. Stark se agachó y puso en pie a la muchacha, arrastrándola hasta debajo del cobijo de los salientes aleros.

—Vamos, vamos —dijo—. Supongamos que dejas de llorar y me dices todo lo que ocurre.

Al poco, entre gemidos, consiguió sacarle toda la historia.

—Soy Zareth —dijo ella—. La hija de Malthor, que le teme a usted por lo que le hizo en el navío, así que me ordenó que le vigilase en la plaza cuando saliera de la taberna, teniéndole yo que seguir y...

Se interrumpió y Stark le acarició el hombro.

—Adelante.

Pero un nuevo pensamiento se le había ocurrido.

—Lo haré si me promete no pegarme o... —Miró a su pistola y se estremeció.

—Lo prometo.

Ella le estudió el rostro todo lo que le permitía ver la obscuridad y entonces pareció perder algo del miedo que la dominaba.

—Yo tenía que pararle. Debía decirle lo que ya le he dicho, que era la hija de Malthor y que él quería que le condujese hasta una emboscada, con el pretexto de ayudarle a escapar, pero eso no lo puedo hacer y, de todas maneras pienso ayudarle a huir, porque odio a Malthor y todo ese asunto de los Seres Perdidos.

Sacudió la cabeza y empezó otra vez a llorar, silenciosamente ahora y, de pronto, perdió todo cuanto tenía de mujer. Era sólo una criatura, triste y temerosa. Stark se alegró de haber señalado a Malthor.

—Pero no puedo abocarle a una emboscada. Odio a Malthor,

aún cuando sea mi padre, porque me pega. Y a los Seres Perdidos... —hizo una pausa—. A veces los oigo por la noche, cantando más allá de la niebla. Son unas voces muy terribles.

—Lo son —confirmó Stark—. Yo también lo he oído. ¿Quiénes son los Seres Perdidos, Zareth?

—No se lo puedo decir —repuso Zareth—. Está prohibido incluso hablar de ellos. De todas maneras —terminó con sinceridad— ni siquiera les conozco. Gente que desaparece, eso es todo. No de nuestra raza de Shuruun comúnmente, si no forasteros como usted... y estoy segura de que mi padre va muchas veces a los pantanos con pretexto de cazar entre las tribus de allí, de donde vuelve sin nada, a no ser con hombres de algún navío capturado. El por qué o para qué, no lo sé. Lo único que he oído son los cánticos.

—Viven en el golfo de los Seres Perdidos, ¿verdad?

—Es preciso que lo hagan. Hay muchas islas allí.

—¿Y qué hay de los Lhari, los señores de Shuruun? ¿No saben lo que sucede? ¿O tienen parte en ello?

La muchacha se estremeció y dijo:

—No es cosa nuestra preguntar a los Lhari, ni siquiera preguntarnos a nosotros mismos lo que hacen. Los que lo hicieron desaparecieron de Shuruun y nadie sabe dónde fueron.

Stark asintió. Permaneció en silencio un momento, pensando. Luego la manita de Zareth le rozó el hombro.

—Váyase —dijo ella—. Piérdase en los pantanos. Es usted fuerte y tiene algo distinto a los demás hombres. Usted puede vivir y encontrar el modo de subsistir.

—No. He de hacer algo antes de abandonar Shuruun —cogió la húmeda cabeza rubia de Zareth entre sus manos y la besó en la frente—. Eres una criatura muy dulce, Zareth, y valiente. Dile a Malthor que hiciste lo que él te dijo y que no fue culpa tuya el que no quisiera seguirte.

—De todas maneras me pegará —contestó con filosofía Zareth—, pero quizás no soy muy fuerte.

—No tendrá motivos para pegarte en absoluto, si le dices la verdad... que yo no fui contigo porque estaba decidido a proseguir hasta el castillo de los Lhari.

Hubo un largo, larguísimo silencio, mientras los ojos de Zareth se desorbitaban despacio por el horror y la lluvia que batía en el

alero.

—Al castillo —susurró la muchacha—. ¡Oh, no! ¡Váyase a los pantanos, o deje que Malthor se apodere de usted..., pero no vaya al castillo!, —se agarró fuerte a su brazo, los dedos hundiéndose en los músculos con la urgencia de una súplica—. Usted es un forastero, no sabe... ¡Por favor, no suba hasta allí!

—¿Por qué no? —preguntó Stark—. ¿Son demonios los Lhari? ¿Se comen a los hombres? —Se libró de sus manitas con suavidad—. Será mejor que te vayas ahora. Dile a tu padre donde estoy, por si quiere venir tras de mí.

Zareth retrocedió despacio, adentrándose en la lluvia, mirando como si contemplase a alguien que estuviera en el umbral del infierno, no muerto, si no peor que muerto. Una extrañeza se mostraba en su rostro y a través de tal extrañeza, un gran torrente de compasión. Intentó hablar una vez y luego sacudió la cabeza y dio media vuelta, echando a correr como si pensase que no podía soportar más la vista de Stark. Al cabo de un segundo había desaparecido.

Stark se quedó mirándola un momento, extrañamente conmovido. Luego volvió a meterse bajo la lluvia, encaminándose hacia arriba, a lo largo del escabroso sendero que conducía al castillo de los señores de Shuruun.

La niebla era cegadora. Stark tenía que adivinar el camino a medida que trepaba más alto, por encima del nivel de la ciudad, que se perdía en una hosca coloración rojiza. Soplaban un viento cálido y cada resplandor de relámpago se convertía en una niebla carmesí. En un infierno de púrpura. La noche estaba llena de susurros en donde la lluvia se vertía en el golfo. Se detuvo una vez para esconder su revólver en una oquedad entre las rocas.

Al cabo del rato volvió a tambalearse contra un pilar de piedra negra y encontró la puerta que colgaba de él, una cosa masiva forrada de metal y estaba cerrada. El batir de sus puños hizo un sonido excesivamente débil.

Entonces vio la campanilla, un disco enorme en forma de gong, de oro laminado junto a la entrada. Stark recogió el martillo y consiguió que el ruido profundo del gong se destacara de entre los truenos.

Una mirilla se abrió y los ojos de un hombre asomaron. Stark

soltó el martillo.

—¡Abra! —gritó—. ¡Quiero hablar con los Lhari!

En el interior se oyó el eco de una carcajada. Retazos de voces le llegaron a impulsos del viento y luego más risas y después, despacio, las grandes válvulas abrieron un poco la puerta, lo suficiente únicamente para que pudiera introducirse.

Entró y el portalón se cerró tras él con estrépito.

Permaneció plantado en un enorme patio abierto. Enclaustrado dentro de sus muros, se veía un poblado de cabañas, con corralizas abiertas para cocinar y corrales para las bestias, que eran dragones sin alas, de los pantanos, que se podían coger y dominar con garrochas y picas.

Vio todo aquello, sólo en vagos vistazos a través de la niebla. Los hombres que le habían dejado entrar se apiñaron en su torno, empujándole hacia la luz que salía a raudales de las cabañas.

—¡Hablará con los Lhari! —gritó uno de ellos a las mujeres y niños que estaban mirándole en los umbrales. Recorrieron todo el patio en una gran algarabía de risas.

Stark los miró, sin decir nada. Eran de una raza sorprendente. Los hombres, evidentemente, eran soldados y guardas de los Lhari, porque llevaban el equipo de hombres de lucha. Evidentemente estaban con sus mujeres y sus hijos; todos viviendo tras los muros del castillo y teniendo poco que ver con Shuruun.

Pero fueron sus características raciales lo que le sorprendieron. Tenían el mestizaje de las tribus pálidas de los bordes de los pantanos que habían poblado a Shuruun y habían muchos con cabello blanco, y caras anchas. Sin embargo, incluso aquellos tenían un aspecto extraño, forastero. Stark se sintió turbado, porque la raza que había nombrado era desconocida aquí, detrás de las Montañas de la Nube Blanca, y casi desconocida, en cualquier parte de Venus a nivel del mar, entre los ondulantes marjales y las nieblas eternas.

Le miraban a él, incluso con más curiosidad, advirtiéndole su piel y su cabello negro y los rasgos poco familiares de su rostro. Las mujeres se daban codazos unas a otras susurrando y emitiendo risitas. Una de ellas dijo en voz alta:

—¡Necesitarán un aro de barril para rodearle el cuello!

Los guardias se cerraron en su torno.

—Bueno, si deseas ver a Lhari, lo verás —dijo el jefe—; pero primero tenemos que asegurarnos de ti.

Puntas de espada formaron un anillo en su torno. Stark no resistió mientras le desnudaron de cuanto tenía, excepto de sus pantalones cortos y sandalias. Se lo había esperado y le divertía, porque sabía lo poco que le podían quitar.

—De acuerdo —dijo el jefe—. Vamos.

Todo el pueblo salió bajo la lluvia para acompañar a Stark hasta la puerta del castillo. Había en ellos el mismo interés ominoso que tuvo la gente de Shuruun, pero con una diferencia. Sabían lo que iba a ocurrirle, lo sabían todo y por tanto apreciaban doblemente el juego.

El gran portalón era cuadrado y liso, pero no tosco ni falto de gracia. El castillo estaba edificado en piedra, cada bloque perfectamente cortado y encajado, y la puerta forrada del mismo metal que el de la muralla, oscuro, pero no corroído.

El jefe de la guardia gritó al portero:

—¡Aquí hay uno que quiere hablar con los Lhari!

El portero rió.

—¡Y lo hará! Su noche es larga y aburrida.

Abrió el pesado portalón y dio una voz a través del pasillo. Stark pudo oír el sonido despertando ecos cavernosos en el interior y, al poco, de las sombras aparecieron sirvientes vestidos de seda llevando collares de joyería. Por el sonido gutural de sus risas, Stark se dio cuenta de que carecían de lengua.

Stark se sintió entonces desfallecer. El umbral se cernía siniestro ante él, y de pronto se le ocurrió que el diablo estaba en la otra parte y que quizás Zareth fuera más prudente que él, cuando le previno de no acudir a los Lhari.

Luego, al pensar en Helvi y en otras cosas, perdió el miedo, convirtiéndosele en cólera. Un relámpago surcó el firmamento. El último grito de la moribunda tempestad sacudió el suelo a sus pies. Apartó a un lado al sonriente portero, portando consigo un velo de roja niebla, y no oyó cómo se cerraba la puerta furtiva y silenciosamente, como los pasos de la Muerte al acercarse.

Ardían antorchas a lo largo de las paredes y, a su humeante resplandor, pudo ver que el vestíbulo era como la entrada... cuadrado y sin adornos, con las paredes de negra roca. Era alto y

amplio, y en la arquitectura había una tranquila dignidad reflexiva que poseía cierta belleza, en cierto modo más impresionante que la sensual belleza de los palacios arruinados o en ruinas que había visto en Marte.

No había bajorrelieves allí, ni pinturas ni frescos. Parecía que los constructores habían notado que el vestíbulo era en sí bastante, en su perfección de líneas y en el sombrío resplandor de la piedra pulimentada. La única decoración radicaba en los quicios de las ventanas. Ahora se las veía vacías, abiertas al firmamento con la niebla roja retorciéndose a través de ellas, pero todavía se veían retazos de vidrieras artísticas, con cristales de colores colgando del entramado, para mostrar lo que antaño fueron.

Un extraño sentimiento sensible se apoderó de Stark. A causa de su crianza salvaje era anormalmente sensible a la clase de impresiones que muchos hombres pueden recibir con vaguedad o no recibir en absoluto.

Bajando por el vestíbulo, seguido por las criaturas sin lengua, con sus sedas brillantes y relucientes collares, se vio sorprendido por una sutil diferencia en el lugar. El castillo era sólo una extensión de las mentes de sus constructores, un sueño convertido en realidad. Stark notó que el sueño oscuro, fresco, curiosamente sin tiempo, no se había originado en una mente como la suya, ni en la de ningún hombre que hubiera visto jamás.

Luego se llegó al extremo del vestíbulo, el camino estaba barrado por puertas bajas y anchas, de oro labrado con la misma casta simplicidad.

Hubo un suave arrastrar de pies, un informe estremecimiento de los sirvientes, un mirar de ojos burlones y maliciosos, y las puertas de oro se abrieron y Stark se halló en presencia de los Lhari.

Capítulo 5

A primera vista tenían el aspecto de criaturas entrevista en un sueño febril, muy brillantes y distantes, envueltas en un neblinoso resplandor que les daba una ilusión de belleza ultraterrestre.

El lugar en que ahora estaba plantado Stark era como una catedral por su amplitud y soledad. En su mayor parte quedaba sumido en la obscuridad, que parecía extenderse sin límite, por encima y por todos lados, como si las paredes fueran sólo umbrosos fantasmas de la propia noche. La pulimentada piedra negra bajo sus pies, contenía un vago y traslúcido resplandor, sin profundidad, como el agua de un estanque de mármol negro. Allí no había substancia en parte alguna.

Lejos, en aquella sombría vastedad, ardían una serie de lámparas agrupadas, una galaxia de estrellitas que vertía un chorro de luz plateada sobre los señores de Shuruun.

No se produjo el menor ruido en el lugar, cuando entró Stark, porque al abrirse las puertas de oro captó la atención de los Lhari retenida en la contemplación del forastero. Stark empezó a caminar hacia ellos en aquella súbita quietud.

De pronto, en la impenetrable obscuridad de algún lugar de su derecha, se oyó un agudo alboroto y el arrastrarse de zarpas de reptil, un silbido y una especie de bajo y colérico musitar, todo ampliado y distorsionado por la caja de resonancia de la estancia, hasta convertirlo en un demoníaco murmullo que lo envolvió todo en torno.

Stark giró en redondo, agazapándose alerta, los ojos llameando y su cuerpo bañado de frío sudor. El ruido creció, precipitándose hacia él. Desde el distante resplandor de las lámparas, percibió la risa tintineante de una mujer, como fino cristal roto contra la

bóveda. El silbido y el gruñir se alzaron en un hueco *crescendo* y Stark vio una forma que saltaba sobre él.

Extendió las manos para contener la embestida, pero nunca llegó a producirse. La forma no era otra cosa que un niño de unos diez años, que arrastraba tras de sí con una cuerda a un dragón joven, sin dientes, recién salido del huevo.

Stark se incorporó, sintiéndose decepcionado y furioso... y aliviado. El muchachito le miró ceñudo a través de una frente cubierta de plateados rizos. Luego le llamó con una sucia palabra y echó a correr, pataleando y bramando como una bestezuela, hasta parecer el padre de todos los dragones en aquella vasta cámara resonante.

Una voz habló. Despacio, áspera, sin sexo, sonó espesa por la bóveda. Espesa y fina a la vez, como una hoja de acero. El lenguaje del acero es inexorable y su palabra definitiva.

—Ven aquí, a la luz —dijo la voz.

Stark obedeció. A medida que se aproximaba a las lámparas, el aspecto de los Lhari cambiaba y se estabilizaba. Su belleza persistía, pero no era la misma. Le habían parecido como ángeles. Ahora que los podía ver claramente, Stark pensó que podrían haber sido los hijos del propio Lucifer.

Eran seis, contando al muchachito. Dos hombres, casi de la misma edad que Stark.

Una mujer hermosa, vestida con blanca seda, sentada con las manos en el regazo, sin hacer nada. Otra mujer más joven aún, quizás no tan hermosa, pero con una expresión de amarga y tormentosa vitalidad. Vestía una corta túnica carmesí, y en un recio guante de cuero de su mano izquierda había posada una cosa voladora, rapaz, con los fieros ojos encapuchados.

El chico se plantó junto a los dos hombres, con la cabeza erguida con arrogancia. De vez en cuando tiraba del cordón de su cautivo dragón o le daba un puntapié a sus desdentadas mandíbulas. Se veía que estaba orgulloso por hacer aquello. Stark se preguntaba ahora, cómo se comportaría con la bestia cuando al animal le hubieran crecido los colmillos.

En frente suyo, en cuclillas sobre un montón de cojines, había un tercer hombre. Era deforme, con un cuerpo desmañado y largos brazos de tarántula y, en su regazo, sobre un pedazo de madera,

yacía un afilado cuchillo con el que había trabajado en un trozo de madera, esculpiendo una forma mitad mujer mitad diablo. Stark vio con sorpresa, que el rostro del joven deforme era el único humano, el único bello de todos los allí presentes. Sus ojos eran viejos en aquella cara infantil, sabios y muy tristes. Sonrió al recién llegado y su sonrisa despertaba más compasión que las lágrimas.

Miraron todos a Stark, con ojos hambrientos e inquietos. Eran de raza pura, que habían dejado su impronta de extranjerismo en la gente de cabellos pálidos de los pantanos, en los sirvientes que se apiñaban en las chozas del patio.

Eran de la raza de la Gente de la Nube, los habitantes de las Altas Mesetas, reyes de la tierra en las lejanas laderas de las Montañas de la Nube Blanca. Era raro verles allí, en el lado oscuro del muro barrera, pero allí estaban. No podía imaginar cómo habían venido y por qué, dejando sus ricas llanuras fértiles por la hediondez de aquellos pantanos extranjeros. Pero no había posibilidad de confundirse con ellos... la orgullosa y fina modelación de sus cuerpos, su piel alabastrina, sus ojos que eran de todos los colores y de ninguno, como el cielo del alba, su cabello pura plata cálida.

No hablaron. Parecían estar aguardando permiso para hacerlo, y Stark se preguntó, cuál de ellos le había dado la acerada orden.

Entonces esta orden volvió a producirse.

—Ven aquí... acércate más.

Y miró por detrás de ellos, más allá del círculo de las lámparas, en las sombras, y vio a la que hablara.

Ella yacía sobre un lecho bajo, la cabeza apoyada en sedosas almohadas, su vasto y gigantescamente increíble cuerpo, cubierto con un manto de seda. Sólo los brazos le quedaban al desnudo, como dos masas informes de carne blanca, terminando en manos diminutas. De vez en cuando extendía una de ellas y tomaba un pellizco de comida de la dispuesta a su lado, resoplando y gruñendo por el esfuerzo y devorando lo tomado con horrible voracidad.

Sus rasgos se habían disuelto hacía ya mucho tiempo en una cosa informe, con excepción de su nariz, que sobresalía de la gordura, curvada, cruel y delgada, como el pico huesudo de la criatura que, posada en la muñeca de la joven, dormía soñando en sus encapuchados sueños de sangre. Y los ojos...

Stark la miró a los ojos y se estremeció. Luego miró la escultura a medio hacer que el tullido tenía en su regazo y comprendió qué inspiración sirvió de guía al cuchillo.

Medio mujer, medio puro diablo. Y fuerte. Muy fuerte. Su fortaleza yacía desnuda en sus ojos, según se podía ver, y era una fortaleza horrenda, fea. Podía desgajar montañas, pero no construir nada.

La vio mirarle. Los ojos de ella horadaban los suyos como si registraran sus entrañas y las estudiaran, y supo que ella esperaba que diera media vuelta, incapaz de resistirle la mirada. Pero no lo hizo. Al poco sonrió. Stark dijo:

—Vencí con la mirada a un lagarto de las rocas, hasta decidir quién se comía a quién. Y hasta derroté en fijeza a las mismas peñas mientras esperaba.

Ella sabía que el forastero había dicho la verdad. Stark confiaba en verla enfurecerse, pero se engañó. Un vago movimiento ondulatorio la sacudió, emergiendo al final con una carcajada insonora.

—¿Veis eso? —preguntó, dirigiéndose a los demás—. Vosotros, cachorros de los Lhari... ninguno se atreve a plantarme cara; sin embargo, aquí hay una gran criatura morena venida de los Dioses saben dónde, que pueda resistir y avergonzaros.

Tornó la mirada a Stark.

—¿De qué demonio corre la sangre de tus venas, que no has podido aprender ni la prudencia ni el temor?

—Aprendí ambas cosas antes de aprender a andar. Pero aprendí también otra cosa... algo llamado cólera.

—¿Y estás colérico?

—¡Pregúntale a Malthor si lo estoy y por qué!

Vio a los dos hombres sobresaltarse un poco y una lenta sonrisa cruzar por el rostro de la muchacha.

—Malthor —cogió de la masa sobre el lecho y comió un puñado de carne asada que goteaba grasa—. Eso es interesante. Pero la rabia contra Malthor no te trajo aquí. Forastero, soy curiosa. Habla.

—Lo haré.

Stark miró en su derredor. El lugar era una tumba y una trampa. El mismo aire olía a peligro. La gente más joven le vigilaba en silencio. Nadie había hablado desde que entró, excepto el

muchachito que le maldijo, acariciando con desgana a la criatura de su muñeca, de modo que se agitó y extendió sus patas con uñas como navajas y las sacó de sus huesudas fundas con un placer sensual. La mirada de ella sobre Stark era descarada y fría, singularmente retadora. De todos ellos, era la única que le veía como hombre. Para los demás era un problema, una diversión... algo menos que humano.

—Un hombre vino a Shuruun durante la época de las pasadas lluvias —dijo Stark—. Su nombre era Helvi, y era hijo de un reyezuelo junto a Yarell. Vino en busca de su hermano, que había roto el tabú y huyó para salvar la vida. Helvi venía a decirle que le habían levantado la maldición y que podía volver. Ninguno de los dos regresó.

Los ojos diabólicos parecían divertidos, parpadeando entre los arrugas que los circundaban.

—¿Y qué?

—Yo he venido tras de Helvi, que es amigo mío.

De nuevo, se produjo la ondulación en aquel montón de carne, la expresión de risa que simulaba y gruñía con ecos de víbora a través de la bóveda.

—La amistad debe de estar grabada muy honda en ti, forastero. Ah, bueno. Los Lhari tienen el corazón tierno. Encontrarás a tu amigo.

Y como si aquello fuese la señal de terminar su silencio, la gente joven rompió a reír también, hasta que el vasto salón vibró de risas, devolviendo un eco como las carcajadas diabólicas en los lindes del Infierno.

Sólo el tullido no rió, pero inclinó su brillante cabeza por encima de lo que estaba tallando y suspiró.

La chica gritó:

—¡Todavía, no, Abuela! Guárdalo una temporada.

Los ojos fríos y crueles la enfocaron.

—¿Y qué quieres hacer con él, Varra? ¿Atarlo de una cuerda como Bor con su maldita bestezuela?

—Quizás... aunque creo que necesitaría una recia cadena para sujetarle —Varra se volvió y miró a Stark, descarada y brillante, midiendo la anchura y altura del hombre, conformando la curva de sus poderosos músculos y recorriendo la férrea línea de la

mandíbula. Sonrió. Su boca era adorable, como la fruta roja del árbol del pantano, que trae la muerte en su ponzoñosa dulzura.

—He aquí a un hombre —dijo—. El primero que he visto desde la muerte de mi padre.

Los dos hombres de la mesa de juego se levantaron, con sus rostros enrojecidos y furiosos. Uno de ellos se levantó y cogió con brusquedad a la chica por el brazo.

—De modo que yo no soy un hombre —dijo, con sorprendente suavidad—. Cosa triste para quien tiene que ser tu marido. Es mejor que resolvamos eso ahora, antes de casarnos.

Varra asintió. Stark vio que los dedos del hombre se clavaban salvajes en el firme brazo de ella, pero la muchacha ni parpadeaba.

—Es hora de zanjarlo todo, Egil. Ya has aguantado bastante de mí. Llegó la hora de que me domes. Tengo que aprender a doblar la cabeza y a reconocerte como mi señor.

Por un momento, Stark pensó que la muchacha decía lo que pensaba, la nota burlona de su voz era muy sutil. Luego la mujer vestida de blanco, que en todo este tiempo no se había movido ni cambiado de expresión, emitió de nuevo la risa delgada y cantarina que ya había oído antes. Por eso, y por la obscura sofocación del rubor en la cara de Egil, Stark comprendió que Varra sólo devolvía al hombre sus propias frases. El muchacho emitió un ladrido de desprecio, pero de un codazo le obligaron a guardar silencio.

Varra miró fijamente a Stark.

—¿Quiere luchar por mí? —preguntó.

De pronto le tocó a Stark el turno de reír.

—¡No! —dijo.

—Muy bien, entonces. Lucharé yo por mí misma.

—Hombre —le espetó Egil—. Ya te enseñaré quién es el hombre, víbora repulsiva.

Se quitó el cinturón con la mano libre, doblando al mismo tiempo la muchacha, de modo que pudo tenerla bien al alcance. El animal de presa, un halcón terrestre, aferrado a su muñeca, batió las alas y gritó, moviendo a un lado y a otro su encapuchada cabeza.

Con un movimiento tan rápido que apenas fue visible, Varra le quitó la capucha y lanzó a la criatura directamente al rostro de Egil.

Él intentó hacerla huir, alzando los brazos para prevenirse de los

espolones y del pico desgarrador. Las alas amplias batieron y martillearon. Egil gritó. El niño Bor se puso fuera del alcance y baileteó arriba y abajo gritando de alegría.

Varra permaneció tranquila. Las despellejaduras de su brazo se estaban ennegreciendo, pero ella ni se dignó tocarlas. Egil retrocedió tambaleándose para chocar contra la mesa de juego y lanzó por el suelo las piezas de marfil. Después tropezó con un cojín y cayó llano al tiempo que los hambrientos espolones desgarraban su túnica.

Varra silbó una llamada clara y perentoria. La criatura dio un último picotazo a la nuca de Egil y regresó malhumorada a su percha en la muñeca de ella. La chica la sujetó, volviéndose hacia Stark. El recién llegado sabía por su posición que la joven estaba a punto de lanzarle el ave contra él. Pero Varra le estudió y luego sacudió la cabeza.

—No —dijo ella, colocando el capuchón en la cabeza del animal—. Lo matarías.

Egil se había puesto en pie hundiéndose en la oscuridad, mientras se lamía un corte de su brazo con el rostro negro de rabia. El otro hombre miró a Varra.

—Si tú me estuvieras destinada a mí —dijo—. ¡Te quitaría el genio!

—Ven e inténtalo —respondió Varra.

El hombre, sentándose, se encogió de hombros.

—No es cosa mía. Yo mantengo la paz en mi propia casa —miró a la mujer de blanco y Stark vio que su rostro, aunque carente de cualquier expresión, había adoptado una mirada de abyecto miedo.

—Hazlo —dijo Varra— y, si yo fuera Arel, te apuñalaría mientras durmieses. Pero estás a salvo. Ella no tiene valor para eso.

Arel se estremeció y miró rápidamente a sus manos mientras el hombre empezó a recoger las desparramadas piezas.

—Egil te retorcerá el cuello algún día, Varra —dijo con indiferencia—, y yo no lloraré ante tu cadáver.

Durante este tiempo la vieja había estado comiendo y mirando, con sus ojos relucientes de interés.

—Bonita mirada, ¿verdad? —preguntó a Stark—. Llena de ánimos, peleándose como jóvenes halcones en el nido. Por eso los mantengo en mi torno, así... tengo algo que mirar. Todos, excepto

Treon —señaló al joven tullido—. No hace nada. Es torpe y delicado, peor que Arel. ¡Menuda maldición me ha salido con mi nieto! Pero su hermana tiene fuego suficiente para los dos —y devoró un dulce, gruñendo de orgullo.

Treon alzó la cabeza, habló y su voz era como música, despertando ecos de vívida melodía en aquel lugar oscuro.

—Puede que sea torpe, abuela, y débil de cuerpo, y sin esperanza. Sin embargo, seré el último de los Lhari. La muerte está a la espera en las torres y se os llevará a todos antes que a mí. Lo sé, porque los vientos me lo han dicho.

Volvió hacia Stark sus sufridos ojos y sonrió, una sonrisa con tal tristeza y resignación que el corazón del terrestre se conmovió. No obstante, había en ella algo de agradecimiento, como si hubiera terminado alguna larga espera.

—Tú —dijo con suavidad—, extranjero de los ojos fieros. Te vi venir, salir de la obscuridad, y donde pusiste el pie, dejaste una huella de sangre. Tenías los brazos rojos hasta el codo y tu pecho estaba salpicado de rojeces y en tu frente había el símbolo de la muerte. Entonces supe, y el viento susurró a mi oído: «Es así, este hombre derrumbará el castillo y sus piedras aplastarán Shuruun y pondrán en libertad a los Seres Perdidos».

Rió, muy silenciosamente.

—Miradle, miradle todos. ¡Porque él será vuestro fin!

Hubo un momento de silencio y Stark, con todas las supersticiones de una raza salvaje metidas dentro de él, sintió frío hasta las raíces de su pelo. Luego la anciana dijo con disgusto:

—Idiota, ¿te avisaron los vientos de esto?

Y con asombrosa fuerza y puntería cogió un racimo de fruta y se lo arrojó a Treon.

—Tápate la boca con eso —le dijo—. Estoy hasta la coronilla de tus profecías.

Treon miró el jugo carmesí cayendo en regueros despacio por la pechera de su túnica, hasta gotear en la escultura de su regazo. La cabeza semideformada se cubrió de zumo. Treon se vio conmovido por una silenciosa alegría.

—Bueno —dijo Varra acercándose a Stark—, ¿qué piensas de los Lhari? Los orgullosos Lhari, que no se detendrían a mezclar sangre con el ganado de los pantanos. Mi medio cobarde hermano, mis

primos insignificantes, ese pequeño monstruo de Bor que es el último retoño del árbol... ¿Te extraña que arrojase mi halcón contra Egil?

Aguardó una respuesta, la cabeza echada hacia atrás, los rizos plateados enmarcando su rostro como retazos de nubes tormentosas. Hubo una sacudida en ella que a la vez irritó y encantó a Stark. Un gato montés, pensó, pero poderosamente maligno, y valiente como un cachorro. Valiente... y honrado. Ella tenía los labios separados, a mitad de camino de la cólera y la sonrisa.

La cogió de pronto y la besó profundamente, apretando contra sí su ligero y esbelto cuerpo como si fuera una muñeca. No tuvo prisa en soltarla. Cuando por último lo hizo, sonrió y dijo:

—¿Era eso lo que querías?

—Sí —respondió Varra—. Eso es lo que quería —miró en su torno, con la mandíbula peligrosamente firme—. Abuela...

No se oyó más. Stark vio que la anciana estaba intentando incorporarse, su rostro púrpura por el esfuerzo y por el más terrible frenesí que él había visto jamás.

—Tú —carraspeó a la muchacha. En su furia se atragantó y su falta de aliento se acusó y entonces Egil vino con pisadas suaves hasta el interior de la luz, portando en su mano una cosa hecha de metal negro y de forma rara, con un cañón roano y grueso.

—Échate, abuela —dijo—. Tengo intención de utilizar esto sobre Varra...

Mientras hablaba, oprimió un botón, y Stark en el acto de brincar hacia el amparo de la obscuridad, se derrumbó y quedó yaciendo como un muerto. Allí no había habido sonido, ni fogonazo, ni nada, excepto una enorme mano que lo lanzó súbitamente dentro del aniquilamiento.

Egil acabó la frase:

—... Pero vi un blanco mejor.

Capítulo 6

Rojo. Rojo. Rojo. El color de la sangre. Sangre en sus ojos. Ahora recordaba. La presa se revolvió contra él y habían luchado en las desnudas y cortantes rocas.

Nor había matado a

N'Chaka.

El Señor de las Rocas era muy grande, un gigante entre los lagartos y

N'Chaka

era pequeño. El Señor de las Rocas había abierto la cabeza a

N'Chaka

antes de que la lanza de madera le arañase apenas su flanco.

Era extraño que

N'Chaka

viviera aún. El Señor de las Rocas debía estar harto por completo.

Sólo eso le había salvado.

N'Chaka gemía, no de dolor, sino de vergüenza. Había fracasado. Esperando un gran triunfo, desobedeció la ley de la tribu que prohibía a un muchacho cazar la presa de un hombre, y había fracasado. El Viejo Uno no le recompensaría con el cinturón y la lanza de pedernal, símbolos de la virilidad. El Viejo Uno lo entregaría a las mujeres para que le castigaran con los látigos pequeños. Tika se reiría de él y pasarían muchas estaciones antes de que el Viejo Uno le diera permiso para intentar la Caza del Hombre.

Sangre en sus ojos.

Parpadeó para aclararlos. El instinto de supervivencia le acuciaba. Debía levantarse y alejarse antes de que el Señor de las Rocas volviera para comérselo.

La rojez no se iría. Manaba y fluía, brillando extrañamente.

Tornó a parpadear y trató de alzar la cabeza, pero no pudo y el miedo le aplastó como la férrea plancha de la escarcha a las rocas del valle.

Todo era erróneo. Podía verse a sí mismo con claridad, como un muchachuelo desnudo, turbado por el dolor, levantándose y trepando por los salientes y las pizarras hasta la seguridad de la cueva. Sin embargo, era incapaz de moverse.

Todo erróneo. Tiempo, espacio, el universo, obscurecido y revuelto.

Una voz le habló. La voz de una muchacha. No era la de Tika y el idioma era desconocido.

Tika estaba muerta. Los recuerdos se agolparon en su mente, las cosas amargas, las crueles. El Viejo Uno había muerto y todos los demás...

La voz volvió a oírse, llamándole por un nombre que no era el suyo.

—Stark.

El recuerdo se fragmentó en un caleidoscopio de imágenes rotas, pedazos vibrantes, giratorios. Se veía arrastrado entre ellos. Estaba perdido y el terror le originó un grito gutural.

Manos suaves le tocaban la cara, palabras gentiles, rápidas y acariciadoras. Lo rojo se aclaró y estabilizó, aunque no se fue; y de súbito volvió a ser él mismo, con todos sus recuerdos en el sitio correspondiente.

Yacía de espaldas y Zareth, la hija de Malthor, le estaba mirando. Ahora sabía lo que era la rojez. La había visto demasiado a menudo para no conocerla. Se encontraba en alguna parte del fondo del Mar Rojo... aquel fantasmal océano en el que un hombre puede respirar.

Pero no podía moverse. Eso no había cambiado. Su cuerpo estaba muerto.

El terror que sintió antes no era nada comparado con la agonía que ahora le inundaba. Yacía en la tumba de su propia carne, mirando a Zareth, esperando una respuesta a la pregunta que no se atrevía a formular.

Por la expresión de sus ojos ella le comprendió.

—Todo va bien —dijo y sonrió—. Pasará pronto. Te encontrarás bien. Es sólo el arma de los Lhari. No sé de que forma hacen que el

cuerpo se duerma, pero volverá a despertar.

Stark se acordó del objeto negro que entonces Egil tenía en las manos. Un proyector de alguna especie, emitiendo una corriente vibratoria de alta frecuencia que paralizaba los centro nerviosos. Estaba sorprendido. Las Gentes de la Nube eran bárbaros, aunque en una escala superior a la de las tribus de las lindes del pantano que con toda seguridad no poseían tan científico instrumento. Se preguntó de dónde habría sacado el Lhari tal arma.

Realmente no importa. No, ahora. Una oleada de alivio le recorrió, llevándole peligrosamente cerca de las lágrimas. El efecto se disiparía. De momento eso era cuanto le importaba.

Volvió a mirar a Zareth. Su cabello pálido flotaba con las lentas ondas del mar, como una nube lechosa contra el chispeante carmesí. Ahora vio que su rostro estaba ajado y ensombrecido y que sus ojos reflejaban una terrible desesperanza. Cuando la vio por primera vez estaba viva..., asustada, no demasiado brillante, pero llena de emoción y con un cierto valor interno. Ahora la chispa había desaparecido, estaba apagada.

Llevaba un collar en torno a su alto cuello. Un anillo de metal oscuro con los extremos soldados uno con otro para siempre.

—¿Dónde estamos? —La preguntó.

Y ella contestó con su voz portando profundidad y cavernosidad en la densa substancia del mar.

—Estamos en el lugar de los Seres Perdidos.

Stark miró más allá de ella, todo lo lejos que pudo, puesto que le era imposible volver la cabeza. Y algo extraño le sobrevino.

Negras paredes, negra cúpula por encima suyo, un vasto salón lleno del baño del mar que resbalaba en rachas de susurrantes llamas a través de los altos alféizares. Un salón gemelo al de la bóveda en sombras donde conoció a los Lhari.

—Hay una ciudad —dijo Zareth con tristeza—. Pronto la verás. No podrás ver otra cosa hasta que mueras.

—¿Cómo has venido hasta aquí, pequeña? —dijo Stark con voz suave.

—Por causa de mi padre. Te diré cuanto sé, que es bien poco. Malthor ha estado procurando esclavos a los Lhari desde hace mucho tiempo. Hay varios capitanes de Shuruun dedicados a la misma tarea, pero eso es algo que nunca se dice..., así que yo, su

hija, sólo podía sospecharlo. Estuve segura cuando me mandó tras de ti.

Rió, con cierta amargura.

—Ahora, aquí estoy, con el collar de los Seres Perdidos en torno a mi cuello. Pero Malthor también está aquí —volvió a reír; una fea risa proviniendo de una boca joven. Luego miró a Stark y extendió la mano con timidez para tocarle el cabello como una caricia. Sus ojos de niña estaban muy abiertos, tiernos y llenos de lágrimas.

—¿Por qué no te metiste en los pantanos cuando te avisé?

Stark respondió:

—Ya es tarde, ahora, para preocuparse por eso. Dices que Malthor está aquí, ¿esclavo?

—Sí —de nuevo aquella mirada de maravilla y admiración en los ojos de ella—. No sé lo que dijiste o hiciste a los Lhari, pero el Señor Egil bajó dominado por la furia, maldiciendo a mi padre, llamándole inepto por no haber sabido apoderarse de ti. Mi padre protestó y dio sus excusas y todo habría terminado bien... sólo que, su curiosidad le venció y preguntó al Señor Egil qué había pasado. Tú eras como una bestia salvaje, dijo Malthor, y esperaba que no hubieras hecho daño a la Señora Varra, puesto que podía ver por las heridas de Egil que había habido jaleo.

»El Señor Egil se volvió rojo como la púrpura. Creí que iba a caerse en redondo víctima de un ataque.

—Sí —dijo Stark—. Fue una equivocación decir eso —el lado ridículo del asunto le sorprendió y de pronto se vio sacudido por las carcajadas—. ¡Malthor debió haber mantenido la boca cerrada!

—Egil llamó a su guardia y les ordenó que aprehendieran a Malthor. Y cuando se dio cuenta de lo que había sucedido, Malthor se volvió contra mí, tratando de decir que yo tenía la culpa de todo porque te había dejado escapar.

Stark dejó de reír.

La voz de ella prosiguió despacio.

—Egil parecía loco de furia. He oído decir que todos los Lhari están locos y creo que así es. De todas maneras, ordenó que se me llevaran también, porque quería hundir en el barro para siempre a toda la estirpe de Malthor. Por eso estamos aquí.

Hubo un largo silencio. Stark no podía pensar en ninguna palabra de consuelo y en cuanto a la esperanza sería mejor esperar

hasta estar seguro de que por lo menos podía levantar la cabeza. Egil podía haberle dañado permanentemente, fuera de toda curación. De hecho ya le sorprendía no estar muerto.

Tornó a mirar al collar en el cuello de Zareth. Esclava. Esclava de los Lhari en la ciudad de los Seres Perdidos.

¿Qué diablos hacían con los esclavos en el fondo del mar?

Los densos gases conducían el sonido notablemente bien, excepto por una rara propiedad de difusión que hacía parecer que una voz venía de todas partes a la vez. Ahora, de inmediato, Stark se dio cuenta de un sordo clamor de voces flotando hacia él.

Trató de ver y Zareth apartó la cabeza para facilitarle la visión.

Los Seres Perdidos regresaban del trabajo, quién sabe de qué clase, que realizaban cada día.

Saliendo de la roja cortina de más allá de la abierta puerta se desparramaron en la gran vastedad del salón que estaba lleno del mismo lóbrego rojo, moviéndose despacio con sus blancos cuerpos arrastrando estelas de adustas llamas. La hueste de los condenados vagando a través de un extraño infierno tapizado de rojo, cansada y sin esperanza.

Uno por uno se fueron dejando caer en los jergones dispuestos en filas sobre la negra piedra del suelo y yacieron allí, exhaustos hasta el límite, con su pálido cabello flotando a impulsos de las lentas ondas del mar. Cada uno de ellos portaba un collar.

Un hombre no se acostó. Vino hacia Stark. Era un bárbaro alto que caminaba con grandes manotazos, de manera que se veía envuelto en chispas centelleantes, rojas, giratorias. Stark reconoció su rostro.

—Helvi —dijo, sonriéndole como bienvenida.

—¡Hermano!

Helvi se agazapó. Cuando le conoció Stark, era un corpulento y hermoso muchacho, pero ahora se había hecho hombre, con todas las risas convertidas en profundas y sombrías arrugas en torno a su boca y con los pómulos sobresaliendo como riscos de granito.

—Hermano —repitió mirando a Stark a través de un palio de lágrimas—. Loco —y maldijo salvajemente a Stark por haber llegado a Shuruun en busca de un estúpido que tomó el mismo camino y que servía para tanto como si estuviera ya muerto.

—¿Me habrías seguido tú? —preguntó Stark.

—Pero es que yo soy sólo una criatura ignorante de los pantanos —contestó Helvi—. Viniste del espacio, conoces otros mundos, sabes leer y escribir... ¡deberías tener algo más de sentido común!

Stark sonrió.

—Y yo soy aún una ignorante criatura de las rocas. Así que los dos somos tontos. ¿Dónde está Tobal?

Tobal era el hermano de Helvi que quebrantó el tabú y buscó refugio en Shuruun. Aparentemente había hallado la paz final, porque Helvi sacudió la cabeza.

—Un hombre no puede vivir demasiado tiempo bajo el mar. No sólo es comer y respirar. Tobal agotó su tiempo y yo estoy cerca del fin del mío —alzó la mano y la bajó con violencia; mirando cómo los fuegos rojos bailoteaban en torno a sus brazos.

—El cerebro se quiebra antes que el cuerpo —dijo casual Helvi, como si la cosa no tuviera importancia.

—Helvi te ha velado cada período, mientras los otros dormían —habló Zareth.

—No yo solo —intervino Helvi—. Esta pequeña me hizo compañía.

—¡Velándome! —exclamó Stark—. ¿Por qué?

Como respuesta, Helvi señaló a un jergón no muy distante. Malthor yacía allí, los ojos entreabiertos y llenos de malicia, y la fresca cicatriz lívida en su mejilla.

—Piensa que no debiste pelear en su barco —dijo Helvi.

Stark sintió un interno escalofrío de horror. Yacer allí desamparado, viendo cómo Malthor se le acercaba con los dedos abiertos tratando de cerrarse en torno a su inerte garganta.

Hizo un esfuerzo apasionado para moverse y renunció, jadeando. Helvi sonreía:

—Ahora es el momento de que te pueda vencer, Stark, cosa que antes nunca pude —dio a Stark un empujón suave en la cabeza, sorprendentemente suave dada su corpulencia—. Ya nos volveremos a medir. Duerme ahora y no te preocupes.

Se instaló para vigilar y al poco, a pesar suyo, Stark se quedó dormido, con Zareth acurrucada a sus pies como un perrito.

No había tiempo allá abajo en el corazón del Mar Rojo. Ni luz del día, ni alba, ni espacio de oscuridad. No soplaban vientos, no llovía ni ninguna tempestad rompía el silencio infinito. Sólo las

perezosas corrientes susurrantes en su camino hacia la nada y las chispas rojas que bailaban y el gran salón, esperando, recordando el pasado.

Stark esperaba también. Cuanto, nunca lo supo, pero estaba acostumbrado a esperar. Había aprendido la paciencia en las rodillas de las grandes montañas cuyas cumbres se alzaban orgullosas en el espacio abierto para mirar al Sol y había llegado a absorber el desdén que tales picachos sentían hacia el tiempo.

Poco a poco, la vida retornó a su cuerpo. Un guardián mestizo venía de vez en cuando a examinarle, pinchando en la carne de Stark con su cuchillo comprobando sus reacciones, de manera que Stark no pudiera mostrarse perezoso.

Calculaba sin control de Stark. El terrestre soportaba los pinchazos, nada más que con un leve retorcimiento, hasta que sus miembros volvieron a ser completamente suyos. Entonces saltó y lanzó al hombre a casi la mitad del salón, dándole vueltas y vueltas, gritando con sobresaltada cólera.

Al siguiente período de trabajo, Stark fue llevado con los demás a la Ciudad de los Seres Perdidos.

Stark había estado antes en lugares que le impresionaban, que le oprimían por su ambiente extraño, por su perversidad —Sinharat, las maravillosas ruinas de coral y oro perdidas en las inmensas llanuras de Marte; Jekkara, Valéis... las Ciudades del Canal Bajo que olían a sangre y vino; las cuevas de los acantilados de Ariarnhod al borde del Lado Oscuro, las enterradas ciudades-tumba de Callisto—. Pero esto... esto era una pesadilla que dominaba todos los sueños del hombre.

Miró a su alrededor con fijeza mientras marchaba en la larga fila de esclavos y sintió una fría contracción de su cuerpo como jamás había experimentado antes.

Amplias avenidas, pavimentadas con bloques de negra piedra pulimentada hasta parecer un inmenso espejo de ébano. Edificios altos e impresionantes, puros y sencillos, con el tranquilo porte de quien se siente capaz de desafiar el paso del tiempo. Negros, todos negros, sin la menor cenefa ni pintura, ni talla que ablandara la dureza de sus líneas; con sólo de trecho en trecho una ventana, roja y reluciente como ojos sanguinolentos.

Enredaderas cayendo en cascada coma la nieve, por las grandes

losas de piedra. Jardines de apelmazado césped y flores creciendo coloristas en sus verdes tallos, los pétalos abiertos a una luz diurna que se había ido, la cabeza inclinada como a impulsos de cualquier olvidada brisa. Todo limpio, todo cuidado, las ramas podadas, la tierra recién removida aquella mañana... pero ¿por qué manos?

Stark recordó el gran bosque dormido al fondo del golfo y se estremeció. No le gustó pensar cuánto tiempo hacía que aquellas flores debieron abrir sus capullos juveniles a la última luz que iban a ver jamás. Porque estaban muertas... muertas como el bosque, muertas como la ciudad. Siempre brillantes... y muertas.

Stark pensó que aquello debió ser siempre una ciudad silenciosa. Era imposible imaginarse ruidos como los de la gente en el mercado llenando las negras avenidas tan inmensas, tan severas. Aquellas enlutadas paredes no estaban hechas para devolver en ecos ni las canciones ni las risas. Incluso los niños debieron de moverse silenciosos a lo largo de los caminos de los jardines, como pequeñas y sabias criaturas nacidas en una dignidad antigua.

Comenzaba ahora a comprender el significado de aquel bosque fantasmal. El Golfo de Shuruun no había sido siempre un golfo. Antaño fue un valle, rico, fértil, arropando entre sus brazos a la gran ciudad y conservando acá y allá, sobre las laderas superiores, el retiro íntimo de algún noble o de algún filósofo... de lo que el castillo de los Lhari era lo único superviviente.

Un muro de roca había impedido el paso del Mar Rojo desde este valle. Y luego, de algún modo, el muro se agrietó y la súbita marea carmesí manó lentamente, muy lentamente, entrando en las fértiles hondonadas, subiendo más y más, lamiendo las torres y rebasando las copas de los árboles en una llamarada atorbellinada, ahogando para siempre a la tierra. Stark se preguntó si la gente supo del desastre que se avecinaba, si se habían aprestado para arreglar por última vez sus jardines de modo que pudieran permanecer perfectos dentro de los embalsamantes gases del mar.

Las columnas de esclavos, dirigidas por los capataces armados con pequeños instrumentos negros similares al que había utilizado Egil, salieron a una amplia plaza cuyos extremos lejanos quedaban velados por un lóbrego rojo. Y Stark contempló las ruinas.

Un gran edificio se había desplomado en el centro de la plaza. Sólo los dioses podían saber qué fuerza había empujado sus paredes

y lanzado aquellas gigantescas piedras negras al suelo, donde formaban ahora un montón informe. Pero allí estaba, la única cosa en desorden de la ciudad, una montaña de escombros.

Ninguna otra casa había sufrido daño. Parecía como si aquello hubiera sido el emplazamiento de los templos y que hubieran permanecido en pie ilesos, alineados a lo largo de los costados de la plaza, los mortecinos fuegos mostrándose a través de los abiertos pórticos. Hundidas en sus sombras más profundas, pensó Stark que podía divisar imágenes, casas gigantescas y sobrias bajo el chispeante resplandor.

No tuvo tiempo de examinarlas. Los capataces les obligaron a proseguir entre maldiciones y ahora comprendió la utilidad de los esclavos. Su misión era despejar aquello de los restos del edificio colapsado.

Helvi susurró:

—Durante dieciséis años, los hombres han sufrido esclavitud y han muerto aquí abajo, y el trabajo aún está a medio hacer. ¿Y por qué quieren los Lhari arreglar esto? Ya te lo diré. Porque están locos. ¡Locos como se ponen los dragones del pantano por primavera!

En verdad que parecía una locura trabajar en aquella pila de rocas dentro de una ciudad muerta en el fondo del mar. Era una locura. Y sin embargo, aunque los Lhari parecieran chiflados, no estaban locos. Había un motivo para aquello y Stark estaba seguro de que era una razón poderosa... por lo menos para los Lhari.

Un capataz se acercó a Stark, empujándole con rudeza hacia una narria ya en parte cargada de bloques rotos. Stark dudó, sus ojos adquirieron un aspecto feo y Helvi dijo:

—¡Vamos, estúpido! ¿Quieres que te vuelvan a derribar como lo hizo aquel Lhari?

Stark miró de reojo la pequeña arma, roma y alerta, y de mala gana se volvió para obedecer. Y allí comenzó su servidumbre.

La que llevó era una fantasmagórica clase de vida. Durante una temporada trató de calcular el tiempo por períodos de trabajo y sueño, pero perdió la cuenta y esta pérdida no le importó nada.

Trabajaba con los demás, ayudando a despejar las ruinas de los bloques de piedra, limpiando las bodegas en parte llenas de escombros, derribando las paredes resentidas. Los esclavos

mantenían su antigua forma de pensar, llamando «días» a los períodos de trabajo y «noches» a los de sueño.

Cada «día». Egil o su hermano Cond, venían a ver lo que se había hecho y se marchaban ceñudos y desilusionados, ordenando que se aceleraran los trabajos.

Treon pasaba allí la mayor parte del tiempo. Bajaba despacio cojeando con su pierna lisiada y se apoyaba como una pálida gárgola en las piedras planas, sin hablar nunca, mirando con sus tristes y hermosos ojos. Despertaba en Stark un vago presentimiento. Había algo ominoso en la silente paciencia de Treon, era como si esperara la venida de alguna muerte negra, muy retrasada ya, pero inevitable. Stark recordó la profecía y se estremeció.

Al cabo de un tiempo le pareció a Stark que los Lhari mandaban despejar las ruinas del edificio para llegar hasta las bodegas y sótanos enterrados. Las grandes cavernas oscuras ya descubiertas no contenían nada, pero los hermanos persistían en su esperanza. Una y otra vez Cond y Egil golpeaban paredes y suelos para ver si sonaban a hueco, hurgando aquí y allá e impacientándose ante el retraso en abrir el subterráneo laberinto. Nadie sabía qué esperaban encontrar.

Varra también venía. Sola, y a menudo, vagaba a través de los mortecinos fuegos de la bruma y contemplaba las casas sonriendo con una secreta sonrisa, con su cabello de plata ondeando bajo la acción de las corrientes. Sólo dirigía cortas y tajantes palabras a Egil, pero mantenía los ojos fijos en el corpulento y moreno terrestre y había en tales ojos una expresión que hacía hervir la sangre del joven. Egil no estaba ciego y también se ponía nervioso, pero de manera distinta.

Zareth advirtió aquella mirada. Se mantenía lo más cerca posible de Stark, sin pedir favores, pero siguiéndole con una especie de devoción, mostrándose satisfecha sólo cuando se hallaba junto a él. Una «noche» en el dormitorio de los esclavos, ella se agazapó junto al jergón de él, con la cabeza apoyada en la desnuda rodilla del hombre. No habló y su rostro permaneció oculto bajo las masas flotantes de su cabellera.

Stark la levantó un poco para poderla mirar a la cara, apartando a un lado la pálida nube.

—¿Qué es lo que te preocupa, hermanita?

Los ojos de ella estaban muy abiertos y ensombrecidos por algún vago temor. Pero dijo tan sólo:

—No me corresponde hablar.

—¿Por qué no?

—Porque... —Le temblaba la boca y de manera súbita dijo—: Oh, es una locura, lo sé. Pero la mujer Lhari...

—¿Qué hay de ella?

—Te vigila. ¡Siempre te está vigilando! Y el señor Egil está furioso. Hay algo en la cabeza de ella y que te atraerá el mal sobre ti. ¡Lo sé!

—Me parece —dijo Stark con una mueca—, que los Lhari ya han hecho todo el mal posible a nosotros los esclavos.

—No —respondió Zareth, con una rara sabiduría—. Nuestros corazones todavía están limpios.

Stark sonrió. Se inclinó y la besó.

—Tendré cuidado, hermanita.

De pronto ella lanzó sus brazos en torno al cuello de Stark y se apretó contra él frenética y muy estremecida, y el rostro del terrestre se quedó sombrío. La acarició, bastante torpemente y luego ella se fue, para acurrucarse en su propio jergón, con la cabeza enterrada en sus bracitos.

Capítulo 7

Stark permaneció acostado. Su corazón se sentía triste y había en sus ojos una humedad escocedora.

Las rojas eternidades siguieron arrastrándose. Stark comprendió lo que Helvi había querido decir, cuando dijo que la mente se rompe antes que el cuerpo. El fondo del mar no era lugar para las criaturas acostumbradas al aire superior. También comprendió el significado de los collares de metal y cómo murió Tobal.

—Hay colocados mojones. Dentro de ellos podemos nosotros pasear, si tenemos fuerzas y deseos después del trabajo. Más allá está prohibido. Y no hay posibilidad de escapar rompiendo la barrera. Cómo lo hacen, es cosa que no lo sé ni comprendo, pero así es y los collares son la clave.

»Cuando un esclavo se acerca a la barrera, el collar se ilumina como si tuviese fuego y el esclavo cae. Yo lo he probado y lo sé. Medio paralizado, uno puede todavía arrastrarse hasta la seguridad. Pero si estás loco, como Tobal, y te lanzas contra la barrera fuertemente...

Hizo un gesto de degüello con sus manos.

Stark asintió. No intentaba explicarle la electricidad o las vibraciones electrónicas a Helvi, pero le parecía evidente que la fuerza con la que los Lhari mantenían sus esclavos controlados, era algo de esa clase. Los collares actuaban como conductores, quizás para el mismo tipo de rayo generado por las armas de mano. Cuando el metal cortaba la frontera invisible, disparaba un rayo de fuerza desde la central de energía, del mismo modo que el obediente ojo eléctrico abre puertas y hace sonar campanas de alarma. Primero un aviso... después la muerte.

Los límites eran bastante amplios, se extendían en torno a la

ciudad y encerraban en su interior un buen pedazo de bosque. No había posibilidad que un esclavo se escondiese entre los árboles, porque el collar podía ser localizado por el mismo tipo de rayo, emitido a baja potencia, y el castigo que se infligía a un hombre vuelto a capturar era tal que pocos eran lo bastante locos para repetir aquel juego.

La superficie, claro, estaba terminantemente prohibida. El único lugar no guardado en la isla era en donde se alzaba la estación central de energía y allí a los esclavos se les permitía acudir algunas veces de noche. Los Lhari habían descubierto que vivían más y trabajaban mejor si respiraban ocasionalmente aire puro y miraban al cielo.

Muchas veces Stark efectuó el peregrinaje con los demás. Arriba, de las rojas profundidades de las que venían, a través de torbellinos de fuego producidos por las corrientes, a través de nubes de chispas carmesí y de los hoscas retazos de quietud que eran como pozos de sangre, una compañía de fantasmas blancos rasgaban las llamas, alzándose de su tumba para probar un poco el sabor del mundo que habían perdido.

No importaba que estuviesen tan cansados que apenas tuviesen fuerzas para volver a los acuartelamientos y dormir. Hallaban la fortaleza necesaria. Caminar de nuevo en campo abierto, desembarazarse de la eterna obscuridad carmesí y del peso opresivo sobre el pecho... para mirar hacia arriba a la caliente noche azul de Venus y oler la fragancia de los árboles nacidos en la tierra ventosa... Encontraban fuerzas para eso.

Allí cantaban, sentados en las rocas de la isla y mirando a través de la niebla hacia la playa que nunca volverían a ver. Fue su canto lo que Stark oyó cuando bajaba por el golfo con Malthor, aquel grito sin palabras, de pena y desamparo. Ahora estaba él allí, manteniendo a Zareth cerca para confortarla y uniendo su propia voz profunda al primitivo reproche contra los dioses.

Mientras estaba sentado, ululando como el salvaje que era, estudió la central de energía, un chato bloque de piedra. De noche cuando venían los esclavos se apostaban guardias al exterior para impedir que se acercaran. El bloque estaba doblemente guardado con el rayo represivo. Intentar tomar la central a la fuerza significaría sólo la muerte para cuantos fueran lo suficientemente

locos.

Stark abandonó aquella idea durante cierto tiempo. Sin embargo, no había ni un segundo en que su cerebro no pensase en escapar, pero se sentía demasiado viejo para emprender el juego de romperse el cuello contra un muro de piedra. Como Malthor, esperaría.

Zareth y Helvi cambiaron después de la llegada de Stark. Aunque nunca hablaban de huir y verse libres, ambos habían perdido su aire de desesperanza. Stark no hizo ni planes ni promesas. Pero Helvi le conocía de antaño y la chica tenía su propia sutil comprensión y así ambos volvieron a mantener altas las cabezas.

Entonces, un «día» cuando terminó el trabajo, Varra se acercó sonriendo, saliendo del rojo oscuro, e hizo un gesto y el corazón de Stark sintió un fuerte sobresalto. Sin mirar atrás dejó a Helvi y a Zareth y se fue con ella, por la amplia y quieta avenida que conducía hacia el bosque.

Capítulo 8

Dejaron atrás los fastuosos edificios y los amplios espacios abiertos y se adentraron entre los árboles. Stark odiaba al bosque. La ciudad era ya bastante mala de por sí, pero estaba muerta, honradamente muerta, excepto en aquellos limpios jardines de pesadilla. Había algo terrorífico en estos árboles gigantes, llenos de hojas verdes, agobiados por cascadas de enredaderas y con toda la rica maleza de la jungla, plantados como cadáveres imponentes, hechos adorables, mediante un experto arte de embalsamamiento. Oscilaban y susurraban cuando los rizados fuegos les envolvían, las ramas doblándose bajo aquella horrible y silenciosa parodia del viento. Stark se sentía siempre como atrapado allí, y petrificado por lo falso de las hojas, de las ramas, de las enredaderas.

Pero fue, y Varra se deslizó como un pájaro de plata por entre los grandes troncos, feliz en apariencia.

—He venido aquí con mucha frecuencia desde que era niña. Esto es maravilloso. Puedo saltar y volar con mis propios halcones —se echó a reír y tomó una flor dorada para colocársela en el pelo y luego echó a correr, sus blancas y torneadas piernas destacaban provocativas.

Stark la siguió. Se daba cuenta de lo que ella quería decir. Aquí, en tan extraño mar, el movimiento era muy parecido al volar, como si se nadara, puesto que la presión igualaba el peso del cuerpo. Se experimentaba una especie de encanto saltando de cabeza desde las copas de los árboles, para surcar las ondas como una flecha y cruzar por entre un amasijo de enredaderas y ramas, para terminar remontándose otra vez.

Ella jugaba con él y Stark lo sabía. El desafío le encendió la sangre. Pudo cogerla con facilidad, pero no lo hizo, y una y otra vez

circuló en torno de la mujer para exhibir su fuerza. Siguieron adelante a gran velocidad, dejando estelas de fuego; era como si un halcón negro diera caza a una paloma plateada a través de un bosque de ensueños.

Pero la paloma había sido criada en el nido de un águila. Stark se cansó por fin del juego. La cogió y permanecieron juntos, dejándose vagar a la deriva entre los árboles, gozando de la gozosa euforia de aquel maravilloso vuelo en el que no existía la pesantez.

Los besos de Varra fueron perezosos al principio, incitadores, curiosos. Luego cambiaron. Toda la hirviente cólera de Stark se convirtió en una clase diferente de llama. La forma en que manejó a la mujer fue áspera y cruel, y ella rió, con una risa un poco fiera y sin variaciones de tono; le dio la espalda y Stark recordó, como había pensado, que la boca de la Lhari sería como fruto amargo que causaría dolor al hombre, que la besara.

Por último, ella se apartó y se puso a descansar sobre una amplia rama, arrellanándose contra el tronco, riendo, los ojos brillantes y crueles como los propios de Stark. Stark se sentó a sus pies.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó—. ¿Qué deseas de mí?

Ella sonreía. No había nada de cauteloso o tímido en la muchacha. Se mostraba tan osada y atrevida como la desnuda hoja de una espada.

—Te lo diré, hombre salvaje.

Stark se sobresaltó.

—¿De dónde sacaste ese nombre?

—He hecho muchas preguntas sobre ti al terrestre Larrabee. Es un nombre que te sienta muy bien —se inclinó hacia adelante—. Por eso te quiero. Mata a Egil y a su hermano Cond. Mata también Bor, que cuando crezca será peor que ellos... aunque eso lo puedo hacer yo misma, si es que no te muestras partidario de matar criaturas, aunque Bor es más monstruo que niño. La Abuela no puede vivir siempre y con mis primos quitados de en medio ella no constituirá ninguna amenaza. Treon no cuenta.

—Y si lo hago... ¿qué ocurrirá luego?

—La libertad. Y yo. Gobernarás Shuruun a mi lado.

Los ojos de Stark brillaron burlones.

—¿Por cuánto tiempo, Varra?

—¿Quién sabe? ¿Y qué importa? Los años se encargarán por sí mismos de responder a tu pregunta —se encogió de hombros—. La sangre de los Lhari se ha agotado y ya es hora de que inyectemos sangre nueva. Nuestros hijos nos sucederán en el gobierno y serán hombres.

Stark soltó una carcajada. Fue como un feroz gruñido.

—No basta que sea un esclavo para los Lhari. Ahora he de ser... ¡verdugo y semental también! —La miró con agudeza e intención—. ¿Por qué yo, Varra? ¿Por qué me elegiste a mí?

—Porque, como ya te dije, eres el primer hombre que he visto desde que murió mi padre. También hay algo en ti...

Se incorporó y perezosamente sus labios rozaron los de él.

—¿Crees que sería malo vivir conmigo, hombre salvaje?

Ella era adorable y enloquecedora, una bruja de plata entre los mortecinos fuegos del mar, llena de risas y perversidades. Stark extendió los brazos y la atrajo hacia sí.

—No muy malo —murmuró—: Peligroso.

La besó apasionadamente, y Varra susurró:

—Creo que no te asusta el peligro.

—Al contrario, soy hombre precavido —la apartó para poder mirarla a los ojos—. Tengo que ajustar una cuenta con Egil, pero no soy un asesino. La pelea ha de ser noble y Cond deberá cuidarse de sí mismo.

—¡Noble! ¿Fue noble contigo... o conmigo?

Stark se encogió de hombros.

—O se hace a mi manera, o no se hace en absoluto.

Ella pensó un rato, luego asintió.

—Está bien. En cuanto a Cond, tendrá contigo una nube de sangre y el orgullo le obligará a pelear. Todos los Lhari son orgullosos —añadió con amargura—. Es nuestra maldición. Pero nos viene de casta, como ya descubrirás.

—Una cosa más. Zareth y Helvi han de quedar libres y debe de haber un fin a toda esta esclavitud.

Ella le miró con fijeza.

—¡Propones un trato muy duro, hombre salvaje!

—¿Sí o no?

—Sí y no. Si quieres podrás tener a Zareth y a Helvi aunque los dioses saben lo que puedes ver en esa pálida criatura. En cuanto a

lo otro... —sonrió burlona—. No soy tonta, Stark. Tú me estás esquivando, y ese es un juego que pueden jugar dos a la vez.

Stark soltó una carcajada.

—Está bien Y ahora dime esto, hermosa bruja de rizos de plata... ¿cómo voy a tener a Egil a mi alcance para que pueda matarle?

—Yo arreglaré eso.

Lo dijo con tan perversa seguridad, que Stark quedó convencido de que sí que lo arreglaría. Permaneció en silencio un momento y luego preguntó.

—Varra... ¿qué buscan los Lhari en el fondo del mar?

Ella respondió despacio:

—Ya te dije que somos un clan orgulloso. Hace siglos, por causa de nuestro orgullo, nos vimos desterrados de las Altas Mesetas. Ahora esto es todo lo que nos queda; pero, sin embargo, constituye un acicate.

Se detuvo y luego prosiguió:

—Creo que conocemos la ciudad desde hace mucho tiempo, pero que nunca significó nada hasta que mi padre quedó fascinado por ella. Permanecía muchos días aquí, explorando, y fue quien encontró las armas y la máquina de energía que hay sobre la isla. Después encontró la carta y el libro de metal, todo escondido en un lugar secreto. El libro estaba escrito en criptogramas... como si tuviese que ser descifrado... y la carta mostraba la plaza con el edificio en ruinas y los templos, con un diagrama adjunto de catacumbas por debajo del suelo.

«El libro narraba un secreto... una cosa maravillosa y que causaba miedo también. Y mi padre creyó que el edificio había sido derrumbado para cerrar la entrada a las catacumbas en donde se guardaba dicho secreto. Decidió hallarla».

Sesenta años de la vida de los otros hombres. Stark se estremeció.

—¿Cuál era el secreto, Varra?

—La manera de controlar la vida No sé cómo se hace, pero uno podría construir una raza de gigantes, de monstruos, o de dioses. Comprende lo que eso significaría para nosotros, un clan orgulloso y moribundo.

—Sí —respondió Stark, despacio—. Me doy cuenta.

—La magnitud de la idea me impresionó. Los constructores de la ciudad debían haber sido muy sabios en su investigación científica para conseguir tan terrible poder. Moldear las células vivas del cuerpo a voluntad... crear, no la vida en sí, sino su forma... su estilo...

Una raza de gigantes, o de dioses. A los Lhari les gustaría eso. Transformar su propia carne degenerada en algo más allá de la raza de los hombres, desarrollar sus seguidores en un cuerpo de hombres de lucha que nadie pudiera resistir, ver que sus hijos tenían una ventaja sagrada sobre todos los hijos de los hombres... Stark estaba apesadumbrado ante la realización del mal que podían hacer, si alguna vez hallaban el secreto.

—Había una advertencia en el libro —dijo Varra—. El significado no era muy claro, pero parecía como si los antiguos que habían pecado contra los dioses y habían sido castigados, quizás sufrieron una plaga. Era una raza extraña y no humana. De cualquier forma, destruyeron el gran edificio como una barrera para impedir que cualquiera siguiese sus huellas y luego dejaron que el Mar Rojo cubriese para siempre la ciudad. Debían haber sido gente supersticiosa, pese a todo su saber.

—Luego vosotros ignorasteis el aviso y nunca os preocupasteis de comprender que toda la ciudad había muerto para demostrar la certeza de tal advertencia.

Ella se encogió de hombros.

—Oh, Treon ha estado musitando profecías acerca de ello durante años. Nadie le hace caso. En cuanto a mí misma, no me importa si encontramos o no el secreto. Mi creencia es que fue destruido junto con el edificio y, además, no tengo fe en tales cosas.

—Además —repitió Stark en tono de burla—, no te importaría ni te agradaría ver a Egil ni a Cond dando zancadas a través de los cielos de Venus, y tú dudas del lugar que te sería destinado para su nuevo panteón.

Ella le enseñó los dientes.

—Eres demasiado listo para tu propia salud. Y ahora, adiós —le dio un beso rápido y duro y desapareció, volando, remontándose por encima de los árboles, en donde él no se atrevió a seguirla.

Stark regresó despacio a la ciudad, impresionado y muy pensativo.

Cuando entró en la gran plaza, encaminándose hacia los acuartelamientos, se detuvo, todos sus nervios tensos.

En alguna parte, dentro de los templos sombríos, el sonar de una campana votiva se percibía, enviando su profunda nota pulsadora a través del silencio. Despacio, despacio, como el latir de un corazón moribundo, le llegó el tañido y se mezcló con la música débil de la voz de Zareth, llamándole por su nombre.

Capítulo 9

Cruzó la plaza, mezclándose con cuidado a través de la rojiza bruma y no tardó en verla.

No era difícil encontrarla. Había allí un templo mayor que los demás. Stark pensó que antaño debía quedar encarado al edificio en ruinas, como si la gran figura de su interior vigilase amparadora a los científicos y filósofos que acudían a soñar con sus vastos y a veces terribles sueños.

Los filósofos se fueron y los científicos se destruyeron a sí mismos. Pero la imagen aún se cernía vigilante sobre la apagada ciudad, con la mano izada tanto en advertencia como en signo de bendición.

Ahora yacía sobre sus reptiles rodillas la pobre Zareth. El templo estaba abierto a los cuatro costados, y Stark podía verla con claridad, un pedacito blanco de humanidad en comparación con la negra e inhumana figura.

Malthor estaba de pie junto a ella. Era quien sabía estado haciendo sonar la campana votiva, ahora se había detenido y las palabras de Zareth pudieron llegar claras a Stark.

—¡Vete, vete! Te están esperando. ¡No vengas Aquí!

—Sí, te espero, Stark —llamó Malthor, sonriendo—. ¿Tienes miedo de venir? —Y tomó a Zareth por el pelo y la golpeó, despacio, con deliberación, en la cara.

El rostro de Stark perdió toda expresión, quedando perfectamente blanco, a excepción de sus ojos, que adquirieron un súbito destellar de odio. Empezó a moverse hacia el templo, sin apresurarse, pero avanzando de una manera que parecía el progreso incontenible de todo un ejército.

Zareth se libertó de su padre. Quizás quería escapar.

—¡Egil! —gritó—. Es una trampa...

De nuevo la cogió Malthor, golpeándola esta vez con mayor fuerza, de modo que la muchacha cayó sobre la imagen que con sus ojos diamantíferos miraba sin ver nada.

—Teme por ti —dijo Malthor—. Sabe que pienso matarte, si puedo. Bueno, quizás Egil esté también aquí. Puede que no. Pero quién sí está es Zareth. Le he pegado y volveré a golpearla mientras esté con vida, porque me traicionó. Y si quieres salvarla, perro extranjero, tendrás que matarme. ¿O tienes miedo?

Stark tenía miedo. Malthor y Zareth estaban solos en el templo. La columnata se veía sólo recorrida por los mortecinos fuegos del mar. No obstante, Stark tenía miedo, porque un indescriptible instinto le avisaba.

No importaba. La blanca piel de Zareth se veía moteada por las moraduras y Malthor le sonreía... No, no importaba el peligro.

Pasó bajo el pórtico y embocó la columnata, rápidamente ahora, dejando tras de sí una estela de fuego. Malthor le miró a los ojos, la sonrisa le tembló y acabó por desvanecerse de los crueles labios.

Se agazapó. Y en el último momento, cuando el cuerpo moreno volaba hacia él, como un tiburón atacando a su presa, sacó de entre sus cortos pantalones un afilado cuchillo y asestó la puñalada.

Stark no había previsto aquello. Registraban a los esclavos cada día, en busca de posibles armas, pues incluso una piedra plana constituía algo prohibido. Alguien debía haberle proporcionado el cuchillo, alguien...

El pensamiento le cruzó la mente en el fugaz instante mismo en que se hallaba en el acto de esquivar el golpe mortal. «Demasiado tarde, demasiado tarde, porque su propio ímpetu le llevaba hasta el punto de la muerte...».

Reflejos más rápidos que los de cualquier hombre, reacciones salvajes de un espesor inferior al de un cabello. Esfuerzo de los músculos, centro de gravedad cambiado gracias a un retorcimiento brusco, las manos engarfiadas agarrándose a la rojez de fuego como si trataran de desafiar a las mismas leyes de la gravedad. La hoja de acero marcó un largo surco en su pecho, pero no profundizó por una fracción de pulgada tan sólo.

Mientras Stark aún no había recobrado el equilibrio, Malthor saltó.

Se agarraron. La hoja del cuchillo relucía rojiza, era como una lengua hambrienta deseosa de probar el gusto de la vida de Stark. Los dos hombres rodaron una y otra vez, dejándose llevar erráticos, despertando una lluvia de chispas en el mar que todo lo inundaba; y aún la imagen seguía mirándoles, su rostro tranquilo y reptilesco, inmutable, benigno y sabio.

Stark cogió el brazo de Malthor por debajo del suyo y lo mantuvo allí con ambas manos. Estaba de espaldas al hombre, ahora. Malthor pateó y arañó con los pies en el dorso de los muslos de Stark, y su brazo izquierdo se alzó y trató de aferrarse a la garganta del terrestre. Stark hundió la barbilla para impedirlo y entonces la mano de Malthor comenzó a desgarrar el rostro de Stark, buscándole los ojos.

Stark emitió un sonido bestial con su garganta. Movié la cabeza de pronto, cogiendo la mano de Malthor entre las mandíbulas. No la soltó. Al poco sus dientes estaban clavados firmemente en la juntura del pulgar y Malthor gritaba, pero Stark pudo conceder toda su atención a lo que estaba haciendo con el brazo que sujetaba el cuchillo. Sus ojos habían cambiado. Eran bestiales por completo ahora; los ojos de un asesino destellando fríos y hermosos en su rostro moreno.

Se oyó un sordo crujido y el brazo dejó de esforzarse o de pelear. Se dobló sobre sí mismo y el cuchillo cayó, poco a poco hasta tocar el suelo. Malthor bramaba más que gritaba ahora. Hizo un esfuerzo para apartarse cuando Stark le soltó, pero fue un gesto fútil y ya no produjo ni el menor sonido cuando Stark le rompió el cuello.

Arrojó de sí el cuerpo. Lo vio flotar alejándose, moviéndose perezoso al impulso de las corrientes hacia la columnata. De vez en cuando, tocando contra un negro pilar, como en una navegación a la deriva, saliendo y perdiéndose hacia la playa. Malthor no tenía prisa. Ante él se extendía toda la eternidad.

Stark se alejó con cuidado de la muchacha, que trataba débilmente ahora de sentarse en las rodillas de la imagen. Llamó a alguna presencia invisible escondida en las sombras debajo del pórtico.

—Malthor te llamó por tu nombre, Egil. ¿Por qué no sales?

Hubo un parpadeo de movimiento en la densa oscuridad del

tejadillo de lo alto de las columnas.

—¿Y por qué iba a salir? —preguntó el señor Egil de los Lhari—. Le ofrecí la libertad si te mataba, pero parece ser que no pudo... aun cuando le dieron un cuchillo y drogas para mantener a tu amigo Helvi fuera de nuestro camino.

Salíó a donde Stark podía verle, muy hermoso con su túnica de seda amarilla y la roma arma en sus manos.

—Lo importante es morder el cebo. No te enfrentarás a mí por causa de esto... —Alzó el arma—. Pude haberte matado, claro, mientras trabajabas, pero mi familia hubiese dicho cosas muy duras acerca de eso. Eres un esclavo fenomenalmente bueno.

—Sí, te habrían dicho palabras como «cobarde», Egil —repuso Stark con suavidad—. Y Varra te hubiese lanzado su pájaro sin remisión.

Egil asintió. Sus labios se curvaron crueles.

—Exacto. Eso te hubiese divertido, ¿verdad? Y ahora mi primita está adiestrando otro halcón para que me ataque. Hoy te puso la capucha, ¿verdad, forastero?

—Ah, bien. No te maté abiertamente, porque hay un modo mejor. ¿Crees que quiero que se murmure por todo el Mar Rojo que mi prima me despreció prefiriendo a un salvaje extranjero? ¿Crees que quiero que se sepa que te odio y por qué? No. Yo, de todas, maneras, hubiese matado a Malthor, de no haberlo hecho tú, porque sabía demasiado. Y cuando os haya matado a la muchacha y a ti, llevaré vuestros cuerpos hasta la barrera y los dejaré juntos y será evidente para todo el mundo, incluso para Varra, que moristeis intentando escapar.

El cañón del arma apuntó derecho a Stark y el dedo de Egil tembló sobre el gatillo. Esta vez a plena potencia. En lugar de parálisis, muerte. Stark midió la distancia entre él y Egil. Habría muerto antes de poder golpear, pero el ímpetu de su salto podía incitarle a proseguir una vez muerto, una vez cadáver, y dar a Zareth una posibilidad de escapar. Los músculos de sus muslos se agitaron y se pusieron tensos.

Una voz dijo:

—¿Y será evidente entonces por qué morí yo, Egil? Porque si les matas, tendrás que matarme a mí también.

Stark no sabía cuándo o de dónde había aparecido Treor. Pero

estaba allí, junto a la imagen, y su voz estaba llena de una fuerte música y sus ojos brillaban con una luz fantasmal.

Egil se había sobresaltado y empezó a jurar furioso.

—¡Idiota! ¡Fracasado! ¿Cómo viniste aquí?

—¿Como el viento y la lluvia? Yo no soy como los demás hombres —soltó una carcajada, un sonido sombrío sin nada de buen humor—. Estoy aquí, Egil, y eso es cuanto importa. Y no matarás a este forastero, que es más bestia que hombre y más hombre que cualquiera de nosotros. Los dioses le reservan un destino.

Mientras hablaba avanzó hasta colocarse entre Stark y Egil.

—Apártate de en medio —dijo Egil.

Treon sacudió la cabeza.

—Muy bien —anunció Egil—. Si deseas morir; se cumplirá tu deseo.

Un resplandor malicioso brilló en los ojos de Treon.

—Hoy es el día de la muerte —dijo con suavidad—, pero no la suya, ni la mía.

Egil dijo una palabra breve y fea, y alzó el arma.

Después de eso las cosas ocurrieron con suma rapidez. Stark saltó, arqueándose y pasando por encima de la cabeza de Treon, dejando una estela de rojos gases como podría dejarla una flecha incendiaria. Egil comenzó a retroceder y alzó el arma hacia arriba y su dedo apretó el botón del gatillo.

Algo blanco se interpuso entre Stark y Egil y recibió toda la fuerza del disparo.

Algo blanco. El cuerpo de una muchacha, colgado con una cascada de cabello y con un collar de metal reluciente en torno al esbelto cuello.

Zareth.

Se habían olvidado de ella, de la muchacha golpeada que estaba agazapada en las rodillas de la imagen. Stark se había movido para evitarle todo peligro, y no siendo ella ninguna amenaza para el poderoso Egil, mientras que los pensamientos de Treon se centraban sólo en sí mismo y en los vientos que le rodeaban. Sin que nadie le oyese, ella se había arrastrado hasta un lugar desde donde con un último salto se interpondría entre Stark y la muerte.

El ímpetu de la marcha de Stark le llevó sobre ella, y su cabello rozó suavemente la piel del terrestre. Entonces se vio encima de

Egil y todo fue tan rápido que el Señor de los Lhari no tuvo tiempo de disparar por segunda vez.

Stark se mostraba frío, cálidamente frío, y con una extraña ceguera en él, de modo que no podía ver nada claro, excepto el rostro de Egil. Y fue Stark quien gritó esta vez un terrible sonido como el grito de un enorme gato que ha pasado más allá de la razón o del miedo.

Treon permaneció mirando. Vio la corriente de sangre ensombrecer el mar y escuchó cómo sobrevénía el silencio a la cosa que había sido su primo, alejarse errante sobre la lenta marea. Después de ver todo esto no quedó en absoluto sorprendido.

Stark se acercó hasta el cuerpo de Zareth. La chica todavía respiraba, muy débil, y volvió los ojos a Stark y sonrió.

Stark ahora estaba cegado por las lágrimas. Toda su furia había desaparecido al correr la sangre de Egil, embargándole una doliente compasión y una maravillosa tristeza y repugnancia.

Cogió a Zareth muy tiernamente en sus brazos y la levantó, torpe, mirando cómo las lágrimas caían por el rostro de la muchacha. En seguida supo que había muerto.

Algún tiempo después, Treon se le acercó y dijo con suavidad:

—Nació para este fin y ella lo sabía y se sintió feliz. Incluso ahora sonríe. Y tiene motivos, porque tuvo una muerte mejor que la mayor parte de nosotros —puso su mano sobre el hombro de Stark—. Vamos, te enseñaré dónde colocarla. Allí estará a salvo y mañana la podrás enterrar donde a ella más le hubiese gustado.

Stark se levantó y le siguió, portando a Zareth entre sus brazos.

Treon fue hasta el pedestal sobre el que se alzaba la imagen. Oprimió una cierta serie de resortes ocultos y una sección del pavimento se deslizó sin ruidos, revelando unos escalones de piedra que conducían a los sótanos.

Capítulo 10

Treon abrió la marcha al bajar en aquella obscuridad sólo iluminada por los mortecinos fuegos que despertaban a su paso. El gas rojo yacía inmóvil, estancado, aprisionado dentro de las paredes de un pasadizo cuadrado construido en la misma piedra negra.

—Esto son las criptas —dijo el Lhari—. El laberinto descrito en la carta que encontró mi padre —y le habló de la carta, como había hecho Varra.

Marchó en cabeza seguro, su deforme cuerpo moviéndose sin dudas, pasando ante las bocas de otros corredores afluentes y de las puertas de cámaras cuyos interiores permanecían ocultos en las sombras.

—Aquí está la historia de la ciudad. Todos los libros y el saber que no tuvieron corazón para destruir. No hay armas. No eran gente guerrera y creo que la fuerza que nosotros los Lhari hemos utilizado de modo distinto era sólo defensiva, para protegerse contra las bestias y los ataques de los primitivos habitantes de los pantanos.

Con un gran esfuerzo Stark apartó sus pensamientos de la ligera carga que portaba.

—Creí —dijo con torpeza—, que las criptas quedaban debajo del edificio colapsado.

—Eso pensamos todos. Se nos indujo a pensarlo. Por eso derribaron el edificio. Y durante dieciséis años nosotros los Lhari hemos matado hombres y mujeres haciéndoles retirar las piedras y los escombros. Pero también aparecía el templo en la carta. Creímos que era sólo un mojón, un hito, una pista para identificar al gran edificio. Pero empecé a preguntarme...

—¿Cuánto tiempo hace que lo sabes?

—No mucho Quizás dos lluvias. Me costó muchas estacionas

hallar el secreto de este pasadizo. Venía aquí por la noche, mientras dormían los otros.

—¿Y no se los dijiste?

—¡No! —exclamó Treon—. Piensas que de habérselo dicho habrían puesto fin a la esclavitud y a la muerte. ¿Y qué entonces? ¿Mi familia, por ahí suelta, con poder para destruir un mundo al igual que fue destruida esta ciudad? ¡No! Era mejor que siguieran muriendo esclavos.

Hizo un gesto a Stark para que se apartara a un lado, luego, entre puertas de oro abiertas de par en par entraron en una ingente sala tan enorme que era imposible hacerse una idea de su vastedad en medio de aquel rojizo resplandor.

—Aquí enterraban a sus reyes —dijo Treon en voz baja—. Deja allí encima a la pequeña.

Stark miró en su torno, aún demasiado aturdido para sentir aprensión, pero impresionado.

Los lechos de mármol negro estaban dispuestos en rectas filas... tan largas que el único límite se lo daba el alcance de la visión. Y sobre ellos dormían los viejos reyes, sus cuerpos, maravillosamente embalsamados, cubiertos por túnicas de seda, las manos cruzadas sobre el pecho, sus sabios rostros inhumanos mostrando la impronta de la paz.

Con mucha suavidad, Stark depositó a Zareth en un marmóreo diván, la cubrió también con sedas, le cerró los ojos y le plegó las manos. Y le pareció que su carita también tenía la misma expresión de paz que los cadáveres de los monarcas.

Salió con Treon, pensando que nadie se había ganado con más justicia el eterno reposo en la necrópolis de los reyes, que la infortunada Zareth...

—Treon —dijo.

—¿Sí?

—Esa profecía de que hablaste cuando llegué al castillo... quiero hacerla cumplir.

Treon asintió.

—Para eso son las profecías.

No volvió hacia el templo, sino que abrió la marcha hundiéndose más en el corazón de las catacumbas. Dentro de él ardía una gran excitación, algo brillante y terrible que se

comunicaba hasta Stark. Treon había cobrado de súbito la estatura de la imagen misma del destino y el terrestre tenía el presentimiento de hallarse apresado en medio de una corriente que le lanzaría adelante de manera irresistible hasta barrer cuanto se le interpusiera en su curso. Y Stark se estremeció.

Llegaron por fin al extremo del corredor. Y allí, bajo el rojo resplandor, una figura esperaba sentada ante una negra puerta cerrada. La figura era grotesca e increíblemente deforme, tanto que el cuerpo tullido de Treon parecía casi hermoso en comparación. Sin embargo, su rostro era el de las imágenes de los viejos reyes de hundidos ojos, que antaño albergaron la sabiduría, mientras que una mano con sus siete dedos estaba extendida, todavía esbelta y sensitiva.

Stark retrocedió. La cosa le ponía penosamente enfermo y hubiera querido dar media vuelta, pero Treon le apremió para que siguiera.

—Acércate. Está muerto, embalsamado, pero tiene un mensaje para ti. Ha estado esperando todo este tiempo para darte su mensaje.

De mala gana, Stark se adelantó.

Muy súbitamente le pareció que la cosa hablaba.

«Mírame. Fíjate en mí y acepta mi consejo antes de apoderarte del poder que yace detrás de esta puerta».

Stark retrocedió de un salto y Treon sonrió.

—Igual me pasó a mí. Pero desde entonces lo he escuchado varias veces. No habla con la voz, sino dentro de la mente de uno y sólo después de haber pasado ante cierto lugar.

La mente razonadora de Stark consideró aquello. Evidentemente se trataba de una grabación de pensamientos, disparada mediante un rayo electrónico. Los antiguos se habían asegurado de que su advertencia fuese oída y comprendida por cualquiera que resolviese el enigma de las catacumbas. Imágenes mentales, hablando directamente al cerebro, sin conocer barrera alguna de tiempo o idioma.

Volvió a adelantarse y una vez más la voz telepática le habló.

—Manipulamos los secretos de los dioses. Nuestra intención no era el mal. Fue tan sólo que amábamos la perfección y deseábamos conformar todas las cosas vivientes de manera que no tuvieran

ningún defecto, como tampoco lo tienen nuestros edificios y nuestros jardines. No sabíamos que eso iba contra la Ley.

»Yo fui uno de los que descubrieron el modo de cambiar la célula viva. Utilizamos la fuerza que viene de la Tierra de los Dioses más allá del firmamento y la dominamos de manera que podíamos moldear la carne viviente como el alfarero moldea la arcilla. Curamos a los lisiados y tullidos y enderezamos a los que salieron torcidos del óvulo y, durante un tiempo, fuimos como hermanos de los mismos dioses. Yo mismo conocí la gloria de la perfección. Y luego sobrevino el ajuste de cuentas.

»La célula, una vez cambiada, no dejó de evolucionar. El crecimiento fue lento y durante algún tiempo no lo advertimos, pero cuando lo hicimos ya era demasiado tarde. Nos estábamos convirtiendo en una ciudad de monstruos. Y la fuerza que habíamos utilizado era peor que inútil, porque cuanto más tratábamos de moldear la monstruosa carne para reducirla a su forma normal, más crecían y crecían las células estimuladas, hasta que los cuerpos sobre los que trabajábamos como si fueran arcilla, arreciaron en su mutación y hasta se los veía cambiar raudos a simple vista.

»Uno a uno, los habitantes de la ciudad se fueron destruyendo a sí mismos. Y aquellos de nosotros que quedamos, comprobamos el criterio de los dioses y comprendimos cuál era nuestro deber. Lo hicimos todo con rapidez y dejamos que el Mar Rojo nos ocultara para siempre de los de nuestra propia raza y de cuantos vinieran después.

»Sin embargo, no destruimos nuestra sabiduría. Quizás nos lo impidió el orgullo, pero el caso es que no nos pudimos decidir a destruirla. Puede ser que otros dioses, otras razas más sabias que la nuestra, puedan separar lo malo y quedarse únicamente con lo bueno. Porque es bueno para todas las criaturas que sean, si no perfectas, por lo menos fuertes y hermosas.

»Pero no olvides este aviso, oh, tú, quienquiera que seas el que me escuches. Si tus dioses se muestran celosos, si tu pueblo no tiene la sabiduría o la ciencia para alcanzar el éxito allá donde fracasamos nosotros en controlar esta fuerza, ¡entonces, no toques el secreto! ¡O tanto tú como tu pueblo seguiréis la malhadada suerte que yo he corrido!

La voz calló. Stark retrocedió de nuevo y dijo a Treon con

incredulidad:

—¿Y tu familia ignorará este aviso?

Treon soltó una carcajada.

—Son estúpidos. Son crueles y codiciosos y con mucho orgullo. Dirían que esto fue una mentira para asustar a los intrusos, o que la carne humana no podría estar sujeta a las leyes que gobiernan la caverna de los reptiles. Dirían cualquier cosa, porque llevan mucho tiempo soñando con esto y no serían capaces de renunciar a ello.

Stark se estremeció y miró hacia la puerta negra.

—La cosa debe ser destruida.

—Sí —dijo Treon en voz baja.

Sus ojos brillaban, como si mirasen en su interior contemplando algún sueño particularmente propio. Empezó a adelantarse, y cuando Stark hizo gesto de acompañarle, le mandó quedarse atrás diciendo:

—No. Tú no tienes parte en esto —sacudió la cabeza.

Hizo una pausa.

—He esperado —susurró, casi para sí—. Los vientos me mandaban esperar hasta el día en que todo estuviese maduro para caer del árbol de la muerte. He esperado y al amanecer supe, porque el viento lo dijo, que «ahora ha llegado el momento de recolectar el fruto».

Miró de pronto a Stark y sus ojos, pese a sus palabras, eran los ojos de una persona extremadamente cuerda.

—Ya lo has oído, Stark. «Enderezamos aquellos que salieron encorvados del óvulo». Yo tendré mi hora. Podré alzarme como un hombre por el poco tiempo que quede.

Se volvió y Stark no hizo el menor movimiento para seguirle. Vio como, el retorcido cuerpo de Treon desaparecía, blanco contra el rojo mortecino, hasta pasar junto al monstruoso vigilante y llegar a la puerta negra. Los largos brazos delgados se extendieron y quitaron el cerrojo.

La puerta se abrió despacio. A través de la abertura Stark vio de reojo una cámara que contenía una estructura de campanas de cristal y discos montados en un marco metálico, todo entero reluciendo y brillando con la inquieta luz azulada que destellaba como si fueran los ecos de un inmenso corazón latiendo. Habían otros aparatos, intrincados bancos de válvulas y condensadores,

pero aquello era el corazón y el corazón todavía vivía.

Treon entró y cerró la puerta tras él.

Stark se retiró a alguna distancia del guardián, agazapado, y se apoyó de espaldas contra la pared. Pensó en el aparato. Quizás rayos cósmicos... la fuerza invisible que venía más allá del firmamento. Incluso todavía todas sus potencias eran desconocidas. Pero unos pocos hombres espaciales sin suerte, encontraron que ciertas condiciones podían hacer cosas sorprendentes para el tejido humano.

Tuvo unos pensamientos que a Stark no le gustaban en absoluto. Trató de apartarlos del cerebro. De no pensar en absoluto en Treon. El corredor estaba oscuro y muy quieto y el horror informe permanecía sentado en silencio en el umbral y aguardaba con él. Stark empezó a temblar, fue un tic nervioso y animal.

Esperaba. Al cabo de un rato pensó que Treon debía haber muerto, pero no se movió. No deseaba entrar en aquella habitación para cerciorarse.

Esperó.

De pronto se puso en pie de un salto, un frío sudor recorría su cuerpo. Un estampido despertó ecos en el corredor, un estrépito de cristal roto y una nota alta y cantarina que salía de la nada.

La puerta se abrió.

Un hombre salió. Un hombre alto, derecho y hermoso como un ángel, un hombre de fuertes miembros con el rostro de Treon y con sus ojos trágicos. Tras de él la cámara estaba a oscuras. El latir del corazón de la energía se había detenido.

La puerta volvió a cerrarse con cerrojo y la voz de Treon decía:

—Han quedado registros y muchos de los aparatos, de modo que el secreto no se ha perdido por entero... creo. Sólo queda fuera del alcance.

Se acercó a Stark y le tendió la mano.

—Luchemos juntos, como hombres. Y no temas. Moriré, mucho antes de que cambie este cuerpo —sonrió, la recordada sonrisa que estaba llena de lástima por todas las cosas vivientes—. Lo sé, porque los vientos me lo han dicho.

Stark le estrechó la mano.

—Bien —dijo Treon—. Y ahora vamos, extranjero de los ojos fieros. Porque la profecía es tuya y el día es tuyo y yo que he

reptado como una víbora toda mi vida sé poco de batallas. Manda que te seguiré.

Stark jugueteó con el collar en torno a su cuello.

—¿Puedes quitarme esto?

Treon asintió.

—Hay herramientas y ácido en una de las cámaras.

Las encontró y trabajó con rapidez. Mientras trabajaba Stark pensó, sonriendo... con una sonrisa carente de piedad.

Volvieron por último al templo y Treon cerró la entrada de las catacumbas. Era todavía de noche porque la plaza se hallaba vacía de esclavos. Stark encontró el arma de Egil donde había caído, en el mismo tejado en que murió el Lhari.

—Tenemos que darnos prisa —dijo a Stark—. Vamos.

Capítulo 11

La isla se veía rodeada de jirones de niebla espesa y de la azul oscuridad de la noche. Stark y Treon se deslizaron en silencio por entre las rocas hasta vislumbrar la luz que salía por las troneras de la central de energía.

Habían allí siete guardias, cinco dentro del bloque, dos fuera, patrullando.

Cuando estuvieron lo bastante cerca, Stark se deslizó como si fuera una sombra y ni siquiera una piedrecilla crujió bajo sus desnudos pies. Al poco, halló un lugar a su gusto y se agazapó. Un centinela pasó a menos de un metro, bostezando y mirando esperanzado al cielo como si buscara hallar en él los primeros claros del alba.

La voz de Treon sonó fuerte, pero con sus inconfundibles tonos de dulzura.

—¡Ah, de los centinelas!

El guardián se detuvo y giró en redondo. Desde la curvada pared de piedra alguien empezó a correr, sus sandalias resonando sobre el blando terreno mientras el segundo centinela acudía.

—¿Quién habla? —preguntó uno—. ¿El Señor Treon?

Atisbaron tratando de perforar la oscuridad y Treon respondió:

—Sí.

Se había adelantado lo bastante para que pudieran distinguir el pálido manchón de su cara, manteniendo a su cuerpo fuera de la vista entre las rocas y matorrales.

—Daos prisa —ordenó—. Mandad que abran la puerta —hablaba entrecortadamente—. ¡Una tragedia... un desastre! ¡Mandad que abran!

Uno de los hombres obedeció de un salto y empezó a aporrear la

gruesa puerta que estaba cerrada desde el interior. El otro permaneció inmóvil, mirando con ojos desorbitados. Entonces se abrió la puerta, vertiendo una oleada de luz amarillenta en el seno rojizo de la niebla.

—¿Qué pasa? —preguntaron los hombres de dentro—. ¿Qué ha ocurrido?

—¡Salid! —jadeó Treon—. ¡Mi primo ha muerto, el Señor Egil ha muerto, lo asesinó un esclavo!

Dejó que se percataran del significado de sus palabras. Tres o más salieron quedando dentro del círculo de luz y había terror en sus rostros, como si temieran ser considerados responsables de aquello.

—Ya le conocéis —dijo Treon—. El esclavo corpulento de la Tierra. Ha matado al Señor Egil y se ha adentrado en el bosque. Necesitamos a todos los guardas para ir tras él, puesto que muchos más centinelas han de vigilar al resto de los esclavos que se han amotinado. Tú y tú... —Elegió a los cuatro más fuertes—. Id en seguida a uniros a las patrullas que efectúan la búsqueda. Yo me quedaré aquí con los demás.

Casi dio resultado. Los cuatro dieron un par de pasos dubitativos y entonces uno se detuvo y dijo dudoso:

—Pero, mi señor, está prohibido que abandonemos nuestros puestos sea el motivo que fuere. ¡Terminantemente prohibido, mi señor! El Señor Cond nos matará, si abandonamos este lugar.

—Y teméis más al Señor Cond que a mí —dijo Treon con tono filosófico—. Ah, bueno. Comprendo.

Se adelantó, entrando plenamente en el círculo de luz.

Un carraspeo colectivo fue emitido por los guardianes seguido por un grito de asombro. Los tres del interior habían salido armados tan sólo con espadas, pero los dos centinelas tenían sus pistolas conmocionadoras. Uno gritó:

—¡Es un demonio que habla con voz de Treon!

Y las dos negras armas empezaron a alzarse.

Tras ellos, Stark disparó dos silenciosos proyectiles en rápida sucesión y los hombres cayeron, quedando fuera de combate durante varias horas. Luego saltó hacia la puerta.

Colisionó con los dos hombres que estaban haciendo lo mismo. El tercero se había vuelto para contener a Treon con su espada

hasta que estuvieran a salvo dentro de la central.

Al ver el peligro que corría Treon de ser ensartado por la espada, Stark disparó entre los cuerpos de los guardias derribando al tercer centinela. Luego se vio envuelto en un amasijo de forcejeantes brazos y piernas y un golpe afortunado le arrancó el arma de la mano.

Treon se incorporó a la pelea y disfrutando de su nueva fuerza, cogió a un individuo por el cuello y lo arrojó lejos. Los centinelas eran hombres corpulentos y fuertes, y luchaban con desesperación. Stark se notaba magullado y sangrante por un corte en la boca antes de poder aplicar un aniquilador y decisivo puñetazo.

Alguien pasó corriendo junto a él por el umbral. Treon gritó. Por el rabillo del ojo Stark vio al Lhari sentado en el suelo, confuso. La puerta se estaba cerrando.

Stark puso rígidos sus hombros y saltó.

Alcanzó el pesado panel con una sacudida que por poco le deja sin aliento. Se abrió de golpe y se oyó un grito de dolor y el sordo ruido de un cuerpo al desplomarse. Stark penetró para hallar al último de los guardias rodando por el suelo. Pero antes de darse cuenta se había puesto en pie y sacaba al mismo tiempo su espada.

Stark continuó en su embestida sin detenerse. Se lanzó de cabeza contra el hombre antes de que la punta de su acero hubiera salido de la funda, lo derribo y acabó con su enemigo de una manera terriblemente eficaz.

Se puso en pie de un salto, respirando con fuerza, escupiendo sangre por la boca y mirando en su torno, a la sala de control. Pero los demás habían huido, evidentemente para dar la alarma.

El mecanismo era sencillo. Estaba contenido en una gran plancha metálica oblonga, del tamaño y forma de un ataúd, equipada con rejillas, lentes y diales. Zumbaba suavemente, aunque Stark desconocía en qué estaba basada su fuente energética. Quizás en los mismos rayos cósmicos, aparejados para un uso distinto.

Cerró lo que parecía ser el interruptor principal y el zumbido dejó de sonar y la luz parpadeó hasta desaparecer de las lentes. Cogió la espada del centinela muerto y cuidadosamente rompió cuanto le fue posible destrozarse. Después tornó a salir al exterior.

Treon estaba en pie, sacudiendo la cabeza. Sonreía triste.

—Parece que la fuerza sola no es bastante —dijo—. Uno necesita

también pericia.

—Las barreras han sido bajadas, cortadas —anunció Stark—. El camino está libre.

Treon asintió y volvió con él al mar. Esta vez ambos llevaban armas conmocionadoras tomadas de los guardia... seis, contando la de Egil. El armamento total para la guerra.

Mientras avanzaban raudos por las rojas profundidades, Stark preguntó:

—¿Qué hay de la gente de Shuruun? ¿Cómo luchará?

Treon respondió:

—Los de la casta de Malthor defenderán a los Lhari. Es preciso, porque en ellos tienen cifrada toda su esperanza. Los demás esperarán, hasta que vean qué lado es el que triunfa. Se alzarían contra los Lhari si se atrevieran, pues sólo les hemos causado miedo en toda su vida. Esperarán hasta ver qué es lo que ocurre.

Stark asintió. No volvió a hablar.

Bajaron por encima de la pensativa ciudad y Stark consideró que Egil y Malthor formaban parte ahora del silencio, vagando despacio por las calles vacías, en donde les llevarán las pequeñas corrientes envueltos en retazos de fuego mortecino.

Pensó en Zareth, durmiendo en la sala de los reyes y sus ojos despidieron una luz cruel y fría. Oscilaron por encima de los acuartelamientos de los esclavos. Treon permaneció de guardia fuera. Stark entró, llevando las armas extras.

Los esclavos dormían aún. Algunos soñaban y reían en su sueño y otros igual podían haber estado muertos, sus rostros flacos, blancos como calaveras.

Esclavos. Ciento cuatro, contando a las mujeres.

Stark les gritó y despertaron como sobresaltados sobre sus jergones, los ojos llenos de terror. Entonces vieron quien les llamaba, de pie y armado. Hubo un clamor creciente que se calmó cuando Stark volvió a gritar, pidiendo silencio. Esta vez la voz de Helvi le hizo eco. El alto bárbaro estaba débil debido al sueño producido por las drogas.

Stark les dijo, escuetamente, cuanto había ocurrido.

—Ahora estáis libres del collar —dijo—. Desde ahora podréis sobrevivir o morir como hombres y no esclavos —hizo una pausa y luego preguntó ¿quién vendrá conmigo a Shuruun?

Respondieron al unísono, era la voz de los Seres Perdidos, que veían cómo el palio rojo de la muerte empezaba a alzársele encima de ellos. Los Seres Perdidos, que volvían a encontrar la esperanza.

Stark soltó una carcajada. Este era feliz. Repartió las armas extras a Helvi y a otros tres elegidos y Helvi le miró a los ojos riéndose también.

Treon habló desde la puerta.

—¡Ya vienen!

Stark dio a Helvi rápidas instrucciones y salió, llevando consigo uno de los demás hombres. Con Treon, se escondieron por entre los matorrales del jardín que estaba fuera del vestíbulo, recortado y hermoso, oscilando con una brillantez sin vida a causa de las lentas bocanadas de fuego.

Llegaron los guardias. Veinte hombres altos armados, para sacar a los esclavos para otro período de trabajo, que consistiría en quitar una serie de inútiles piedras.

Las armas escondidas hablaron con sus lenguas silenciosas.

Ocho de los guardias cayeron dentro del vestíbulo. Nueve lo hicieron fuera. Diez de los esclavos murieron con los collares ardiendo antes de que los tres que quedaban fueran reducidos a la impotencia.

Ahora habían veinte espadas para repartir entre noventa y cuatro esclavos, contando a las mujeres.

Salieron de la ciudad y subieron por el bosque de ensueño, un vuelo de fantasmas blancos con llamas en el pelo, volviendo de la roja obscuridad y del silencio para buscar de nuevo la luz.

Luz y venganza.

El primer resplandor pálido del alba se alzaba a través de las nubes, cuando salieron de entre las rocas por debajo del castillo de los Lhari. Stark les dejó y se fue como una sombra arriba por los acantilados, hasta donde había escondido su pistola la noche que llegó por primera vez a Shuruun. Nada se movía. La niebla se levantaba desde el mar como un vapor de sangre y el rostro de Venus estaba todavía a oscuras. Sólo las nubes altas se veían tocadas de un suave tono color perla.

Stark regresó con los demás. Entregó su arma conmocionadora a un habitante de los pantanos cuyos ojos brillaban de fría locura. Luego dirigió unas últimas palabras finales a Helvi y volvió con

Treon bajo la superficie del mar.

Treon mostró el camino. Recorrieron el acantilado sumergible y al poco tocó el brazo de Stark señalando un lugar donde una roja y redonda boca se habría en la roca.

—Lo hicieron hace mucho tiempo —dijo Treon—, para que los Lhari y sus esclavos pudiesen salir y entrar sin ser vistos. Vamos... y guarda silencio.

Nadaron hasta la boca del túnel y entraron en el oscuro pasillo que había más allá, hasta que la pendiente del suelo les sacó del mar. Entonces prosiguieron el camino en silencio, deteniéndose de vez en cuando para escuchar.

La sorpresa era su única esperanza. Treon había dicho que sólo dos podrían lograr el éxito.

Stark confió en que Treon tuviera razón.

Llegaron hasta una pared blanca de piedra. Treon apoyó su peso contra un lado y un gran bloque giró lentamente en torno a un pivote central. Una protegida lámpara apareció iluminando la estancia, que Stark pudo comprobar se hallaba vacía.

Penetraron y al hacerlo un sirviente con sedas brillantes vino bostezando a la habitación con una antorcha encendida para reemplazar a otra ya moribunda en un rincón.

Se quedó parado, los ojos desorbitados de asombro, dejando caer la antorcha. Su boca se abrió para proferir un grito, pero no emitió ninguno y Stark recordó que aquellos sirvientes carecían de lengua... para impedir que contasen lo que veían o oyesen en el castillo, según aclaró Treon.

El hombre giró y echó a correr a lo largo de un pasillo escasamente iluminado. Stark le persiguió sin esfuerzo derribándolo. Le golpeó una sola vez con el cañón de su pistola y el hombre quedó inmóvil.

Treon se le acercó. Su rostro tenía un aspecto casi de exaltación, con un brillo singular en los ojos que hizo que Stark se estremeciera. Abrió la marcha, a través de una serie de vacías habitaciones, todas de un negro sombrío y no encontraron a ninguna persona más.

Por último se detuvo ante una pequeña puerta de oro bruñido. Miró a Stark una sola vez y asintiendo empujó los paneles para abrirlos y se metió por la abertura.

Capítulo 12

Se plantaron dentro de un gran salón lleno de ecos, que se extendía perdiéndose en la obscuridad hasta parecer infinito. El grupo de lámparas de plata ardía como antes y dentro de su círculo luminoso los Lhari se levantaron de sus sitios respectivos y miraron a los recién llegados que habían irrumpido en su sala particular.

Cond y Arel con sus manos yaciendo desocupadas sobre su regazo. Bor, molestando al dragoncito para hacerle gruñir, riendo ante su impotencia ofensiva. Varra, acariciando a la alada criatura posada en su muñeca, comprobando con su blanco dedo lo afilado del pico. Y la anciana, en el acto de llevarse a la boca un puñado de grasosa carne.

Todos se quedaron petrificados en mitad de estas acciones. Y Treon se adelantó despacio hasta la luz.

—¿Me conocéis? —dijo.

Un extraño estremecimiento recorrió a los Lhari. Ahora, como anteriormente, habló primero la anciana; los ojos reluciendo con un brillo tan voraz como su apetito.

—Eres Treon —dijo estremeciéndose todo su cuerpo.

El nombre rebotó en mil ecos deformes por toda la vastedad de la estancia.

«¡Treon! ¡Treon! ¡Treon!».

Cond saltó hacia adelante, tocando el recto y fuerte cuerpo de su primo con manos temblorosas.

—Lo encontraste —exclamaba—. Hallaste el secreto.

—Sí —Treon alzó su plateada cabeza y soltó una carcajada, y fue como una hermosa nota musical que se fraccionó en mil ecos sonoros—. Lo encontré y lo he destruido para que nadie lo pueda hallar jamás. Egil está muerto y ha llegado el día del fin de los

Lhari.

Hubo un largo silencio y luego la anciana susurró:

—«¡Mientes!».

Treon se volvió a Stark.

—Pregúntale al extranjero que vino portando en su frente el signo de la destrucción. Pregúntale si miento.

El rostro de Cond se volvió infrahumano. Emitió un loco sonido y se lanzó hacia la garganta de Treon.

Bor gritó de súbito. No estaba muy interesado en hallar o perder el secreto y era el único que comprendió el significado de la presencia de Stark. Gritó mirando al enorme hombre moreno y se fue corriendo por la sala llamando a los guardias. Luchó para abrir los portales, lo consiguió y al salir, salieron también los ecos de la pelea.

Los esclavos, con espadas y garrotes, con piedras y pedazos de roca, habían llegado por el camino escarpado del acantilado.

Stark se había adelantado, pero Treon no necesitó su ayuda. Tenía las manos entrelazadas en torno a la garganta de Cond y sonreía. Stark no le molestó.

La anciana hablaba, maldecía, ordenaba, se sofocaba en su respirar apopléjico. Arel empezó a reír. No se movió y sus manos permanecieron desmadejadas en su regazo. Reía y reía y Varra miró a Stark y le odió.

—Eres un loco, hombre salvaje —dijo—. No quisiste tomar lo que te ofrecí, así que no tendrás nada... sólo la muerte.

Quitó la capucha a la criatura y la lanzó contra Stark. Luego sacó un cuchillo de entre sus ropas y lo clavó en el costado de Treon.

Treon retrocedió. Aflojó su presión y Cond se zafó de ella, medio ahogado, furioso, la boca llena de espuma. Sacó su daga y apuñaló a Treon.

Un furioso batir de alas atronó en torno la cabeza de Stark y los afilados espolones buscaronle los ojos. Alzó la mano izquierda y cogió a la bestia de una pata y la contuvo. No mucho, pero sí lo suficiente para disparar contra Cond que cayó. Luego retorció el cuello del halcón.

Arrojó la criatura a los pies de Varra y volvió a recoger la pistola. Los guardias entraban en avalancha en la sala por el

extremo lejano y empezó a tirar contra ellos.

Treon estaba sentado en el suelo. Le manaba sangre del costado de manera continua, pero empuñaba el arma conmocionadora sonriendo todavía.

Hubo un gran hervor estruendoso procedente del exterior. Los hombres luchaban, mataban, morían, gritaban sus triunfos o sus dolores. Los ecos se despedazaban en la vasta estancia y el estrépito de la pistola de Stark era como un tronar sibilante. Los guardias, armados sólo con espadas, caían como las espigas de trigo bajo la guadaña del segador, pero había muchos de ellos, demasiados para que Stark y Treon pudieran mantenerlos a raya durante algún tiempo.

La anciana gritaba y gritaba y de pronto se quedó quieta, inmóvil y silenciosa.

Helvi se adentró en mitad de la turba con un grupo de esclavos, la lucha se disolvió en un torbellino caótico. Stark arrojó a un lado su pistola. Tenía miedo de herir a sus propios hombres. Cogió la espada de un guardia caído y se abrió paso hasta el bárbaro.

De pronto Treon le llamó. Saltó a un lado, lejos del hombre con quien luchaba, y vio a Varra caer con la daga aún en su mano. Se había puesto detrás suyo para apuñalarle, pero Treon la vio y oprimió el botón gatillo con el tiempo preciso.

Por primera vez en los ojos de Treon aparecieron lágrimas.

Una especie de náusea le sobrevino a Stark. Había algo horrible en el espectáculo de una familia destruyéndose a sí misma. Era demasiado salvaje para sentirse sentimental acerca de Varra, pero tampoco se sintió capaz de mirar a Treon durante un rato.

Al poco se halló espalda con espalda con Helvi y mientras manejaban sus espadas —las armas conmocionadoras habían sido descartadas de la lucha por el mismo motivo que lo fue la pistola de Stark, Helvi dijo entre jadeos:

—¡Hermano mío, ha sido una buena pelea! ¡No podemos ganar, pero tendremos una buena muerte, lo que es mejor que la esclavitud!

Parecía como si Helvi tuviera razón. Los esclavos, por desgracia, debilitados por su largo confinamiento, desgastados por el exceso de

trabajo, empezaban a batirse en retirada. La marea cambió y Stark se vio arrastrado por ella mientras peleaba con terquedad.

La gran puerta que cerraba las murallas estaba abierta. Más allá estaba el pueblo de Shuruun, mirando, esperando... como había dicho Treon que haría.

En primera fila, apoyado en su bastón, se hallaba Larrabee, el terrestre.

Stark se libró de la marea. Subió de un salto a una pared y permaneció plantado allí, jadeando, sudando, sangrando, con una espada goteante en su mano. La agitó, gritando a los habitantes de Shuruun.

—¿Qué estáis esperando, cobardes, mujerzuelas? ¡Los Lhari han muerto, los Seres Perdidos están en libertad! ¿O es que queréis que nosotros los terrestres os saquemos las castañas del fuego?

Y miró con fijeza a Larrabee.

Larrabee le devolvió la mirada, sus negros y sufridos ojos llenos de amarga ironía.

—Oh, bueno —exclamó en inglés—, ¿y por qué no?

Echó la cabeza atrás y soltó una carcajada y desapareció toda su amargura. Emitió un alto y agudo grito de rebeldía y alzó su bastón como si fuera una pica, empezando a marchar cojeante hacia la puerta de los bastiones del castillo y mientras los hombres de Shuruun gritaban a su vez y le seguían.

Después todo terminó pronto.

Hallaron el cuerpo de Bor en los establos del ganado, donde huyó para esconderse nada más iniciarse la refriega. Los dragones, enloquecidos por el olor de la sangre, lo mataron rápidamente.

Helvi había salido con vida, lo mismo que Larrabee que procuró apartarse de todo peligro una vez provocado el ataque de los hombres de Shuruun. Casi la mitad de los esclavos habían muerto y el resto estaban heridos. De los que sirvieron a los Lhari casi no quedaba ninguno.

Stark volvió al gran salón. Caminaba despacio porque se sentía muy cansado y donde posaba sus pies dejaba una huella de sangre y tenía rojos los brazos hasta el codo, y en su pecho habían rojizas salpicaduras. Treon le vio venir y sonrió asintiendo.

—Es como dije yo. Les he sobrevivido a todos.

Arel había dejado ya de reír por fin. No intentó siquiera huir y la

marea de la batalla pasó sobre ella, ahogándola irremisiblemente. La anciana yacía aún sobre su lecho, era como una montaña de carne fofa e inerte. En su mano todavía aferraba un racimo de frutas, que al oprimirlo convulsiva en los espasmos de la muerte hizo que un zumo oscuro le goteara por entre los dedos.

—Ahora yo me voy también —dijo Treon—, y estoy contento. Conmigo desaparece el último de nuestra sangre podrida y Venus quedará limpio. Entierra muy hondo mi cuerpo, extranjero de los ojos fieros. No quiero que nadie me vea después de esto.

Suspiró y cayó hacia adelante.

El dragoncito de Bor salió reptando de su escondite de debajo de la cama de la anciana y se alejó por el pasillo, arrastrando la cadena anudada a su cuello.

Stark se apoyó en la barandilla, mirando cómo la masa oscura de Shuruun se alejaba perdiéndose en la bruma roja.

Las cubiertas estaban atestadas de esclavos manumitidos que regresaban a sus patrias. Los Lhari habían desaparecido, los Seres Perdidos estaban en libertad y Shuruun era ahora otro puerto de escala del Mar Rojo. Su población aún seguiría compuesta de bandidos y piratas, pero eso era natural y lógico, dadas las costumbres ancestrales. Sin embargo, el negro y diabólico espíritu del mal que todo lo dominó, había desaparecido.

Stark se alegró de marcharse. También se alegraría cuando perdiese de vista al Mar Rojo.

El viento de tierra lanzó vivaz al navío por el golfo. Stark pensó en Larrabee, que se había quedado atrás con sus sueños de nieves invernales y de calles de ciudades y de mujeres con diminutos pies. Parecía haber vivido demasiado tiempo en Shuruun y haber perdido el valor necesario para abandonar aquella sombría ciudad.

—Pobre Larrabee —dijo a Helvi, que estaba cerca—. Morirá en el barro sin dejar de maldecirlo.

Alguien rió tras él. Percibió un sonido de cojera en cubierta, y se volvió para ver a Larrabee que se le acercaba.

—Cambié de idea en el último minuto —dijo Larrabee—. He estado abajo para no ver a mis fangosos cachorros y evitar la tentación de quedarme —se apoyó junto a Stark sacudiendo la

cabeza—. Ah, bien, se desenvolverán perfectamente sin mí. Soy muy viejo y tengo derecho a elegir el lugar donde muera. Vuelvo contigo a la Tierra.

Stark le miró de reojo.

—Yo no voy a la Tierra.

Larrabee suspiró.

—No. No, supongo que no. Después de todo, realmente no eres terrestre, a excepción de un accidente de consanguinidad. ¿Dónde vas?

—No lo sé. Lejos de Venus, pero todavía no sé adónde.

Los oscuros ojos de Larrabee le miraron con intención.

—Un hombre inquieto con ojos de tigre... eso es lo que dijo Varra. «Ha perdido algo», añadió. «Lo buscará toda la vida y no lo hallará nunca».

Después de aquello, silencio. La niebla roja les envolvió y el viento se alzó, sacudiendo la nave.

Luego, débil y lejano, llegó el vagido de un lamento, un sonido como un cántico roto que despertó escalofríos en Stark.

Todos a bordo lo percibieron. Escucharon en profundo silencio, los ojos muy abiertos y en alguna parte una mujer empezó a sollozar.

Stark se recobró con una sacudida.

—Es sólo el viento al pasar por entre las rocas del estrecho — dijo.

El sonido se alzó y cayó, cansino, infinitamente lúgubre y la parte de Stark que correspondía a

N'Chaka

le dijo que había mentido. No era el viento quien se lamentaba con tanta tristeza a través de las nieblas. Eran las voces de los Seres Perdidos... de aquellos perdidos para siempre... Zareth, durmiendo en la sala de los reyes y todos los demás que jamás abandonarían la ciudad de los sueños y el bosque, que nunca volverían a hallar la luz del día.

Stark se estremeció y dio media vuelta, contemplando cómo los saltarines fuegos brincaban y subían hasta ellos, al ser agitados por la proa de la embarcación.

FIN



John Brunner, (nacido el 24 de septiembre de 1934, fallecido el 26 de agosto de 1995), escritor británico de ciencia ficción perteneciente al movimiento llamado Nueva Ola.

Sus obras suelen versar sobre un futuro inmediato narrado a través de múltiples personajes, centrando su interés más en la descripción de la sociedad imaginada que en las peripecias o aventuras de sus personajes. O más bien, lo que le ocurre a sus personajes siempre está enmarcado en un punto de vista sociológico.

Es este peculiar enfoque, ausente de elementos épicos o de una trama central evidente, el que le ha impedido convertirse en un autor de éxito. Sin embargo las historias de John Brunner siempre tienen un final (y una finalidad) que las dota de pleno sentido narrativo.

Sus mejores obras corresponden a la llamada «Trilogía del Desastre», especialmente Todos sobre Zanzíbar y El rebaño ciego, y a la novela El jinete de la onda de *shock*, una de las obras precursoras de la corriente cyberpunk, que se inspiró en el ensayo de Alvin Toffler El *shock* del futuro. Las obras posteriores (y las anteriores) se suelen considerar menores.

El jinete de la onda de *shock*, aparte de ser una de sus obras más

conocidas, es un ejemplo perfecto de obra profética olvidada. Escrita en 1975, en ella se describe una sociedad construida alrededor de internet en la que existen gusanos y virus informáticos, tarjetas de crédito virtuales, técnicas de cifrado y anonimato y otros elementos novedosos que caracterizarán ya no sólo el cyberpunk, sino los tiempos actuales.

Por este y otros relatos se puede considerar a Brunner uno de los visionarios más profundos y acertados de la ciencia ficción de la segunda mitad del siglo xx.



Leigh Douglass Brackett (Los Ángeles, 7-12-1915 / Lancaster, 18-3-1978) fue una autora de novelas de ciencia ficción y negra.

Publicó de forma regular durante quince años en Planet Stories, con un total de diecisiete historias durante la existencia de la revista.

También fue guionista, conocida por sus trabajos en películas como The Big Sleep (1946), Río Bravo (1959), The Long Goodbye (1973) y The Empire Strikes Back (1980).

Leigh Brackett tuvo tres amores: las obras de Edgar Rice Burroughs, su marido Edmond Hamilton y el planeta Marte. Y todo esto lo combinó de forma perfecta en La espada de Rhiannon, en la que el entorno marciano se asemeja a los paisajes desérticos y románticos que la imaginación occidental recreaba a principios del siglo xx. Son Jekkara, Valkis y Barrakesh (sí, como Marrakech), que recuerdan los escenarios de algunos cuentos de Robert E. Howard. Es un medievalismo tanto en las apariencias como en los valores, en el que Brackett incluía seres imposibles, tipos alados, acuáticos, o con curiosas pigmentaciones cromáticas en su piel, pero siempre humanoides. En realidad, es una obra que pertenece más por la temática a la fantasía que a la ciencia ficción.